

# **EL AMIGO DE LAS MUJERES**

*Ercole Lissardi*

**LA VIDA DESPUÉS DE CELINA**

## LA MUJER ESLAVA

La muerte de Celina –acabábamos de cumplir un cuarto de siglo de casados- cambió mi vida. En un sentido primero; después directamente en el opuesto. Al comienzo sentí -ya al volver a casa desde el cementerio- que, terminando su vida, también la mía terminaba. Pasaron los días y no podía imaginarme cómo seguir viviendo sin ella. En la casa silenciosa, en mi vida vacía de jubilado, la continua desazón que me causaba su ausencia me invitaba insidiosamente a ir a hacerle compañía. Llegué a fantasear el reencuentro, y la cotidianidad que habíamos vivido por décadas restablecida en el Más Allá. Me pareció una perspectiva perfectamente deseable. Cinco años duró esa espera abúlica del reencuentro con Celina. Hasta que de pronto, una mañana, todo volvió a cambiar.

Cerca de las diez de la mañana, bañado y desayunado, me había sentado en el murito del frente de casa con la intención de disfrutar de las tibiezas del sol de otoño. La cuadra en que vivo es muy transitada. En direcciones opuestas lleva a un supermercado y a un colegio, de manera que no falta casi a ninguna hora gente pasando con bolsitas del súper o con niños de la mano. La vi venir remolcando con cada mano a uno de sus críos. La había visto antes muchas, incontables veces. Desde que llevaba a un solo pequeñajo de la mano y al otro todavía dentro de la panza.

No podría jurarlo, pero creo que nunca nos habíamos mirado a los ojos. Sin duda que nunca habíamos cruzado un saludo. Esa mañana, al pasar frente a casa, me miró, inclinó la cabeza y, con un susurro que apenas pude oír, dijo “Buenos días”. Al oír el saludo de su madre el mayor de los niños me miró de reojo, fugazmente. La sorpresa no me impidió responder con voz firme y respetuosa “Buenos días, señora”. Mientras se alejaban el menor se volvió para mirarme. Le hice adiós con la mano.

Me faltan las palabras para describir las peculiaridades de un rostro, y más me faltan para descifrar las sutilezas étnicas que afloran en una fisionomía, pero debo decir –sin que esto signifique que le prestara mucha atención a su ir y venir diario frente a mi casa- que siempre, vagamente, pensé que esa mujer tenía rasgos esclavos –sin que semejante caracterización tuviera más fundamento que una vaga impresión sacada de ver algunas películas de los países del Este, los países socialistas, en mi remota época de cine-clubista. ¿Qué le veía de eslavo? No sé... el rostro ovalado, bien mostrado por el cabello lacio –entre castaño y vagamente rojizo- no muy largo pero siempre recogido en cola de caballo, la boca pequeña, la nariz un tantín puntiaguda, los ojos separados y quizá un poco rasgados, la piel tan blanca. Pero también algo como de inexpresividad altanera en el semblante, como de desafío a la adversidad, como de heroína socialista en blanco y negro, digamos. Por supuesto: todo esto es muy subjetivo, muy caprichoso. Pero para mí ella era eslava, y si –de preguntárselo- no me hubiera dado un apellido eslavo, o que me sonara como tal, me hubiera quedado mudo por la sorpresa.

Sí, ella parecía resistir a todas las adversidades de la vida, estoicamente dispuesta a proteger a sus críos con su vida misma, indiferente a todo cuanto la rodeaba. Quizá por eso me sorprendió tanto su saludo, después de años viéndonos sin vernos prácticamente

todos los días, sin saludarnos. ¿Cómo era que, desde su olímpico padecer, había venido a aterrizar en mi tranquila pelotudez de jubilado que trata de calentarse un poco los huesos al sol?

Entré a casa y me aposté junto a la ventana para observar sin ser visto su regreso. Como de costumbre volvió por la vereda de enfrente. Iba al colegio por una vereda y volvía por la otra. Quizá porque de regreso pasaba por el súper. Alta, erguida, esbelta, de complexión fuerte. Piernas largas enfundadas en jeans. Las manos hundidas en los bolsillos de su sempiterno abrigo de paño verde oscuro. Las botas marrones de media caña, sin tacón, desde siempre necesitadas de un poco de betún y una lustrada o, directamente, de ser sustituidas. Me pregunté, por primera vez, qué secreto pesar la tendría desde hacía tanto tiempo tan mal encarada, con esa cara de heroína desafiando a la adversidad. No podía ser una enfermedad. Años con una enfermedad tan preocupante la hubieran pasado para el otro lado.

Después me pregunté qué haría durante el día hasta que llegara la hora de ir a buscar a los niños. ¿Tareas domésticas, mirar telenovelas, o tendría algún laburo de medio horario? Se me ocurrió que quizá hacía algún tipo de artesanía. En lana, en hilo, en barro, en madera, en rafia. Quizá pintaba. O esculpía. En todo caso sería algo que implicara una continua concentración, misma que de alguna manera explicaría ese aire de estar muy en otra cosa. Quizá ese estado de distracción creativa –y no un estado crónico de dificultad económica, digamos, por ejemplo- a su vez explicaría el descuido en su indumentaria, esa ausencia total de coquetería. Y explicaría también que hoy, al cruzar frente a casa, mirándome sin verme, por un puro reflejo inconsciente de reconocimiento, me saludara.

La tuve presente todo el resto del día, mientras cambiaba los burletes de puertas y ventanas, mientras iba al banco a renovar colocaciones que tengo hechas a plazo fijo, y después, mientras hacía la compra mensual en la cooperativa. Todo el tiempo, como el pobre que le da vueltas y vueltas a la única moneda que lleva en el bolsillo, estuve interrogando a ese saludo apenas musitado, seguramente involuntario, sin duda distraído. No llegué a tiempo para la salida del colegio. Lo preferí así. Me pareció que invitarla a un segundo saludo en el mismo día sería, en realidad, un poco demasiado.

Estaba terminando de acomodar las compras en las respectivas alacenas cuando, de pronto, tuve claramente la impresión –tan súbita y clara que quedé inmóvil, como si hubiera oído un ruido raro dentro de la casa- de que estaba solo, de que era un hombre solo, de que el fantasma de Celina había terminado de disolverse, de acomodarse discreta y definitivamente en la zona de recuerdo y de olvido que le correspondía, que se retiraba y me dejaba solo. Nunca había sentido algo así. Me dio miedo, angustia. Cuando sonó el cucú asumí, creo yo que por primera vez conscientemente, que ya no marcaba solemne y puntual las sagradas pautas de la vida de Celina: la hora de una taza de té, la hora de la telenovela, la hora de ponerse el delantal para preparar la cena, la hora de acostarse. A partir de ahora sólo sería un viejo cucú que marcaría inútilmente las horas para unos oídos indiferentes.

Esa noche... Ya metido en la cama me miré en el espejo que cubre la puerta del ropero. Así me he... aliviado, digamos... durante estos años sin Celina: viendo –alucinando que volvía a ver- en el espejo del ropero, como en la pantalla de un cine, lo que había disfrutado viendo en las innumerables noches de nuestra conyugalidad:

Celina estimulándome con la boca los genitales, Celina cabalgándome hasta el blando, reprimido estremecimiento –si algo caracterizaba verdaderamente a Celina, era la discreción. Esa noche, buscando el alivio habitual, un poco mecánicamente -como a menudo: sin aspirar a una erección completa- de pronto, entre el espejo y yo, vino a instalarse la mujer esclava.

Me vino a la mente tal y como la había visto una vez al cruzarnos en el súper. Ella estaba frente a la góndola de productos de tocador. Tenía en la mano un frasco de champú y leía muy concentrada la etiqueta. Al leer juntaba los labios como para dar un beso y arqueaba exageradamente las cejas, sus bellas cejas -no cejas depiladas sino naturales, abundantes sin grosería, prolijas sin coquetería. Recordé que me había parecido que ponía un poco cara de boba al esforzarse para leer la letra chiquita. Ahora, mejorando mi recuerdo, al volver a pasar junto a ella deja de leer y me mira a los ojos, y yo me detengo, y nos quedamos así mirándonos, viéndonos parpadear, respirar, temblar un poco, porque adivinamos que está por suceder lo que tendrá que suceder entre nosotros. Por la intensidad de la imaginación me sobrevino tan impetuoso el desborde que no tuve tiempo de ponerme sobre el vientre la toallita.

## FRENTE A LA EVIDENCIA

El día siguiente a las diez menos cuarto estaba sentado en el muro de mi casa. Ya no en jogging y alpargatas sino con pantalón y zapatos. Ella apareció exactamente en hora, como siempre tironeando de sus niños... pero por la vereda de enfrente. Viéndola pasar, sin girar ni un solo grado su cabeza hacia mí, saqué las consecuencias lógicas: la avergonzaba el saludo distraído que me había dirigido. No hacía falta mucha audacia para llegar de ahí a una conclusión razonable: si había huido a la vereda de enfrente era porque imaginaba que su saludo distraído no había beneficiado a un vecino cualquiera sino muy precisamente a uno que le arrastraba el ala... ¡cosa que yo no hacía en absoluto!

Llegar a esa conclusión implicaba el siguiente corolario: que era ella la que se sensibilizaba con mi presencia, lo suficiente al menos como para imaginar –cosa que, por lo demás, era cierta, aunque ella sólo podía imaginarlo- que su pasar y repasar frente a mi puerta no me era indiferente, y que su saludito distraído podría desatar en mí quién sabe qué –cosa que también era cierta, aunque ella sólo pudiera imaginarla. ¡O sea que era ella la que tenía algo conmigo! Y por consiguiente tanto su saludo –distraído, involuntario- como su ostentoso cambiar de ruta, no eran sino formas más o menos inconscientes de tratar de llamarme la atención. “¿Quién lo hubiera dicho?” me pregunté, encantado con mi hallazgo.

Entré a casa y me aposté en la ventana para espiar su regreso. No lo había estado antes, pero ahora sí estaba en ascuas. Esperando pensaba en cómo, de un día para el otro, mi vida había cambiado. De un plumazo, sin sombra de culpa, Celina había ido a parar al lugar que le correspondía. Sabría darle lo suyo, sus altares, sus efemérides, sus momentos de sentido recuerdo. Pero ahora todo lo que me importaba, lo que hacía que otra vez la sangre corriera impetuosa por mis venas y me calentara el cuerpo, era la ilusión de aprovechar el paso en falso que, según me parecía, había dado la mujer esclava para... ¿para qué?... y al llegar a este punto mi ansiedad estallaba dejándome la mente en blanco, incapaz de precisar mínimamente para qué querría en mi vida a la mujer esclava.

¿Paso en falso? ¿Y si me había disparado el saludo con toda intención? Era para mí de una perfecta evidencia que, si en lugar de huir a la vereda de enfrente esa mañana ella hubiera conservado el hábito de ir hacia el colegio por mi vereda, simplemente ignorándome, como siempre había hecho, no estaría yo haciéndome la cabeza, sacando conclusiones a lo loco, como estaba. El asunto se hubiera desinflado sin más. Su reacción al exiliarse a la otra vereda era excesiva, y, por consiguiente, significativa.

Para mi sorpresa regresó del colegio por mi vereda. Apareció de pronto en mi campo visual... y clavó tan directamente su mirada en mi ventana que di un paso atrás, convencido de que me había visto a través de la cortina, cosa por demás improbable. Miró fijo en mi dirección a través de la cortina, abriendo mucho los ojos, subiendo mucho las cejas, haciendo chiquita la boca. Una expresión tan marcada que, si yo no hubiera estado escondido sino a la vista, ella hubiera tenido no sólo que saludarme:

hubiera tenido que decir o hacer algo más –no me imagino qué- para justificar la intensidad de su expresión, so pena de quedar como medio chiflada si no lo hacía.

Ahora sí que no cabía la menor duda: la mujer esclava estaba decidida a que pasara algo entre nosotros. Casi abro la puerta y salgo corriendo detrás de ella para exigirle explicaciones. Me contuve. Me senté en mi sillón de lectura, con las manos empapadas de sudor y el corazón a mil. “Y esto ¿con qué se come?” me pregunté, rebotando las evidencias en mi mente como un balón lanzado con una bazuca. “No es posible” me dije. “Es tan... hermosa. No puede estar buscándome”. Quizá no era tan hermosa, pero después de contemplar su paso majestuoso durante años, para mí sí lo era. “¿Por qué ahora y no hace años?” me pregunté. “¿Cuánto hace que la veo pasar frente a mi puerta? ¿Cinco años?”. Irresistible, para mí al menos... los brazos largos, las piernas largas, caminando a zancadas, la frente levantada, como quien marcha hacia algo sublime. Y todos estos años el mismo abrigo verde hasta mitad del muslo, las mismas botas marrones, los pantalones ajustados. Lo que nunca: a media tarde me serví una copita de coñac y me la zampé de un trago. Orgulloso como el cazador que ha cobrado la presa más preciada. Orgulloso con una especie de orgullo sexual cuyo sabor agreste y exultante ya casi ni recordaba.

¡Viva la vida! pensé. La vida no se termina hasta que se terminó. Filosofía de jubilado al coñac. Me llamé al orden. Tranquilidad. Cabeza fría. Calcular cada movimiento. ¿La realidad objetiva? La realidad objetiva es que ella hizo el primer movimiento. Y el segundo. Y el tercero. Ayer me saludó, cosa que nunca. Y hoy... el punto no es que fuera al colegio por la vereda de enfrente... Y luego, el punto es que volviera del colegio por mi vereda, cosa que nunca, como para que yo pudiera... ¿qué?... yo qué sé... hablarle... ¡sin los niños en el medio! Eso es, esa fue su estrategia. Miró como si le sorprendiera que no estuviera a la vista. Le faltó tocar el timbre. Simplemente no podía creerlo... que ella hubiera montado una estrategia... ¡para mí! Tuve necesidad de otra copita de coñac. Me la concedí.

El coñac me apacigua. Me pone reflexivo. Hechas las comprobaciones –que, por supuesto, podían terminar siendo puro delirio- ¿qué haría de ahí en más? Soy cualquier cosa menos un seductor. Venía de cinco años de celibato, y de veinticinco años de fidelidad matrimonial. En recodos borrosos de mi memoria parpadeaban apenas, todavía, un par de conquistas –torpes, atropelladas- realizadas en mis años mozos. Ya viudo y retirado –sobre todo mentalmente- a cuarteles de invierno, la idea de convencer a una dama para que nos pongamos en paños menores y nos permitamos el mutuo acceso a la genitalia me parecía, por supuesto, ridícula, e insufriblemente embarazosa, apta sólo para los desvaríos de la imaginación juvenil y para la tontera monotemática de las telenovelas.

Y sin embargo presentía, con lugar para muy pocas dudas, que de lo que iba a tratarse, inevitablemente, de aquí en más, era de llegar a estar en paños menores con la mujer esclava, y de pactar con ella el mutuo acceso a la genitalia. Me pregunté si para ella esto que supuestamente pasaría entre nosotros tendría el mismo carácter de embarazoso. Quizá no. Al fin y al cabo, ella era mucho más joven que yo. Veinte años menos, calculé. O más. Y a su edad ese trámite embarazoso aparece más bien como rodeado de un halo de misterio, de la promesa de un premio secreto y espléndido, de un placer sublime.

Cierto: empeñarme en la cosa implicaría para mí ceder ratos de embotamiento ocioso, de tiempo de lectura –estoy releendo los clásicos de aventuras que me fascinaron de muchacho-, y quizá hasta saltearme algunos noticieros; y para ella implicaría ceder tiempo de su hipotético taller de artesanías, tiempo de sus tareas domésticas, y quizá hasta de sus ratos de rezos y oración –vaya ocurrencia- o de chismorreos con sus vecinas –que hasta las esfinges esclavas seguramente lo practican.

Todo lo cual constituiría, por supuesto, una molestia para ambos, gente –un jubilado, un ama de casa- muy hecha a sus pequeñas rutinas, a cambio de lo cual obtendríamos... ¿qué exactamente?... la satisfacción de haber sido capaces de compartir el ritual genital con una persona más... una persona nueva en nuestras vidas. Habríamos abolido con una persona más la distancia -horrenda, abismal- entre el yo y el tú, habríamos compartido la estúpida sinceridad de los cuerpos, sentiríamos el sobrio orgullo de haber sido capaces de ofrecer a ese nuevo otro nuestro... animalito, para que con él, por un rato, haga lo que quiera, lo trate como suyo. Y eso, de regreso a la soledad de nuestras rutinas, nos haría sentir... ¿qué?... nos haría sentir un poco más generosos con la vida, un poco más espléndidos con nosotros mismos y con ese otro nuevo, ya entonces un poco menos nuevo, o sea que nos haría sentir un poco más humanos.

Todo este entusiasmo y esta anticipación me impidieron, por supuesto, plantearme la pregunta de rigor: ¿qué pudo haber sucedido en la vida de la mujer esclava para que se lanzara con semejante urgencia? Pensé que los hechos, si es que acontecían, me darían en su debido momento, las respuestas.



## EL MUNDO ES DE LOS AUDACES

Más allá de esta tardía comezón y de los pudores que traía aparejados, consideraciones mucho más pragmáticas desde ya me ocupaban. Vivo en un barrio superpoblado de viejas chismosas, que tienden además a convergir en mi cuadra en su diario peregrinar al supermercado. Muchas de ellas se saludaban con Celina, y a veces hasta se detenían a intercambiar chismes con ella. Celina misma, probablemente, iba en camino de convertirse en una de ellas, calculo, dada la fruición con que a veces interrumpía mi rato de lectura para sacarse de entre pecho y espalda algún dato que estimaba por lo menos digno de ser compartido. Creo que al principio le daba un poco de vergüenza ceder al vicio, al estereotipo, pero creo también que poco a poco se le había ido haciendo callo, y creo que llegó un momento en el que le importaba poco si yo la estaba oyendo o no, con tal de darse el gusto de contar, ella también, el último secreto ajeno de que había sido hecha depositaria.

Muchas de esas viejas chismosas, estoy seguro, al irse Celina alentaron la esperanza de colocar conmigo a alguna hija divorciada, viuda o simplemente abandonada. Mi conducta de viudo insobornable no tardó en esfumar esas ilusiones. Es más... y me da un poco de cosa decirlo... Celina, que me quería de verdad... cuando supo que se iba, que le faltaba poco... con mucho pudor me sugirió... nombres... discretamente, como al pasar... nombres de las maduritas del barrio que ella desde allá arriba vería con buenos ojos ocupando su lugar... y también nombres de las que de ninguna manera y por ningún motivo. Con las unas y con las otras intercambio medidos saludos los sábados por la mañana en la feria, cuando le dejo por un rato la casa a Blanquita, mi limpiadora.

Mi cuadra era, pues, zona minada para intentar una aproximación a la mujer esclava. Seríamos en un santiamén la comidilla del barrio. Alguien habría fatalmente de testigo para diseminar por el barrio que el viudo de Celina le arrastraba el ala a Fulana de Tal, mucho más joven, casada y con hijos. Por supuesto que a mí semejante diseminación en realidad me importaría tres pitos: no podían afectarme contándoselo a alguien que me importara —a Celina tendrían que esperar para contárselo cuando fueran a hacerle compañía al cielo de las chismosas. Pero a ella, a la mujer esclava, le harían la cruz. Buscarían la manera de que su marido —porque puesto que tenía hijos tenía seguramente un marido— se enterara. Y a él la noticia seguramente que le haría muy poca gracia.

¿Entonces? ¿qué hacer? ¿achecharla y seguirla cuando saliera de los límites del barrio? ¿caerle ya fuera del coto de caza de las chismosas? En realidad nunca la vi sino llevando o trayendo a sus niños. Y un par de veces en el súper. De hecho no sabía dónde vivía. Seguramente que a no más de un par de cuadras sobre mi misma calle. Decidí que ese sería el primer paso. Seguir la, averiguar dónde vivía. Lo hice esa misma tarde cuando regresaba con los niños del colegio.

Lo difícil para seguirlos fue que, si daba bellas zancadas cuando iba sola, cuando iba con los niños avanzaban demasiado lentamente. Los párvulos, cansados, remoloneaban, tironeaban de su madre, se detenían para recoger piedritas y palitos. Sobre todo el menor. Yo no había considerado ese aspecto de la cosa y me las vi en figuritas para no

terminar adelantándome. Se imponía algún tipo de escala técnica. Encontré la solución en Lalo, el viejo de la esquina, que como siempre se ventilaba en su jardincito. En lugar del habitual saludo rápido, sabiéndolo bolso le pregunté a cuál de los dos candidatos prefería para la dirección técnica. La estrategia dio resultado: continué el seguimiento cuando los vi ya más allá del súper. Y mi cálculo resultó correcto: una cuadra más adelante los vi entrar en el único edificio de apartamentos que hay en todo el barrio. Creo, aunque era imposible estar seguro, dada la distancia, que al cerrar la puerta de vidrio ella me vio.

Montar un acecho en la puerta del edificio para seguirla cuando la viera salir sola alejándose de la zona caliente, no era una opción razonable: mi espera frente al edificio no dejaría de llamar la atención a algún jubilado/a ocioso/a. Pasé el resto de la tarde preguntándome cómo darle a entender que su sensibilidad hacia mi persona no caía en saco roto. Tardé un rato en comprender que la solución del problema dependía de comprender más a fondo la naturaleza de mi objetivo.

Punto uno: viviera ella con quien viviera (esposo, padres, hermanos, lo que fuera) el grupo familiar evidentemente padecía estrecheces económicas. Vivían con lo justo. Haberla visto año tras año con la misma ropa lo hacía evidente. Con todo, el edificio en el que vivían no era ningún conventillo, tenía décadas encima, pero estaba bastante cuidado. Y sus hijos iban a un colegio privado –medio pelo, pero pago al fin. Ese gesto de padecimiento y dignidad que me parecía que llevaba dibujado siempre en el rostro ¿se debía a este penar económico? ¿a la impotencia por no poder mejorar la situación?

Punto dos: ¿por qué yo? Y antes que nada ¿no estaría yo sobrevalorando algunos gestos puramente casuales? ¿no estaría yo tomando como invitaciones a una intimidad gestos sin intención alguna? El saludo: distracción de una mente agobiada por dificultades sin solución. La mirada hacia mi ventana: intención de chequear su apariencia reflejada en el vidrio de una mujer que se siente insegura básicamente porque no tiene más que trapos viejos. Quizá. Pero en todo caso, suponiendo que hubiera efectivamente intención ¿por qué yo? Un señor mayor, viudo, solo, notoriamente alguien comedido y discreto...

Opción uno: no tiene marido... es divorciada, viuda, madre soltera... y piensa en... ¿por qué no?... alguien que aporte algo a su vida... una relación seria... estabilidad, seguridad... Opción dos: tiene marido, el fulano es un irresponsable, o un inútil, alguien incapaz de proveer lo que se necesita... Quizá se ha abierto paso en la mente de la mujer esclava la idea de tener otra fuente de ingresos... alguien comedido y moderado... ¿Cuántas mujeres llegan a un momento en la vida en el que se afilian a alguna de las dos opciones? Muchas, por supuesto.

Al llegar a este punto respiré tan hondo que en el silencio hueco de la casa sonó como una estampida de cucarachas. Madurar, me dije, es asumir el rol que a uno le corresponde. Estoy dispuesto, pensé, a ser el discreto y caballeroso proveedor si ese rol es necesario. Esta predisposición favorable se me hizo perfectamente evidente de inmediato, y en ningún momento se me presentó el asunto como algo que implicara alguna forma de corrupción. Yo necesitaba ser rescatado del mausoleo (mental) en el que Celina dormía su sueño eterno, y la mujer esclava necesitaba... quizá simplemente unos mangos para comprarle un abrigo al mayor, o para poner al día las cuotas del colegio. Cómo le explicaría ella a su cónyuge el origen de esos recursos frescos era su

problema, no el mío. Y llegado el momento no querría saber yo las consecuencias de su sinceridad o de su embuste.

He aquí, pues, todo el matete que había construido en mi mente a partir de un simple saludo entre vecinos y de una mirada, casual seguramente, hacia mi ventana. Después de cinco años a pan y agua, yo era como un llano reseco, y cualquier chispita podía ocasionarme un incendio. Esa es la verdad. La única cosa que podía detener aquel delirio era que no se me ocurriera cómo encarar a la mujer esclava, y eso, por supuesto, no iba a ocurrir. De ninguna manera. De hecho, esa misma noche, sentado frente a la mesa de la cocina, doblando un prospecto de Naprilán hasta dejarlo microscópico mientras esperaba que los fideos se cocieran, se me ocurrió la manera de tomar contacto con ella sin causar escándalo alguno. Esa noche, para aliviarme, prescindí del espejo. Apagué la luz y me entregué al influjo de la mujer esclava, que fue tan intenso que, llegado el momento, me pareció sentir el olor de su cuerpo. Olía a yuyos, a sol, a tierra, a polen, a bosques eslovacos o eslovenios o comoquiera que se diga, y me hizo sentir tan joven como jamás creo haberlo sido.

## ¡CONTACTO!

Me levanté temprano, me di una ducha de media hora con doble enjabonada y doble champú, me afeité con una descartable sin uso, me lavé los dientes hasta sangrarlos, me peiné con fijador y me vestí como para una primera cita. Hacía años que no estaba tan presentable. Me senté en el murito a esperarlos con un papelito doblado en cuatro en el bolsillo de la camisa.

Venían por mi vereda. No esperaba nada de ella, pero al acercarse levantó apenas la cabeza, me miró y musitó “Buenos días”. Eso selló su suerte. O más bien, la mía. Quizá si no hubiera reincidento en el saludo no me hubiera atrevido a llevar adelante mi plan. Respondí al saludo, y apenas pasaron frente a mí me paré, ya con el papelito en la mano, aunque fingí que lo levantaba del piso –fingí no para ella, por supuesto, que ya me daba la espalda, sino para los hipotéticos curiosos, aunque en realidad no los hubiera a la vista. “Señora” llamé, alzando con naturalidad la voz. Ella se detuvo y se volvió. “Se le cayó esto” agregué, acercándome. Sus amplias cejas levantaron vuelo. Con ese gesto su rostro parecía una bandada de pájaros levantando vuelo, y al levantar vuelo sus cejas su rostro quedaba desierto como un cielo vacío. Eso pensé, mirándola a los ojos, sonriéndole, mientras daba los tres pasos que me separaban de ella. Soltó la mano del menor para recibir el billete. Yo lo sostenía entre el índice y el pulgar y ella lo recibió también entre el índice y el pulgar.

Bien... estoy exagerando un poco en el detalle... pero es que fue un momento tan especial... como si en el instante mismo en que el papelito unía nuestros dedos, se hubiera abierto de golpe en el cielo sobre nuestras cabezas, en pleno día, una gran aurora boreal, o como si el coro infinito de las divinidades nos aclamara y aplaudiera nuestra audacia. “Gracias” musitó sin que siquiera una mínima sonrisa de cortesía aflorara en sus labios. Sonó como dicho por un mendigo al recibir una limosna. Sin mirarlo guardó el papelito en el bolsillo de su abrigo. Lo que significaba, naturalmente, que sabía que no se le había caído. Tomó nuevamente la mano del niño y sin más siguieron su camino. En el papel había escrito solamente “Llámeme” y mi número de teléfono.

Me aposté para espiar su regreso, pero inútilmente. O bien tenía algún mandado para hacer más lejos o bien regresó haciendo un rodeo, decisión que no podía sino ser consecuencia del mensaje. Me senté a leer esperando su llamada. ¿Llamaría? me preguntaba. ¿Cuánto tiempo tendría que estar cerca del teléfono, sin salir de casa, para convencerme de que no llamaría? Pensé que tendría que haberle indicado una hora precisa para que me llamara. Pero no... no podía escribirle “llámeme a tal hora...”, como si fuera mi secretaria... De todas maneras no llegué a padecer la espera. A las dos en punto de la tarde –como si le hubiera escrito “llámeme a las dos”-, cuando me estaba preparando un café instantáneo, sonó el teléfono. Había encontrado una forma discreta de hacer contacto, pero no estaba tan claro respecto de qué decirle. ¿Ser directo? ¿o esperar a ver qué onda? me preguntaba al levantar el auricular. Y me preguntaba si el mero hecho de que llamara, aunque fingiera inocencia, no era suficientemente explícito respecto de sus intenciones.

“Oigo” dije tratando de sonar lo más casual posible. “Sí... soy yo...” dijo, muy bajito. Y así, aislada, telefónica, su voz me reveló una especie de fragilidad interior. La voz de alguien a quien si se le pega un par de gritos se calla la boca hasta que pase el temporal. No esperaba esa impresión. No tenía cómo esperarla. Al fin y al cabo todo lo que yo creyera saber de ella no era más que invención mía. “Qué bueno que llamó...” dije y me di cuenta de que sonaba como amoscado, como si le reprochaba llamar bastante después de la hora convenida. “Me pidió que lo llamara” dijo como achicada, como excusándose. Pensé en ese momento, sorprendido, que habíamos hecho una especie de enroque inesperado. Espontáneamente habíamos ensayado roles, o actitudes, complementarios. Como si de mirarnos distraídamente todos estos años hubiéramos estado preparándonos para encajar bien de primera, aunque este rol de cabroncito no me represente en realidad y, quizá el rol de sumisa no la representara a ella.

“Sí” dije, como un gerente que finge revisar papeles antes de comunicar su decisión. “Pensé que estaría bien que nos encontráramos... fuera del barrio, por supuesto... para tomar un café”. Así nomás. Fuera del barrio: eufemismo para “donde nadie nos vea”. Tomar un café: eufemismo universal para... para... para algo... del orden de lo íntimo, se entiende. No fue intencional esta arremetida cruda. Como dije, no soy un seductor, por ningún lado que se me mire. Me di cuenta de los sobreentendidos que implicaban mis palabras en el momento mismo de pronunciarlas. A juzgar por el largo silencio que hizo, ella sí descifró entrelíneas. En su casa había total silencio. Estaba seguramente sola. Apenas, a lo lejos, se oía la tonadita del camión del supergás que había pasado frente a casa minutos antes. “¿Por qué habríamos de hacer eso?” preguntó por fin, blandamente, como si más bien que ofrecer una resistencia estuviera pidiéndome un argumento cualquiera que justificara su aquiescencia. Comprendí que independientemente de los roles aparentes, en el baile que bailábamos ella llevaba el paso y yo me limitaba a seguirla. Era ella la dueña del No. Intuí que de optar por lo más fácil –devolverle la pelota con una pregunta del tipo “¿Usted cree que no deberíamos hacerlo?”- encallaría inevitable, quizá definitivamente la situación.

Yo debía llevar aparentemente la iniciativa, aunque en realidad la llevara ella. ¿Qué decir? ¿Qué razón contundente podía darle para “tomar un café” que no levantara simplemente el eufemismo? “Pienso que sería un error no hacerlo” ofrecí finalmente, presionado por el largo de la pausa. “¿Por qué?” preguntó de inmediato, previsiblemente. ¿Por qué demonios podía decirle que era un error no tomar el bendito café? Aquello me sacaba de quicio. Para mí era absolutamente imposible decirle “Porque quiero ser su amante”. Estuve a punto de colgar y terminar con aquella conversación cautelosa hasta el absurdo. Entré en pánico. La mente en blanco. ¡Socorro! aullé en silencio.

La musa de los seductores se compadeció y puso en mi boca palabras que a mí ni en un millón de años se me hubieran ocurrido. “Porque usted tiene algo que es para mí, y yo tengo algo que es para usted” dije, suavizando el tono, pero sonando tan terminante como pude, y al decirlo supe que tenía también ya pronta la respuesta para lo que ella preguntaría a continuación, y que efectivamente preguntó, bajando aún más la voz: “¿Qué es eso que tengo para darle, y qué es lo que usted tiene para darme?”. “Eso es precisamente lo que sólo se puede saber tomando un café” dije. Jaque mate. Se quedó callada. Pudo haber exigido que el tema se saldara por teléfono, pero no lo hizo. Porque

quería el encuentro. Y sólo había estado buscando una excusa, por endeble que fuera, para aceptarlo.

Ya no dijo nada. Y el que calla, otorga. “¿El bar de 26 de Marzo y Pagola te parece bien?” propuse, adelantando ya el tuteo, como quien le suelta un mimo a un cuzquito que se arrima moviendo la cola. “No, Pocitos no” dijo de inmediato. Sí, claro, donde nadie nos viera, y Pocitos estaba demasiado cerca. Salgo muy poco. No se me ocurría nada. Ella esperaba en silencio. De pronto recordé. “Hay un bar viejo en Paraguay y Maldonado” propuse, dubitativo, porque perfectamente pudiera ser que ya no existiera. Siete años atrás ya era un tugurio. Lo recordé porque frecuentaba la oficina de un escribano ahí cerca, por Maldonado. “Está bien” dijo después de considerarlo cuidadosamente. “¿Nos vemos cuándo?” preguntó después como si todo el asunto lo regulara mi voluntad. “Mañana”. “A la una” dijo y colgó sin una palabra más. Colgué, anonadado. Aquello era lo primero que sucedía en mi vida desde la muerte de Celina.

## VELA DE ARMAS

De pronto, vertiginosamente, se alejaba de mí mi vida de viudo embotado en su soledad, en su dejar correr el tiempo hasta que se agote. ¡Estaba a punto de conquistar a una bella y joven mujer...! Bella para mí al menos, que es lo que importa... ¡Pero qué! ¿Conquistar? ¡Patrañas! Ella me había elegido y ungido, y había extendido una alfombra roja para que yo llegara a sus pies sin contratiempos. Aún con la mano sobre el teléfono sentía, estupefacto, algo que no había sentido nunca en mi vida: que yo era otro. Alguien nuevo, con un cuerpo flamante, recién estrenado, o sin estrenar, un cuerpo firme, energético, potente, y recorrido como por un fluido eléctrico que al llegar a mi cerebro se convertía en pura lucidez, o en algo muy parecido. ¿O sea que esta esbelta esclava, de rostro redondeado y nariz puntiaguda, que pasaba todos los santos días por delante de mi casa y con la que yo no me hubiera atrevido a soñar ni el menor flirteo, en realidad pensaba en mí con un deseo tan ávido que finalmente la empujó a tomar la iniciativa? Pero no era tanto que me sintiera como nuevo, más bien era que el mundo me parecía nuevo, muchísimo mejor a como lo había padecido, y a como jamás me lo hubiera imaginado, muchísimo más abierto y lleno de... ¿cómo decirlo?... de posibilidades. “Nunca es tarde para comprender la naturaleza del mundo y el sentido de la vida” me auto-sermoneaba, omnipotente y filosófico.

Me costó dormirme esa noche. Con las manos atadas por el sentido común, la ansiedad me devoraba cada vez que me entregaba a la imaginación de las posibilidades que ofrecía nuestro encuentro. Cuando no me abandonaba a la embriaguez anticipada de la posesión, dos temas revoloteaban en mi mente hasta dejarme exhausto. El primer tema era, por supuesto, su marido. ¿Lo tenía? Por más que me esforcé no pude recordar haberla visto con un hombre, ni en el súper, ni en la feria, ni en la plaza. ¿Vivían juntos sin comercio carnal, como tantas parejas frustradas que no se separan por los niños? ¿Tenían una vida normal de pareja pero ella no podía resistir el deseo que sentía por mí... o por los hombres en general? ¿Era pensable semejante cosa? ¿Por qué no? Lo que era claro, era que temía que la vieran conmigo, de ahí que rechazara un bar en una zona relativamente cercana al barrio. También era claro para mí que no estaba tratando de birlarle la mujer y los hijos a un fulano –si es que tal fulano había. En todo caso no sería más que una especie de préstamo, importante para mí, sin duda, puesto que ya la mera expectativa me hacía sentir como si hubiera nacido de nuevo, préstamo del que yo al menos esperaba y deseaba que todos saliéramos beneficiados, así el préstamo tuviera que convertirse en alquiler.

El otro tema no me resultaba menos inquietante. Hacía cinco años y pico que no estaba con una mujer. Súmese a eso que, en los veinticinco años de matrimonio con Celina, como dije, no había estado con mujer alguna más que ella. Ahora, de pronto, tal y como parecían venir las cosas, tendría sexo con una mujer mucho más joven que yo, y que no porque la viera cotidianamente era menos una extraña para mí. Como dije, no es que en estos cinco últimos años no tuviera en absoluto vida sexual. Solitaria –y a veces rutinaria, desganada- pero la tenía. Pero ¿qué pasaría -mañana quizá, o pronto en todo caso- al desnudarnos? ¿Respondería mi cuerpo instantánea, automáticamente, como había respondido siempre con Celina? Era cinco años más viejo, y en la cincuentena ese

no es un dato menor. ¿Me inhibiría el regalo apabullante de su desnudez? ¿Mi respuesta sería más lenta? ¿Cuánto más lenta? ¿Podría mantener la calma o entraría en pánico? En algún punto de esta calesita delirante, ya tarde en la noche, me puse a recordar a Cobita, una perrita que tuve de niño, y tratando inútilmente de recordar por qué la llamé Cobita, a la larga terminé por dormirme. Me imagino cómo la pasarán los futbolistas la noche antes del partido de su vida.

Preparativos, para el caso de que la conferencia produjera el resultado previsible. Ubiqué un hotel de alta rotatividad, un telo como dicen hoy, una amueblada, un mueble como se decía antes –quizá aún se diga así, al menos entre gente de cierta edad. Hay palabras que siempre me desagradaron y que nunca usé: amueblada es una, tanga es otra, encamarse es otra. Celina usaba la palabra tanga, por ejemplo en un comentario al hojear una revista, o mirando un programa de televisión con vedettes. Me parecía como que se ensuciaba usando esa palabra. Sin embargo nunca le pedí que no la usara. Ella era tan meticulosa, tan perfeccionista que yo creo que me daba cierto gusto poder bajarla de sus alturas. Era un poco como esa manía con los chismes que fue adquiriendo. Tampoco le dije nada. Otro preparativo: fui al banco y saqué una suma bastante por encima de cualquier contingencia. Nunca se sabe. Me jubilé con cargo de gerente, de manera que tengo una buena jubilación, y como soy frugal por naturaleza, ahorro mucho. Viviendo con Celina, y desde bastante antes de su partida, ya ahorrábamos. Para nada, porque no era que tuviéramos planes, objetivos. Ahorrábamos para tener. Y lo pasábamos a dólares. Por las dudas. Poco antes de irse Celina murió mi tía Apolonia, y puesto que yo era su único familiar heredé todos sus bienes. Tenía casas y apartamentos, que alquilaba. Celina fue firme en que ni hablar de ocuparnos de un negocio de alquileres, de manera que vendimos todo y pusimos el dinero en el banco. ¿Qué voy a hacer con esa gran bola de dinero que crece todo el tiempo? Nada. Estoy bien en esta casita. No necesito nada. A veces fantaseo cosas para hacer con ese dinero, pero no pasan nunca de fantasías.



## EN LA ALFOMBRA MÁGICA

Diez minutos antes de lo acordado estaba yo en el bar tomando una Coca Cola. Hubiera preferido a esa hora tomar un café, pero me daba asco imaginar las condiciones de higiene del boliche. Me preguntaba por enésima vez si vendría, y cuánto tiempo me quedaría esperándola después de la hora acordada, cuando la vi venir bajando por Paraguay. La misma ropa de siempre, pero con un gorro de lana negro, grandes lentes negros tapándole media cara y una bufanda, negra también, tapándole la otra mitad. El gorro o la bufanda le ocultaban la cola de caballo. Pero si lo que quería era pasar de incógnito el abrigo verde, que era como su caparazón, la denunciaba. Definitivamente temía ser vista y reconocida. Y se escondía como lo hacen los avestruces, metiendo la cabeza en un hoyo. Pensé que si hubiera venido vestida diferente la hubiera mandado de regreso a recuperar su imagen cotidiana, de la que, seguramente, dependía en buena medida mi erotización. Era, pues, la misma del barrio, del súper, de la feria, la que lleva a los nenes al cole, enmascarada pero inconfundible, entrando al bar y caminando hacia mi mesa.

Como pasmado, sin poder creer que allí estaba, me puse de pie para recibirla. Sacó una mano del bolsillo y bajó un poco la bufanda para hablar. Tenía la nariz roja por el frío o por un resfrío. “No nos quedemos aquí” pidió. Dejé un billete sobre la mesa y salimos. Volvió a taparse la cara con la bufanda para salir. Apenas pisamos afuera le hizo señas a un taxi. El taxista –un negro grandote, calculo que metido en el autito con calzador- preguntó a dónde. Le dije que siguiera derecho y ya le avisaría yo a dónde íbamos. “¿Hay algún lugar al que quieras ir?” le pregunté, acercándome para bajar la voz. Me contestó sin mirarme, desde el interior de su escondite. “A donde estemos solos” musitó. Cada tanto el chofer nos miraba por el retrovisor con una sonrisita morbosa en los labios. Seguramente oía nuestra conversación. No hay manera de hablar en el cubículo trasero de un taxi sin ser oído. Esto debiera de ser tipificable como escucha ilegal. Le di el nombre de la amoblada. “Bien” dijo y su sonrisa se acentuó. Ella, encuevada en su disfraz, no dijo ni mu. Dejó pasar la oportunidad de protestar, de darle otro rumbo a la cosa. Su pasividad ponía definitivamente todo en claro. Aclaraba, sin lugar a más eufemismos, en qué estábamos.

Un paseo en la alfombra mágica no me hubiera maravillado tanto como aquellos minutos en taxi. Segundo a segundo me cargaba con toda la capacidad de maravilla disponible en este absurdo mundo. Jamás se me hubiera ocurrido que esto era lo que necesitaba para frenar el lento deslizarse hacia la abulia completa en que se había convertido mi vida. Yo, el macho ganador, llevándome al mueble a la mujer joven. ¡Qué situación inverosímil! Algún demonio burlón se había hecho cargo seguramente de las riendas de mi vida. Ella se hundía más y más en el asiento, como si a pesar de ir enmascarada, temiera ser reconocida. Yo, por mi parte, hubiera querido que, antes de aterrizar en el tálamo, diéramos una vuelta triunfal por la ciudad en un deportivo descapotable saludando a las multitudes. Íbamos, por cierto, mudos. No me imaginaba qué pudiera decirle. Le puse una mano sobre la rodilla y se la sacudió de inmediato, como si le hubiera caído encima una araña peluda, o como si hubiera cámaras de seguridad en los taxis.

El coche entró por el costado de un caserón antiguo. Se detuvo frente a una caseta. Dentro había un hombre calvo con un gran bigote tipo manubrio. Me pregunta si quiero común o suite y, por supuesto, contesto que suite. Me entrega entonces un ticket. “Número 27” le dice al taxista. El coche sigue adelante y entramos en un patio con una fuente en el centro y rodeado de construcción reciente de dos pisos. La mitad de los apartamentos tiene cochera. Todas las ventanas tienen las persianas bajas. Quizá estoy excediéndome con los detalles, pero es que era la primera vez en mi vida que estaba en uno de esos lugares. Nos detuvimos frente a la cochera con el número 27. Pagué. El taxista insistía con su sonrisa de hiena. “Que tenga una buena jornada de trabajo” le dije muy amablemente. Bajamos. La manera en que mi encapuchada se deslizó casi a la carrera en busca de refugio fue casi escandalosa. Digna de una comedia de enredos.

## SEXO URGENTE

Entramos. Había sólo una veladora encendida. Con movimientos nerviosos la mujer esclava buscó hasta que encontró la llave que inundó de luz la habitación. Como si temiera que justo allí vinieran a arrinconarla los fantasmas. El espectáculo que la luz vino a revelarme era, como se dice hoy, delirante. Esculturitas de davides y venuses hechas de plástico blanco brillante, espejos por todas partes, con un gran espejo cenital colgando sobre el lecho, y un gran corazón rosado en el centro del cubrecama. Se diría que algo precisamente a medio camino entre Corín Tellado y la pornografía gringa. La mujer esclava buscó hasta irritarse cómo cortar la melosa bossa nova que pudría el ámbito sonoro. El switch, razonablemente, estaba detrás de la cabecera de la cama. Retiró entonces su complejo enmascaramiento y se sacó el sempiterno sacón verde, dejando todo sobre la cama. Estuve a punto de caer de rodillas y hundir el hocico en las entretelas de ese sacón, emblema de mi deseo. Sin mirarme respiró hondo y empezó a recorrer el lugar, chequeando cada detalle, como si estuviera por comprarlo. La seguí al baño. Más espejos. Paredes de embaldosado fluorescente. Ducha multifunción. La seguía de un lado al otro, mirando cada cosa que ella miraba, solícito como un pelotudo de inmobiliaria, un poco preocupado de verla tan dubitativa. Imaginé que buscaba alguna cámara oculta. En todo caso no la encontró. Regresó a la habitación. Respiró hondo otra vez. Se tranquilizó.

Me saqué el abrigo y me le acerqué. Inmóvil, miraba al piso, no frente a sí sino un poco a un lado, como si buscara algo con la vista. Miré también. No había nada. Tal y cual y como si estuviera muerta de vergüenza o como si hubiera venido obligada. “¿Querés tomar algo?”. No respondió, pero con un gesto que no sabría calificar sino de dramático, enfocó hacia mí su expresión de pescadito de pecera -boca chiquita, cejas arqueadas- en versión francamente desencajada. Me asusté un poco. Nada de todo aquello daba para tanto. “¿Querés que lo dejemos? ¿Nos vamos?” sugerí. Negó con un gesto tenso, brusco de la cabeza, como si no hubiera tiempo que perder. Debo decir que para mí, en aquellas circunstancias, con mi añosa novatez a cuestas, la cosa estaba a punto de pasar de castaño a oscuro. Estaba desconcertado, y comenzaba a ganar votos en mi compulsión íntima la opción de cortar el mambo y salir de ahí cuanto antes. ¿Quién podía asegurarme que aquella mujer tan... especial... no viniera a pirar del todo precisamente en mis brazos? De pronto, instantáneamente se puso colorada como un tomate, como si se hubiera tragado un potente colorante. Y entonces sí, soltó un suspiro escalonado pero completo, y aterrizó.

Se me acercó hasta casi tocarse las puntas de nuestras narices, como si quisiera asegurarse de que éramos de la misma altura, que lo éramos. En su mirada, fija en mis ojos, había algo de... no quiero decir de locura directamente... pero sí algo de desquiciado, de desesperado, como si estuviera a punto de lanzarse dentro de un caldero de aceite hirviendo. Con un movimiento rápido se soltó el pelo, movió la cabeza a un lado y a otro con un gesto mecánico para acomodarse el pelo sobre los hombros. Con la boca hacía una cosa rara, como si endureciera los labios y los aflojara, una y otra vez, rítmicamente, como un pez trasegando agua de continuo. Todo aquello me parecía, sin saber mucho de estos lances, sin saber mucho de mujeres en estas circunstancias, sin

saber mucho de nada, todo aquello me parecía raro, demasiado tenso. Yo esperaba besos y caricias, un dulce apasionarse antes de poner directamente manos a la obra. Su mano izquierda tomó con firmeza, con autoridad, diría, la pretina de mi pantalón y la derecha bajó de un solo tirón el cierre de la bragueta, de una vez, sin tironeos ni torpezas, como si violara tipos todos los días.

Con la mano aún helada rebuscó hasta encontrar el gusano, completamente flácido, por supuesto. No le importó. Lo sacó, se arrodilló y se lo metió en la boca. De una. Muy romántico. Nada de conocerse un poco, de mostrarse un cierto afecto, interés o curiosidad. Ni siquiera evaluar el instrumento. Nada. De una vez mis pendejos haciéndole de bigote. Atenazándolo con los labios tironeaba del pobre infeliz, estirándolo y luego masajeándolo con toda la boca, incluidos los dientes, cosa que me hizo tomar conciencia por primera vez en mi vida de los peligros de una mamada. Me parecía una puta trabajando contra reloj o la mina que se levanta en los bailongos de rompe y raja. La falta de experiencia no frena a la imaginación. De hecho hasta ese momento sólo Celina me la había chupado. Desde poco después de casarnos empezó a hacerlo. Modosa y morosamente, hablándole a la verga cariñosamente, como si fuera un aimalito. Por esa cosa de respeto conyugal que se va haciendo más inexpugnable con el paso de los años, nunca le pregunté cómo se le había ocurrido aquello. Supongo que fue leyendo algún manual de higiene sexual que por aquellos años estaban de moda y que cada mujer casada guardaba en un cajón de la cómoda.

A pesar de los intermitentes alertas que recibía cada vez que sus dientes rozaban la piel del glande, la miraba hacer, a medias fascinado y a medias preocupado por estar a la altura de las circunstancias. Ahí la tenía a la mujer esclava, totalmente concentrada en chuparme la pija. ¡Bendito sea Dios y la puta madre que lo parió! Lo digo con todo respeto. Soy católico no practicante. Sencillamente veía aquello y no podía creerlo. Pronto la preocupación me abandonó: la verga se desplegaba con tanto vigor como en sus mejores días. Aquello sólo podía ser un ensueño erótico producto de una siesta demasiado larga y se disolvería en el aire en cualquier instante.

Y sin embargo, no, no lo era, no era ningún ensueño. Ella estaba consiguiendo centímetro a centímetro lo que, con empeño y entusiasmo algo torpes, estaba buscando. No soy ningún superdotado, pero cuando estuvo todo el largo disponible ya no cabía en su boca más que la mitad. Su boca no era pequeña solamente por fuera. Se la sacó de la boca y la meneó con fuerza, como si estuviera aplicándole un castigo. Sentí como si el piso temblara debajo de mis pies. De pronto mis huesos viejos y pesados se volvieron livianos como los de un pájaro. Me miró otra vez con esa mirada de medio chiflada y me mostró los dientes –chiquititos y parejos–, como si se dispusiera a arrancarme la pija a mordiscones. No me dio tiempo para asustarme del todo. Se paró y dándome la espalda empujó con las nalgas contra mi vientre. La tomé de la cintura y empujé contra sus jeans con la sana intención de perforarlos. No fue necesario. Frenética soltó la cintura de su pantalón y se lo bajó, con calzón y todo. Se inclinó, apoyando las manos sobre la mesa de luz. Tenía las nalgas heladas. Metió una mano entre sus piernas y atrapándome por el tallo abrió con la punta los labios de su sexo y me hizo sentir el calor y la humedad. Empujé. Estaba tan mojada que a pesar de que sentí lo estrecho que era el conducto me deslicé hasta que no tuve más para meter. Estrecha pero profunda. Gritó como si le hubiera clavado un puñal. Fue un momento increíble: simplemente no podía creer que tenía clavada a la mujer esclava.

“Mañana cuando te vea pasar con tus niños voy a recordarte como te tengo ahora” no dudo que con la loable intención de, en un momento tan especial, exhibir sinceramente mis pensamientos. Por toda respuesta empujó con las nalgas contra mi vientre, tan brusca y descontroladamente que estuvo a un tris de quebrarme la pija o tumbarme. Después, gimoteando como un niño asustado que corre para escaparse del cuco, se puso a acelerar la cogida tanto que, molesto por la torpeza, estuve a punto de frenarla. No me dio el tiempo. Arqueó el lomo, soltó un verdadero grito de pánico y quedó inmóvil todo un largo minuto, el hocico hacia el techo, temblando como una epiléptica, como una muñeca a cuerda a la que se le hubiera trabado el mecanismo. Evidentemente también para ella aquella cópula sumaria estaba cargada de insólitos significados. Verdaderamente fue como si la mujer hubiera estado sin sexo quién sabe cuánto tiempo y/o como el placer y la conciencia del pecado -adulterio, supongo- hiciera de su cuerpo un verdadero campo de batalla.

## LA MAMÁ Y LA PUTA

Se aflojó y se dejó caer de lado sobre la cama, el culo al aire, oculta la cara detrás de un brazo. Su arrebató y su derrumbe me habían superado a tal punto que ahí quedé, itifálico, sin saber qué hacer. Jamás hubiera imaginado que el amor de la mujer esclava iba a ser algo tan desmañado y tan frenético. Me pregunté si siempre se comportaría así, tan torpe como una campesina histérica. Pensé, muy divertido, que para el polvo que habíamos echado no hacía falta una suite, ni siquiera una habitación común: bastaba con un zaguán más o menos oscuro. Aun así yo me sentía, en realidad, de maravillas, espléndido. Me di cuenta de que, por absurdo que pudiera sonar, durante los años de viudez me había ido abismando en la idea de que no volvería a tener sexo. Ella permanecía inmóvil. No como si estuviera dormida sino más bien como si, calmadas sus urgencias, se abandonara a lo que quisiera hacer con ella. Me pareció, entonces, que sería inobjetable empezar por liberar completamente sus piernas. Tironeé pues de sus botas, y luego de las botamangas de sus pantalones. Se puso boca arriba para facilitarme la faena, pero cruzó los antebrazos encima de su rostro. ¿Qué era aquello? ¿Un arrebató de pudor después del absoluto desenfreno? ¿Era la manera en que podía estar en esto, o sea no estando? De la cintura para abajo no le dejé más que los calcetines. Su piel era muy blanca, con ese blanco que no soporta mucho sol, blanco que se vuelve gris en la penumbra, blanco como sin vida, sucio. No era una piel femenina, suave y delicada, sino simple y obscenamente piel, sin un granito, ni una venita, ni nada... como si fuera de goma, y tan depilada como nunca he visto una piel de mujer. Su ombligo no era ningún hoyuelo gracioso. Más bien prominente, parecía como si el nudo hubiera quedado atorado ahí dentro.

Me desnudé. Le separé un poco las piernas. Se dejó hacer, sin ayudar, como una muñeca. Se había vuelto algo más que pasiva... como si jugara a la muertita. Su vello púbico era más bien ralo, rojizo y ralo, con algo de gallina a medio desplumar. La hendidura se le había cerrado, como una boca apretada hasta morderse los labios. Pasé la yema del índice sobre la raja seca y se estremeció, dejó caer a un lado una rodilla, los labios se despegaron y vi el rosa, demasiado pálido. Me percaté de que, desde atrás de sus antebrazos, me espiaba. Yo tenía la pija apenas hinchada. La empuñé y recorrí el tallo una y otra vez, despacito, desnudando y ocultando la cabeza. Abrió entonces las piernas por completo. Me incliné sobre su cuerpo y la penetré. Comprobé –más ahora, que estaba seca- lo que había notado antes: lo estrechez del conducto, apretaba el tallo como si lo tuviera enyesado -cosa sorprendente, puesto que a la vista estaba que no tenía cicatriz en el vientre, y había parido dos críos. Cuando estuve bien calzado soltó un suspiro largo y extático, como si se le hubiera ido el alma del cuerpo. Me acomodé y partí en busca de lo mío. Ella, lánguida y pasiva, soltaba puñados de aes inesperadamente delicadas, como un niño suelta al aire asoleado sus pompas de jabón. Pero sus aes sonaban desabridas, vagamente sufridas, más bien preventivas. Y se abría y se abría como para no escatimar nada de lo más hondo de sí.

Inesperadamente su blandura, su pasividad me irritaron, pusieron saña en mis penetraciones. Me tengo por un tipo por demás tranquilo, pero empecé a soltarle

puntazos como de malevo -si se me permite la licencia poética. Su distraído, solapado, anémico gozar trepaba, lenta pero seguramente, se dilataba, se remontaba como un globo escapado que lentamente se va más allá de las nubes más altas. De pronto sus manos aterrizaron sobre mis nalgas presionándome contra su cuerpo. Sus pies también levantaron vuelo. Sus ojos estaban muy abiertos. Descubrí que su mirada estaba clavada en el espejo cenital. Yo no existía más que allí, en el espejo. No era más que ese cuerpo allá arriba, que abría el suyo, empujando para metérsele más y más adentro. De la garganta se le escapó una especie de canto, un grito, pero modulado, caricioso, muy distinto del aullido con que había acabado un rato antes... modulado casi al borde del llanto de alegría, tal y cual y como si se le estuvieran abriendo, lenta pero seguramente, las puertas del Cielo. Comprendí que no era por efecto de mis habilidades sino de la novedad del espejo. Gozaba viéndose coger... o viéndose cogida... y aquel gozar suyo me desarmó, sentí que me iba y no fui capaz de sacar la verga para acabar afuera. Sentí como si me convirtiera en gel y me vertiera por completo en sus entrañas. En más de cinco años era mi primer polvo en regla, quiero decir, vertido en el vaso natural. ¡Mi primer polvo en cinco años! ¡Me sentí como el náufrago al tocar finalmente la arena de la playa! Me derrumbé sobre ella, agotado y exhausto, al borde de la inconsciencia, pero duro todavía, como si la tuviera acalambrada. Ella había llegado al final del goce con un sollozo que apenas la estremecía. Traté de besarle la boca pero dio vuelta la cara y dijo “No”. Y no sé más, porque me dormí. Por costumbre. Como me dormía de viudo cada vez que me aliviaba, o antes, de casado, cuando las maniobras firmes y precisas de Celina terminaban de vaciarme los testículos.

Lo siguiente que supe del mundo fue que la mujer esclava –que evidentemente también se había dejado ganar por la modorra- saltaba de la cama al grito de “¡Los nenes!”. Miré mi reloj. Faltaba una hora larga para la salida del colegio. “Tranquila” dije, mareado por el despertón. “Vas en taxi, llegás sin problema”. La miré hacerse la colita de caballo frente al espejo del baño. Qué maravilla, pensé, es mi amante. Entonces sucedió que me fui de la lengua. Dije una tontería que sólo expresaba mi deseo de darle cosas que le expresaran mi agradecimiento por lo que ella me había dado, que para mí no tenía precio. “¿Necesitás dinero?” pregunté. Me miró con su gesto de pescadito asombrado. “¿Para el taxi decís? Tengo”. “No digo para el taxi. Para lo que quieras” insistí, insobornable en mi tontería. Me miró, el ceño fruncido, desconcertada. “¿Querés pagarme?” preguntó sílaba por sílaba. Comprendí mi tontería: ella me regalaba su amor y yo le ofrecía pagárselo. A la amante no se le ofrece dinero, a no ser en circunstancias críticas. Se le hacen regalos. “¿Pagarte? No, claro que no” reulé a mil. “Sólo quería que supieras que, dado el caso, podés contar conmigo”. Se quedó mirándome sin verme. Mil cosas le pasaban por la mente pero no pude leerlas en la expresión de su rostro. Temí haber metido la pata irreversiblemente. “Pedime un taxi” dijo finalmente, y entornó la puerta del baño. La oí lavarse largamente en el bidet. Bienvenida siempre la higiene. Ahora, que si era por mi descontrol, la medida llegaba demasiado tarde. Me llamó la atención que no me lo reprochara. Quizá, por la razón que fuera, ella ya no podía concebir. Si con Celina no tuvimos hijos no fue porque no los quisiéramos, fue porque ella no podía.

Mi último recuerdo de aquella tarde –permítaseme el adjetivo- maravillosa, es una gran carcajada. Luego de que partió la mujer esclava –toda su despedida fue un rápido “Chau”- pedí mi taxi. El obrero del volante que me tocó era un viejito encogido y arrugado pero con cara de muy pillo. “¿Me permite una pregunta?” me dice a poco de arrancar. “Claro” le digo. “¿A qué vino solo al mueble? ¿a hacerse la paja?”. Me reí,

pero no le respondí. Me lanzaba fugaces miradas de reojo, miradas de pajarraco nervioso. “Ya veo” concluyó “usted es un romántico”. Puesto que acertó, le dejé una buena propina.

Pasaron los días y la vi pasar –y me vio al pasar- una y otra vez frente a la puerta de casa sin que me dirigiera ni una sola mirada, no digamos una sonrisa cómplice. Como precaución me parecía bastante exagerada. La seguía con la mirada y recordaba su cuerpo desnudo –de la cintura para abajo, que fue lo que tuve-, su cuerpo expuesto y abierto a mi avidez y a mi curiosidad. Vivía tratando de extraer de la embriaguez de los recuerdos alguna idea clara para interpretar lo vivido. Por un lado, paladeaba fascinado la noción de haber resucitado, de haber regresado al mundo, de estar otra vez, y como nunca antes, en el meollo mismo de vivir, de compartir las más intensas experiencias con otros seres humanos. Por otro lado, me esforzaba por comprender la voracidad con que la mujer esclava se me había venido encima. Como si no tuviera vida conyugal. Como si estuviera, tanto o más que yo, sola y ensimismada. Y luego la manera loca en que gritaba al penetrarla... al acabar... Evidentemente su placer tenía mucho de mental... la idea de verse siendo penetrada... cogida hasta acabarse... por un extraño... por el viudo de la otra cuadra... apartándose de su marido... de sus hijos... para darse por un rato, a escondidas, a un extraño...

Sí. Era algo morbo. Gritaba y lloraba desbordada por una voluptuosidad morbosa... Le quemaba la cabeza todo aquello: la cita, el taxi, el telo, chupármela, clavársela, abrirse, exponerse. Le quemaba la cabeza ser lo contrario de lo que era, un ama de casa responsable, meticulosa, hacendosa... por eso se tapaba la cara, y por eso esa mirada confusa, desconcertada ante la idea de que pudiera estar ofreciéndole dinero por sus servicios sexuales... ¡Sí, eso era! Divina, hermosa mamá tironeando de sus diablitos camino de la escuela, dándose en un telo a su amante, sin pudor ni freno. Y sólo para mí era el succulento milagro de poder contemplarlas a las dos... a la una y a la otra... a la mamá y a la puta... a ella y a su deseo. ¡Y ni siquiera sabía su nombre! ¡Ni siquiera sabía si vivía en pareja! ¡Ni siquiera sabía si volvería a estar a solas con ella! Si debido a algún vericuerdo contradictorio de su locura personal y privada decidía no repetir... entonces tendría que mudarme, irme a otro barrio. Porque no podría soportar la visión cotidiana de un Paraíso definitivamente perdido. Ni a Alighieri se le hubiera ocurrido un infierno semejante.



**CAÑONCITOS RELLENOS DE DULCE DE LECHE**

## NINFAS DE PANADERÍA

En esos días fue que comenzó lo de Nelly, la panadera. En la panadería en que compro hubo un cambio de firma. Para bien, por cierto, porque el pan, especialmente el dulce, mejoró. La atención al público pasaron a hacerla tres angelitas: petisitas, menudas, pelo negro y piel un poco oscura, un poco indiecitas, parecían hermanas, que no lo eran. Todo el tiempo cuchicheaban entre ellas y se reían por lo bajo de quién sabe qué. En la caja, un setentón coriáceo no le prestaba atención a nada que no fueran los quintillos, que contaba y recontaba antes de dejarlos caer ruidosamente dentro de la caja registradora.

Una tarde que fui a comprar bizcochos para la merienda me apercibí de que, al acercarse una de ellas para atenderme, las otras juntaban las cabecitas para secretar y soltar risitas disimuladas. Pensé que algo en mí les hacía gracia y, por supuesto que sin importarme lo que fuera, me limité a responderles con una gran sonrisa. Al llegar a casa encontré que, junto con mis medialunas y mis pan con grasa, venía un cañoncito relleno de crema de chocolate que yo no había pedido y que, por cierto, no me habían cobrado. Pensé, por supuesto, que se trataría de un error, y me comí esa yapa, que estaba deliciosa.

Un par de días después volví a la panadería, olvidado, claro está, del asunto. Me llamó la atención que apenas entré una de las dos que estaban al mostrador, en lugar de adelantarse para atenderme, empujó la puerta de batientes que daba al interior y llamó a la tercera, cuyo nombre supe en ese momento que era Nelly. Las dos que estaban al mostrador fingieron estar ocupadas, aunque yo era el único cliente en la panadería en ese momento. No llegué a impacientarme con su actitud porque de inmediato apareció secándose las manos la tercera brujita y se dirigió directamente hacia mí para atenderme. Nelly me atendió mirándome todo el tiempo a los ojos y con una sonrisa de oreja a oreja. Pagué en la caja, recogí mi compra y me olvidé del asunto. Oí, al abrir la puerta para salir, un estallido de risitas a mis espaldas. Evidentemente se traían algo conmigo. Me detuve y las miré a través de la vidriera. Ahí estaban las tres muy risueñas, mirándome. No pude evitar sonreírles otra vez. Loquitas divirtiéndose, Dios las bendiga, pensé. Al llegar a casa comprobé que otra vez, junto con mi compra, venía un cañoncito de yapa, esta vez relleno de dulce de leche. Comprendí entonces, maravillado, que, a su manera, la panaderita Nelly se me estaba declarando.

¿En qué cielo estaba escrito que yo debiera de traicionar la sagrada memoria de Celina incurriendo en comercio carnal con la panaderita Nelly? En ninguno, puedo suponer sin temor a equivocarme. Y sin embargo... ¿acaso dudé un solo minuto? ¿me pasó por la mente ignorar sencillamente sus avances o cambiar de panadería si la cosa pasaba de castaño a oscuro? No, no y no. Me sentí de inmediato encantado de entablar un juego de cachonderías con esa muchachita ... ¿cómo diré?... de pueblo, de clase baja, humilde... percanta de bailanta, digamos... No quiero que se me juzgue mal. No soy clasista, ni racista. A la vista está mi actitud aquiescente. Nunca fui más que un empleado público. Subí en el escalafón por mis propios méritos, no por muñeca, ni por política, ni por chuparle las medias a nadie. Y toda mi vida voté a la izquierda. De

manera que no, no intento ser despectivo. Pero es mentirse negar que la mitad de este país parece que fuera de otro país. Aindiados, ingenuos, analfabetos o casi. Como animalitos. Y son cada vez más, hay que decirlo. Es la parte blanca y culta del país la que ha estado tomando el camino del exilio desde hace medio siglo.

El por qué de mi inmediata disposición para cachondear con la panaderita... porque todo tiene un por qué, y hay que decirlo todo, porque si no ¿de qué sirve contar las cosas?... El por qué de mi inmediata disposición radica en que yo no tuve adolescencia. Me explico: estas pibas, estas minitas laburantas... la panaderita, la sirvienta, la verdulera... son polvos de adolescencia, de cuando se está descubriendo cosas, experimentando. Para eso son buenas y dóciles estas pibas. Se las usa, se es amable con ellas, por supuesto, y se las olvida. Para uno es una iniciación... para ellas un bello recuerdo... algo que les levanta la autoestima. Si hubiera tenido cosas con ellas en el momento adecuado no tendría para Nelly más que sonrisas, guiños condescendientes, y nada más. Pero no las tuve en la adolescencia y eso en algún momento se paga. Queda uno, aún inconscientemente, con el deseo de... ¿cómo decirlo?... de ese tipo de polvo. Y no las tuve porque... porque mi madre... exageraba... exageraba con los límites que no se pueden cruzar... y con que nosotros somos nosotros y ellos son ellos... y con lo diferentes que somos. Consecuencia de lo cual los límites se me atragantaron, me envararon, no los crucé, no me dejaron vivir la adolescencia en paz. De manera que allí estaba yo, de veterano, regalado, deseando chanchaditas con la panaderita Nelly.

Al otro día, pues, volví a la panadería. Otra vez estaban sólo sus compañeritas detrás del mostrador. “¿Otra vez Nelly está haciendo cebo?” les solté, muy campechano aprovechando que en ese momento era el único cliente. “¿O es que se esconde cuando me ve venir?”. Soltaron la risa las dos. Una se asomó por la puerta para llamarla. “Qué se va a escapar... Al contrario” soltó la otra, entre avergonzada y pícara, mirando al piso. Apareció Nelly. “Hola, Nelly”. “Hola” respondió ruborizando su piel aceitunada. “Quiero fiambres” improvisé, contando con que, al llevarla al extremo del mostrador, podría hablarle sin que las otras angelitas nos escucharan. No me miraba a la cara. Era evidente que, si bien había conseguido lo que buscaba, tampoco era capaz de manejar la situación de taquito –quiero decir: con toda soltura. Estaba claro que, de aquí en más, me dejaba a mí la iniciativa.

“Yo también tengo un regalito para vos” se me ocurrió decir, aunque, claro está, no tenía ninguno. “Ah ¿sí? ¿y qué regalito es ese?”. “Aquí no te lo puedo dar ¿a qué hora salís?” pregunté, ya lanzado en picada. “A las siete” dijo, sin reticencia alguna. Le indiqué otro fiambre para seguir conversando a solas. Tengo que decir que Nelly feteaba el fiambre como si toda la vida no hubiera hecho otra cosa. Fetas impecables, idénticas. En realidad yo no como fiambres. Los dejaré en su bolsita colgados en el costado del container de la basura. Ahí no duran ni cinco minutos. “¿Alguien te viene a buscar?”. No disimuló una sonrisa pícara. “Justamente hoy estoy soltera”. “Te espero en la esquina, entonces”. “¿Cual esquina?”. “La de arriba”. La panadería está en una calle con pendiente. Terminó de pesar y embolsar antes de decirme “Bueno”, haciendo con los labios un gesto que no supe bien si era una sonrisa o un mohín desdeñoso de seductora de barrio, imitación de las muñequitas de telenovela. Mientras pagaba oí a las otras brujitas cuchichearle “No te olvides del cañoncito, Nelly”, “Con mucha cremita, Nelly”, y a Nelly, fingiéndose enojada respondiéndoles “Se callan las dos”.

Me sentía como un verdadero fauno, un sátiro de los bosques, de los brezales, correteando detrás de las ninfas que se me rendían sin mayor resistencia. Cuando llegué a casa comprobé que una vez más había tenido premio, pero esta vez el premio era doble: un cañoncito de chocolate y uno de dulce de leche. Me quedaban poco más de dos horas para comprarle un regalito. Fui al shopping. Di vueltas hasta que le compré un collar de amatistas uruguayas. Estaba en oferta, pero aún así no era barato. Tuve la vaga impresión de que era absurdo regalarle un collar en la primera cita a una piba que podía ser mi nieta. También pensé que semejante exabrupto por lo menos le dejaría en claro mis intenciones. Además, a esta altura de la vida y en un asunto de esta índole, en el que no tengo ninguna experiencia, no me da para ponerme avaro. Sobre todo teniendo en cuenta que los cañoncitos que ella me regalaba se los robaba a la panadería, con el consiguiente riesgo de que la descubrieran y la echaran.

## LA NOVIA DEL PITO

Cuando la vi venir consideré seriamente la posibilidad de desvanecerme en el aire. Me pareció aún más petisa que detrás del mostrador. Las brujitas deben de estar paradas encima de una tarima o algo. Parecía... parecía... una sirvientita. Se había puesto sombra celeste en los párpados y un rojo pesadísimo en los labios, y llevaba championes... ¡con lucecitas! Lo que quedaba en claro al verla sin la túnica era que, tal y como parecía, cintura tenía poca, pero pecho tenía abundante. Yo pensaba, por supuesto, sacarla del barrio, llevarla a tomar algo, a un lugar modesto, por supuesto, para que no se sintiera incómoda.

El collarcito en el bolsillo me pesaba como si fuera de plomo. ¡Absurdo, absurdo! me repetía. Pensé en no dárselo, en fingir demencia –fingir olvido era imposible. Me saludó con un “¡Qué frío que hace!”. “Vamos a algún lugar calentito donde podamos conversar a gusto” propuse. Acostumbrada a quién sabe qué tipo de franquezas me miró con cara de “te conozco, mascarita”. “¿A dónde me querés llevar?” preguntó con tono pícaro y soltándose al tuteo. ¿Qué otra cosa podía esperar si ella había llevado todo el asunto tan sin vueltas? “¿A dónde querés que te lleve?” pregunté, ya mirando en una y otra dirección en busca de un taxi. “A donde sea, que no haga frío y que sea relindo, y cómodo”. Todo dicho. ¿Desde cuándo, me pregunté, las mujeres son tan expeditivas? Caminamos un par de cuadras, hasta la avenida, por donde circulan más taxis. No me decía nada del supuesto regalito. Quizá ya se lo había olvidado. Quizá se había tomado mis palabras como una broma, o como una excusa para transar la cita.

En el taxi indiqué sin más el hotel que conocía. Le tomé una mano, regordeta, con las uñas pintadas del mismo rojo que los labios. Se ruborizó otra vez. Levantó la trompita invitándome a besarla. La besé. Inesperadamente el beso fue una delicia. Suave y caricioso, diciendo las cosas que uno quiere oír. Sentí un fuerte cosquilleo en la ingle. El chofer era un tipo flaco y malencarado, con cara de padecer a la vez de agruras y de hemorroides. Definitivamente hay dos tipos de choferes de taxi. Los que escuchan las ordinarieces de Petinatti y los que prefieren oír lo que se conversa detrás de la mampara, en el cubículo sonorizado. Este era de los segundos y nos miraba continuamente de reojo, al punto de que se comió un bache asesino y estuvo a punto de llevarse puesto a un ciclista.

Al bigotón de la caseta le pregunté, ya en plan habitué, si estaba libre la 27. Estaba. Pude darme cuenta de que la panaderita quedaba impresionada con mi soltura de playboy. Más impresionada quedó cuando estuvimos dentro del nido de amor. El mal gusto insultante del lugar era precisamente lo que para ella era buen gusto. Se volvió hacia mí y me miró con una cara de felicidad total, como si yo le estuviera regalando el Taj-Mahal. Cuando entró al baño soltó un grito. “Es principesco” declaró. “No lo tomes a mal, pero esto me hubiera encantado que lo viera el Pito”. “¿Quién es el Pito?”. “Mi novio”. ¡Bonitas palabras para ofrecerle a un amante romántico que la lleva a un mueble! “¿Te parece si me doy una duchita?” pidió como de favor mientras se sacaba el abrigo. “Preferiría que no. Te quiero con olorcito a pan recién horneado”. Dije, y se rió

con ganas. “Lo mismo dice el Pito. Después me doy la ducha entonces. Pero ahora igual tengo que ir al baño” dijo, entrando y entornando la puerta.

Me saqué el abrigo y el sweater, junté almohadas y me senté en la cama, la espalda contra la cabecera. “¿Así que te parece que al Pito le gustaría conocer este lugar?” pregunté, levantando la voz. Nelly se aseaba en el bidet. “Pienso que sí. No creo que conozca algo así”. “Podemos invitarlo” le solté esperando que fingiera escandalizarse. No dijo nada. “Uf, qué fuerte sale el agua” fue todo lo que dijo. ¿Invitar al Pito a acompañarnos? Pavada de idea. ¿Cómo pudo ocurrírseme semejante cosa? En un libertino... en eso me estaba convirtiendo. Ay, Celina, pensé, no debiste dejarme solo en este mundo repleto de tentaciones. Era tu influencia lo que hacía de mí un sujeto de buenas costumbres. Quizá no volvamos a vernos en el Cielo, como nos lo prometimos cuando ya te ibas.

## EL ANIMALITO COGELÓN

Salió del baño completamente desnuda. “¡Uau!” hice yo, alentándola. Era evidente que le tenía una fe bárbara a sus tetas. Redondas, con pezones chiquititos y muy oscuros, y tan altas que parecían globitos colgados de sus clavículas. Tenía el vellón contundente como un puñetazo, un verdadero Paraíso para fetichistas. “En el bolsillo de mi abrigo está el regalito que te prometí”. Allí voló, encantada. Eso me gusta: la gente que no teme infantilizarse a la hora de los regalos. El entusiasmo ante un regalo tiene que estar a la altura del deseo de entusiasmar de quien regala, que normalmente está a la vista. Sacó el paquetito, lo deshizo con la ansiedad de una colegiala y abrió la cajita. “¡Papi! ¡No!” exclamó con cara de no poder creer lo que estaba viendo. Era algo más que una reacción de cortesía.

Saltó sobre la cama y se vino encima mío, con el entusiasmo de un chico que recibió más de lo que imaginaba, lista para que le hiciera la concha o lo que se me ocurriera. Ahí fue que dejé de sentirme incómodo con mi oneroso regalo. Aunque sospeché que idéntico entusiasmo hubiera recogido gastando mucho menos. Pero se lo merecía, pensé, mientras me llenaba de chupones. Por las ganas de, por la actitud, por tomar la iniciativa, por no importarle nada la edad. Y por esto, pensé, inclinándome sobre ella y llenándome la mano con su entrepierna como se llena uno la mano con aquello que ha comprado y que es de uno sin restricción alguna. Se abrió completamente, panza arriba como una gata contenta. En medio del vellón tupido de pelo enrulado, duro y negro, que le bajaba desde el ombligo, le tapizaba toda la entrepierna y hasta le bajaba un poco por los muslos, inesperada y abismal la boca de su sexo me abrió camino hacia la humedad.

Nada que pensar, nada que preguntarse, nada que temer. El cuerpo sin misterios. El cuerpo animal y abierto. Con los brazos en alto sostenía el collarcito que miraba extasiada, olvidada de su cuerpo, que abandonaba a mis avideces. Me le lancé encima como un niño se lanza en una piscina, como un gato se lanza sobre una pelota de lana. Me llené la boca con sus tetitas, tetotas en la modesta escala de su cuerpecito, tetitas redondas y llenas que invitaban a beber en ellas la leche dulce del amor humano. Le hundí el dedo medio hasta el fondo de la conchita y lo removí en busca del punto donde más lo sintiera. La pepa de Nelly era una fruta abultada y carnosa, y llena de vida y entusiasmo. Soltó el collarcito y jaló de mis cabellos hasta enchufar su boca en la mía. Luché con mi ropa para soltar a la bestezuela que, como arrastrada por un imán, no tardó nada en resbalar cuevita adentro. Nos encontramos de pronto cara a cara, sonrientes, divertidos, encantados de sentirnos encajados hasta las muelas. “Guacha” le dije. “Papi” volvió a decirme.

“Dame” pidió, mostrándome los dientes apretados, como si pidiera qué morder. Le di, fuerte, pero sin llegar a tocar fondo. Cuerpo pequeño, concha acogedora y profunda. Se abrió cuanto pudo. Le di más, cuanto pude. Se colgó de mí con brazos y piernas, rebotando con cada arremetida mía como si fuera una pelota de goma. Decía algo –no sé qué- moviendo los labios pero con los dientes apretados. Me di cuenta de que no me hablaba a mí sino –también ella- a nuestra imagen en el espejo cenital. Se hablaba a sí misma... a saber qué se decía. Cerrando los ojos la sensación era increíble: cogermela

aquella boquita insondable abierta en medio del tremendo vellón era como estar cogiendo con un animalito. Cuando empezó la parte intensa pensé que aquello iba a durar poco. No fue así. En realidad estaba frío como nunca. El orgasmo ni a quilómetros. Creo que nunca cogí tan en control. Como si la pija fuera de otro. Todo el largo, una y otra vez, hasta el fondo. Llegó un punto en el que no pudo más. Acabó con un gemido que le raspó la garganta y le desgarró el alma, o poco menos. Se soltó de mí como quien opta por el vacío. Yo seguí, como si nada, tratando de tocarle el fondo. “Viejito vicioso” dijo volviendo en sí, tomándome otra vez del pelo y enchufando otra vez su boca en la mía. Me le comí la boca hasta los huesos sin dejar de cogerla. En el medio del beso volvió a acabar soltando otra vez su garganta esa cosa rasposa, aunque ahora dulcemente suavizada. Aun así, no sé por qué pero no soportaba sus gemidos. Como que le salían demasiado desde muy dentro del cuerpo. Sonaban obscenos a más no poder. Le comí otra vez la boca para callarla.

Abandoné aquella carrera demente. Me tendí boca arriba a su lado. Jadeamos hasta apaciguarnos. Planchada como estaba tendió una mano hacia mi vientre. Encontró mi pija, dura y tensa. “Qué pija” susurró. A decir verdad, yo me sentía una especie de dios. El dios de la pija. Dos veces había reventado de placer su cuerpo, y yo seguía duro como si fuera de roble, como si nada. Aferrándose a mi bastón izó su cuerpo hasta quedar sentada. “Toda tuya” le dije entrelazando mis dedos debajo de mi nuca. Descapotó la verga e inclinándose se la metió en la boca. Boca profunda, como su concha. Mujer pequeña y profunda. Sus labios subieron y bajaron a lo largo del tallo. Cada vez que subían chupeteaba la boquita del tallo como queriendo sorber el licor, que yo sabía todavía lejano. Cuando la tenía encajada en la garganta respiraba ruidosamente por la nariz. “Qué pija tenés, guacho” decía masturbándola, embelesada.

Montó sobre mi cuerpo y se calzó la verga. Ni así tenía fondo. Se inclinó sobre mí, las tetas rozándome el pecho y se puso a cogerme, engullendo el tallo de punta a punta, una y otra vez, lenta y viciosa. “Animalito de Dios” susurré acariciándole el pelo. Giró la cabeza hasta que sus labios encontraron mi pulgar. Lo chupó como si fuera otra pija. Me cogía y me chupaba. Yo me dejaba hacer, me abandonaba, como un alga se abandona a los caprichos de la corriente. Cerré los ojos, perdí la conciencia. Hasta que, de pronto se irguió sentada sobre la pija, tomó mis manos y las puso sobre sus nalgas. “Moveme” ordenó, con los dientes apretados. Su cuerpo se tensó. Buscaba otro orgasmo. Me prendí de sus nalgas y refregué su vulva contra mi pubis hasta que sacamos chispas. Su piel soltó un sudor frío. Escapaba de entre sus dientes un gemido como de loca de la cabeza. “Chupame las tetas” ordenó ofreciéndomelas con las manos. Chupé los pezones como para sacarles por lo menos sangre. Acabó temblando y vibrando hasta caer sobre mi pecho empapada y fría. Sabía que estaba viva nada más porque jadeaba, cada vez más pesadamente. Pensé que el sudor frío le iba a hacer mal y sin sacármela de encima la cubrí con la cobija.



## COMPLETAMENTE MÍA

Delicioso pedazo de vida abandonado a mi arbitrio. Puedo hacer con ella lo que quiera, pensé, con la pija dura como hierro vibrando dentro de su cuerpo. Sentí que movía suavemente las caderas para cerciorarse de que aquello seguía duro. Abrió los ojos y me miró. “¿Qué?” pregunté quedito. “Soy flor de puta ¿no?” susurró. “Divina” le aseguré. “Y vos tenés una pija increíble”. Me besó con los labios fríos. “Ahora quiero tu polvo” dijo. “Estoy bien así” dije, sobrador. “Ah, no. Tenés que hacerme tuya” dijo. “¡Vaya manera de hablar!” pensé. Demasiadas telenovelas. “Ya sos mía” le aseguré. “No” dijo, terminante. “¿Qué me falta?”. No dijo nada, pero se deslizó cuerpo abajo hasta que me tuvo otra vez en la boca. Lamió desde los huevos hasta la punta como sólo se puede lamer en un sincero estado de devoción. Después me miró desde allí abajo y dijo “Falta que me la metas en el culo”.

¡En el culo! Nunca hice eso. Nunca se me ocurrió hacerlo. Semejante exigencia lo que me produjo fue desazón. Me desenchufó de la atmósfera de sensualidad en la que flotaba. No ignoraba, por supuesto -¿cómo ignorarla?-, la pasión que muchos ponen en eso. Pero a mí me parecía algo... ¿cómo decirlo?... infantil. ¿Por qué infantil? Ensuciarse con las heces es infantil. Poner algo limpio y delicado en un lugar sucio... Entiéndaseme... no tengo nada contra nadie, digo lo que siento... cada cual hace con su cuerpo lo que quiere, es su derecho. “¿Te gusta el culito?” preguntaba Nelly haciéndose la niñita -como si me hubiera leído el pensamiento- mientras jugaba a tratar de meter la punta de su lengua en la boquita del glande. No supe qué decir. Aquello me quemaba el cerebro. Ella sin duda creía leer bien mi silencio... mi gesto impasible... Seguramente que para ella era impensable un hombre al que no le gustara el culo.

Saltó fuera de la cama. Rebuscó en su carterita y sacó un potecito de quién sabe qué. Lo abrió, metió un dedo dentro y lo sacó cargado de una especie de crema o ungüento. Me dio la espalda y puso un pie sobre la cama. Sus nalgas se separaron dejándome ver el culo. Untó el ojal oscuro y apretado... metió dentro el dedo índice... Giró la cabeza mirándome por sobre el hombro. “¿Ves que no se hace el difícil?” dijo. Entonces untó también el dedo medio y luego deslizó ambos dedos ano adentro, sin resistencia alguna. Suspiró de delicia. Para mi sorpresa, la pija se puso a darme saltitos sobre el vientre de puro ansiosa, como si le dieran toques eléctricos. Una cosa era mi reticencia y otra lo que me pedía el cuerpo.

Se puso en cuatro patas en el borde de la cama. Trabado en la contradicción yo no me movía. “Vení, papi” dijo, mimosa. Sólo cuando ya goteaba por las comisuras, me di cuenta de que estaba babeándome. “Animalito de Dios” le dije. A manera de última resistencia, incapaz de decir claramente que no, me puse a hablar, tratando de ganar tiempo. “¿Cómo es eso? ¿sólo si te enculo sos verdaderamente mía? ¿Qué costumbres bárbaras son esas con las que pretendés que comulgue un hombre leído y razonable como yo?”. Lo dije... dramatizando un poco la cosa... como declamando en un teatro. “Vení” pidió, un poco desconcertada. “¿O no querés que sea tuya?”. Yo nada, quieto. El ceño fruncido, como si estuviera frente al dilema decisivo. “Porque yo quiero ser tuya...” insistió, mimosa. “¿Ser mía? ¿y qué significaría eso? ¿podría llevarte para mi

casa? ¿venderte? ¿regalarte?” solté. Semejantes palabras sólo podían sonar en sus oídos como una broma. “Dejate de cosas y vení para acá” exigió, sonriente. Elucubrara yo lo que elucubrara, el entusiasmo de mi pija estaba totalmente fuera de discusión. Es más, me cosquilleaba ya de tal modo que si no procedía iba a terminar vaciándome en el aire.

En realidad no tenía opción. Tenía que hacerlo, padecer la experiencia. Ya no podía decirle que no. Me le paré detrás y abriéndole las nalgas apoyé la punta de la pija sobre el ojal. Empuje y encontré, sí, resistencia, pero poca. El conducto estaba sobradamente lubricado. Con todo, intenté un último recurso. “Está muy chiquito” dije. “Empujá que se abre” aseguré, ansiosa, quizá empezando a irritarse un poco. Lo intenté otra vez. Simulé seguir encontrando dificultad. “¿Cómo sabés que se abre?” pregunté en el colmo de la majadería. “Porque ya lo hice. Dale”. Para mi sorpresa, que esperaba algo titánico, al intentarlo en serio la puerta se abrió de golpe y me deslicé dentro. “Así” suspiró Nelly, empujando a su vez para clavarse más. Removía las caderas y poco a poco iba ingurgitando todo el largo. Yo, la verdad es que estaba tan desconcertado por el hecho, consumado y a la vista, que no acertaba a hacer nada: la concha era tierna y acogedora, húmeda y cálida, pero el culo era áspero, seco, agreste, duro. No tardó en estar completamente clavada. Entonces, forzando el cuello levantó la cara hacia el espejo cenital. “Hijo de puta” dijo, con los dientes apretados, y empujó contra mi vientre por si le quedaba algún milímetro por incorporar.

El ojalillo me anillaba la base del tallo con fuerza. Estaba shockeado por la conciencia de que tenía la pija hundida en el tramo final de sus intestinos... embadurnándose con... bueno, con lo que hay ahí... pensaba que pronto me llegaría a las narices su olor a... pero de pronto el desagrado cambió de signo. Había algo... fantástico... algo del orden de la violencia... del apoderamiento, del adueñamiento... en eso, en tener la verga totalmente clavada en su culo... Había una especie de soberbia, de orgullo... en hollarle, en trajinarle el otro... el otro orificio. Era pueril... y sucio... pero sentía que me crecía en el cuerpo una especie de potencia... unas ganas de... ¡Bendito sea Dios!... de cogerme ese culo, de serruchárselo y soltarle dentro una buena acabada.

Me pasó por la mente la idea de estar haciéndole aquello a Celina. ¡Absurdo, absurdo! ¡Jamás, jamás! Ni por casualidad se me hubiera ocurrido sugerirle... o a ella se le hubiera ocurrido sugerirme... semejante cosa. Nunca había sentido esta especie de furia de hollar. Sí, digo bien, de hollar, de pisotear y de humillar. Es algo que le debo a Nelly. Por Celina jamás lo hubiera conocido. De pronto me di cuenta de que Nelly se estaba masturbando. Con el cuello retorcido se veía allá arriba en el espejo completamente enculada, removía las caderas clavándose cuanto podía y a la vez, con la mano derecha se masturbaba. Me ignoraba, concentrada en lo suyo. ¡¿O sea que ella encontraba motivo de placer en este estar sometida a esta cosa... pueril, sucia y humillante... de ser hollado su otro orificio?! ¿Cómo podía ser posible que encontrara inspiración para masturbarse en tener clavado en el culo todo el largo de una pija? Me incliné hacia delante y me llené las manos con sus tetas. Empecé a cogerle el culo. Era... era otra cosa... otro coger... En el ardor de la cogida, con las chapas volándoseme por el vendaval, comprendí que sí, que ella tenía razón, que cogerse a una mujer por la pepa no es someterla, poseerla, hacerla propia, que eso sólo sucede cogiéndola por el culo. ¡Menuda revelación! ¡A mi edad! ¡Y qué sensación vergonzosamente morbosa, insoportablemente feroz! ¡Someterla, poseerla, hollarla! ¡Sentirla aquiescente a semejante humillación!

Ya lo sé... ya lo sé... todo esto es bajo, es innoble... está por fuera de cualquier noción de dignidad, de solidaridad humana, de... de... es cosa pueril y sólo puede darme vergüenza decir lo que estoy diciendo... pero ¡yo no lo sabía! ¡lo comprendí así, de golpe, de repente, ya veterano! gracias a la desvergüenza, a la desinhibición de esta muchacha, esta panaderita... Bien. Sigo. Me afirmé dándole puntazos en el culo, le retorcí los pezones como para arrancárselos y ella... y yo... bañados en sudor... parecía que estábamos ambos empeñados en dejarle el culo inutilizable. Acabó gritando como si un infarto masivo le estuviera desgarrando el corazón. Pero se quedó ahí... en cuatro patas... jadeando como para desmayarse... pero quieta, estoica... dispuesta a padecer el final de mi feroz faena. Dale y dale, galopando, como un jinete empeñado en alcanzar el horizonte antes de que se acabe la luz del día. Viendo mi sudor gotear sobre su espalda. Con pánico me di cuenta de que hacía ya más de una hora, desde que empezó la cosa, que estaba cogiendo sin parar y sin acabar. Me vino la idea de que ya no podría acabar... que de alguna manera me había pasado de rosca... que no sólo no podría acabar, sino que además esa erección demente ya no se me bajaría nunca más. En ese momento todo reventó.

El primer espasmo llegó con dificultad, como si hubiera sido necesario vencer algo, un obstáculo, un calambre, algo, pero después sentí que le soltaba en las entrañas un chorro de semen caudaloso como el Amazonas. Discúlpeleme la hipérbole, no es lo mío exagerar, pero es lo que sentí: que yo era una especie de coloso y que mi eyaculación era colosal. Caímos sobre la cama, empapados y exhaustos. Yo encima de su espalda rechoncha, de laburanta. Recorrían mi cuerpo líneas de tensión bruscas, descontroladas. Le mordí un hombro y le tiré del pelo, pero mi erección, clavada en su culo, no cedía. “Guacho” susurraba, dócil a mis excesos. “Re-guacho”. Hasta que no pude más y me dejé caer oscuridad adentro.

Después su cara flotaba sobre la mía, sonriéndome con una sonrisa buena como el pan que me vendía. Me decía suavemente: “Hijo de puta, vos tomás viagra”. Y yo, embotado por la delicia, riéndome, hinchado de orgullo por el elogio inesperado que ella hacía de mi virilidad, intentaba responderle que no, que no tomaba nada, pero no conseguía sacar de mi garganta ni un cachito de voz. Para despertarme se puso a lamerme la cara, como un cachorro jugueteón. “Decí la verdad” susurraba entre lamida y lamida. “¿Qué verdad?” terminé por articular, sacudiendo la cabeza para despertarme y para sacármela de encima. “Que tomás viagra en dosis para caballos”. “No tomo... todavía”. “Entonces es que sos un animal. Y un guacho”. “O será que me tenés enamorado” argumenté, tratando sin demasiado éxito de concentrar energía psíquica suficiente como para terminar de juntar los fragmentos dispersos de mi ser. “Eso ni hablar. Nos amamos” coincidió, concluyente. “Sacá algo para tomar de la heladera” le pedí, más para sacármela un poco de encima que por tener sed. “Hay botellitas de whisky y de cognac” anunció. Bebimos whisky. Yo me lo tomé de un trago. “El Pito sí toma, a veces” retomó sin previo aviso. “¿Qué toma?” pregunté, desconcertado. “Viagra”. “¿El Pito toma viagra? ¿qué edad tiene?”. “Veinticuatro”. “¿Y toma viagra? ¿por qué?”. “Por joder. Dice que es mejor. Yo no noto la diferencia”. “Ay, Nelly, no me cuentes cosas locas”, dije, completamente flojo y feliz.

Mientras Nelly se bañaba me tomé otro whisky y, entonces sí, respiré hondo, recompuesto. Empezamos a vestirnos. “¿Estás contenta?” le pregunté, en un arranque de ternura. “Claro que sí. No me debe nada la vida. Tengo un buen trabajo, un novio re-mimoso, una familia decente, un amante re-guacho que me hace regalos maravillosos y

me rompe el culito. ¿Qué me falta?”. Jugando con el collar, agregó: “Espero que no sea el primero y último regalito. Me encantan los regalos”. Y después, con una mirada pícaro: “Y que no sea la última vez que me rompas el culito”. El ataque de ternurita me ahogaba. “¿Qué puedo hacer por vos?” le pregunté, decidido a darle todo, lo que me pidiera. Se acercó, me acarició el pelo, me besó en la boca. “Te pusiste sentimental”. “Un poco”. “Podés no olvidarte de que soy tuya” dijo quedito sobre mis labios. “Eso podés hacer por mí”. “Mía... y del Pito”. “Sí”. “También le das el culito”. “Le doy todo lo que quiera”. “¿Y a mí?”. “También. Pero con el Pito me voy a casar”. Besó el collar como si fuera una reliquia, y agregó: “Si Dios quiere”. “¿De dónde vas a decir que sacaste el collar?”. Se encogió de hombros. “Que me lo regalaste vos”. “No es celoso el Pito”. “Para nada”. Nelly vive por la Curva de Maroñas. Me costó lograr que me aceptara dinero para el taxi.

## EL AMIGO DE LAS MUJERES

Dormí como un lirón y desayuné como un tigre. Después de ver pasar a la mujer esclava con sus hijos –perfectamente en hora, como siempre- decidí salir un poco al fondo. El frío daba una tregua, el sol entibiaba un poco y tenía tareas atrasadas allí. Era un fondo chico – unos sesenta metros cuadrados de piso de tierra. En el centro del patio había plantado un manzano. Fue en el último otoño de Celina. Estábamos en el dormitorio –ella ya no caminaba-, con sus manos en las mías mirábamos declinar el día a través de la ventana, que da al fondo. De pronto se me ocurrió, así, de la nada: “Voy a plantar un manzano” anuncié. “Buena idea” dijo Celina. Y agregó: “Hacelo ya. Quiero verte hacerlo. Y cuidalo tan bien como me cuidaste a mí”. Compré un manzano de un año en un vivero de Melilla y lo planté. Aprendí todo lo que se debe saber para cuidar un manzano y nos llevábamos bien. Celina alcanzó a verle crecimiento. Después llegó a casi diez metros, y da unas manzanas pequeñas, duritas y sabrosas. Puesto que durante los días más fríos del invierno yo casi no salía al fondo, parte del deshoje del manzano estaba todavía en el piso. Y la poda de invierno estaba en veremos.

Me sentía feliz, vivo, pletórico. Fui feliz con Celina durante un cuarto de siglo, día por día, a nuestra manera, moderada y discreta. Ahora era feliz de otra manera. Me parecía que podía correr por las pampas y beberme los vientos, sentía el cuerpo abierto y liviano. ¿Qué diría Celina de verme así? ¿Sentiría que la traicionaba a ella y a nuestra vida en común? ¿O estaría feliz viéndome feliz? Celina esperaba que me buscara una pareja, que no me quedara solo, pero seguramente no esperaba que me convirtiera en un seductor de barrio. ¿Le parecería esta realidad absolutamente inaceptable? ¿No pesaría nada en su censura el hecho de que yo me sintiera tan feliz como me sentía? Este que había llegado a ser, el que estaba siendo, era inimaginable, impensable para nosotros cuando estábamos juntos. Cultivo la ilusión de que ella entendería. Celina, Celina, ofrendo mi felicidad a tu amado recuerdo. Vos que tuviste tantos y tantos años la llave de mi cuerpo, que bastaba que me tomaras en tu mano o en tu boca para que instantáneamente estuviera pronto para servirte, vos que nunca tuviste que esperar ni un minuto cuando sentiste ganas de tener... relaciones –era la palabra que vos utilizabas- ¿te hará infeliz la felicidad de este yo que soy sin vos?

Para decirlo sin falsos pudores: sentía como si sobre mí hubiera descendido una especie de Espíritu del Amor que mágicamente me hubiera enseñado a hablar las lenguas en que se habla con el corazón de las mujeres y que, como consecuencia de tal portento, el Mundo se hubiera convertido en un tesoro de delicias, todas para mí, para mí que era capaz de apreciar en toda su belleza a la misteriosa flor del Deseo, para mí y sólo para mí, el Amigo de las Mujeres. Ni más ni menos eso sentía, en la medida en que se puede expresar con palabras. En mi euforia de aquellos días me parecía haber alcanzado una especie de lucidez retrospectiva... ¡qué digo lucidez! más bien una especie de hiper-lucidez, de Gran Saber. Examinando mi experiencia me parecía evidente que, en materia sexual... en materia erótica, digamos... no se es así o asá, sino así y asá. Aunque uno crea que es así y no ¡nunca! asá, la verdad es que también se es asá. Y viceversa. Y son las circunstancias de la vida las que deciden por qué camino se transita. Y mientras recorremos un camino es razonable que creamos que es el mejor. La

sexualidad con Celina consistía en seguir prolijamente una especie de protocolo de figuras y de maniobras que nos llevaban sin ansiedades ni imprevistos a donde debíamos –y queríamos- llegar, a una especie de placer domesticado, dosificado, con las uñas bien cortitas, calibrado para permitirnos ser lo que éramos y queríamos ser: pacíficos cultores de la felicidad hogareña. Ahora, liberado de esa dieta, liberado de Celina, he venido a descubrir que el comercio sexual en realidad puede ser una mezcla de vértigo y misterio. Enhorabuena. Y no por eso reniego de lo que teníamos con Celina. Son simplemente formas diferentes de la plenitud.

**LOS SECRETOS DE LA MUJER ESLAVA**

## PLACER Y FAMILIA

En casa el teléfono no suena nunca. Antes –cuando Celina comenzó a formar parte del circuito de los chismes- sí sonaba. Generalmente a la hora de la siesta, después de lavar los platos, digamos. Por eso cuando a las dos de la tarde sonó, salté como una chinche. “Soy yo” dijo bajito, como si temiera despertar a alguien. “Dichosos los oídos que te oyen. Ya empezaba a perder las esperanzas”. Se quedó callada, masticando mi exaltada bienvenida. “¿Las esperanzas de qué?” terminó preguntando, como si durante la pausa hubiera estado elaborando esa pregunta. “De verte, claro”. Aflojé el paso. Recordé que con ella la cosa es ficha por ficha. “Me ves todos los días” musitó, dispuesta a no conceder facilidades ni solturas. “A solas, se entiende”. Respiró hondo, no como aliviada sino como si hubiera tenido trabada la respiración y hubiera conseguido expandir completamente los pulmones. “El lunes” dijo entonces, sencillamente. “Bien” dije, sobrio y medido, como si hubiéramos acordado un negocio.

“Pero antes quiero verte el domingo”. “¿El domingo?” balbuceé, desconcertado. “En la misa de las once y media”. Era en serio, no estaba bromeando. “Parroquia de Santa María”. “No entiendo. ¿Para qué querés que vaya?”. Silencio, silencio, silencio. “Te sentás detrás de mí, lo más cerca que puedas”. Hablaba tan quedito que parecía que estaba asustada, o que estaba tramando algo tremendo. Por supuesto que me inquietaba sobremanera semejante invitación. “¿Y qué va a pasar?” pregunté, bajando yo también la voz hasta el nivel de la cautela. “Nada”. “¿Vamos a poder hablar, o algo?”. “Por supuesto que no”. Suspiré hondo. ¿Era un capricho de mina un poco loca? “¿Vas a ir?” preguntó, con una chispita de irritación en la voz. Se daba cuenta de que la cosa me inquietaba. “¿No va a pasar nada?”. “Ya te dije que no”. “Entonces ¿para qué voy?”. “Porque te lo pido. ¿No es razón suficiente?”. Para mí el asunto no tenía sentido. Temía que el sentido se lo diera ella con alguna locura. “Tenés miedo” dijo, entre decepcionada e irritada. Vacilé demasiado como para resultar creíble. “No” me obligué a decir. “Sí” dijo. No fui capaz de contradecirla. “Si tenés miedo no vengas” dijo, desdeñosa. “¿Y el lunes?”. Calló, como midiendo la posibilidad de decirme que el lunes me fuera a la mierda. “El lunes en el mismo lugar a la misma hora” dijo. Nos quedamos callados. Después cortó.

La última vez que fui a misa fue de muchacho. Celina era judía –su madre lo era, su padre no. Por una especie de acuerdo que ni siquiera necesitó ser formulado prescindimos desde siempre de cualquier interés religioso. Como sus padres ya habían muerto y no tenía hermanos, y el resto de su familia materna, muy religiosa, la ignoraba, nadie compareció para decir kaddish por ella. Cuando estaba por morir le pregunté si quería que llamara a un rabino. “No ¿para qué?” respondió. “Sólo quiero que te quedes todo el tiempo al lado mío”.

Haciendo con mucho esfuerzo a un lado la persistente tropa de escrúpulos, el domingo fui a misa. La mujer eslava y su familia ocupaban lugares en la segunda fila de bancos: el que no podía ser sino su marido, ella, su nene menor y el mayor, en ese orden. Aunque al entrar no podía sino verlos de espaldas me era imposible no reconocerla. Llevaba el mismo abrigo verde oscuro de siempre, aunque no tenía



recogido el pelo en cola de caballo sino suelto. Primera vez que se lo veía así. Suelto el pelo se le veía raro, como pajizo, como si se hubiera hecho un laciado. El tipo era alto –sentados le sacaba a ella una cabeza- y ancho –las espaldas de un Hércules. Tenía el pelo cortito como un milico, y tan negro que parecía teñido. De hecho hubiera jurado que se lo teñía.

En la tercera fila había lugar para un feligrés más. Para pasar pedí permiso con voz suficientemente alta como para que ella prestara atención. Giró apenas la cabeza, hasta verme, y nuestras miradas se encontraron por un instante. Cuando me senté mi vecino me dijo: “El gorro”, pero tan bajito que tuvo que repetirlo. Ni miras de recordarlo: los caballeros se descubren la cabeza en la casa del Señor. En cambio es bien visto que las damas conserven la cabeza cubierta. No con un sombrero tipo Carmen Miranda, por supuesto, sino con un pañuelo de colores sobrios y/o estampado discreto. Quedé ubicado detrás del marido, de manera que de ella no veía más que la punta de su nariz, hasta que, al entrar el oficiante y su acólito, ella, al pararse, con un gesto rápido se recogió el pelo detrás de la oreja, con lo que agregó a mi visual su mejilla, el extremo de su bella ceja y, por supuesto, totalmente desnuda, obscena en la exhibición de los pliegues, los repliegues y el orificio, su oreja izquierda. No sé si buscó que la desnudez de su oreja me afectara, pero lo hizo, me afectó tanto como cuando en el telo separó las piernas y me dejó ver su ralo vellón rojizo. La enigmática mujer esclava me tenía completamente erotizado, para decirlo de una manera elegante.

Pararse, sentarse, arrodillarse, una y otra vez –acompañé el ejercicio, como un títere, puesto que no tenía alternativa. Pero la entonación de himnos y rezos no contó con el aporte de mi aliento –aunque mi devoto vecino me ofreciera un misal que traía de repuesto en el bolsillo, que rechacé sin ofrecer explicación alguna. Vi que, si bien llevaba el abrigo verde y las botas, había cambiado los jeans por una falda por encima de unas pantimedias de lana. Fue el segundo sofocón: no pude evitar imaginar mis manos sobre la lana, deslizándose por debajo de la falda hasta alcanzar la cintura... para entonces, aferradas al elástico, iniciar el descenso, salvando despacito la sobria curva de sus caderas, hasta que el olor de su intimidad me invadiera y la tibieza de su entrepierna me acariciara. ¡Bendito sea Dios, sobre todo y muy especialmente aquí mismo en su Morada!

El tipo se inclinó hacia ella y le dijo algo al oído. Buen perfil, guapetón, quijada de superhéroe. ¿Por qué demonios con semejante hombretón en la cama podría ser necesario para ella un affaire con un veterano medio marchito como yo? Me imaginé al hombretón cogiéndosela, una verdadera y tremebunda máquina de coger, dejándole paspaditos los orificios. Es decir: todo bien conmigo, feo no soy, y pongo cariño en la cópula, pero no debiera de necesitarlo. A menos que... a menos que no tuvieran sexo. Se veían juiciosos y armoniosos como un perfecto matrimonio. ¿Sería impotente el tarzán? Pero tenían dos hijos... Misterio. Ahora bien: ¿para qué me quería ahí, respirándoles en la nuca, a sus espaldas? Misterio. ¿Quería que conociera a su marido? ¿O era una especie de venganza? ¿La había traicionado, le era infiel, tenía otra? ¿O simplemente había armado aquello por morbo, porque la excitaba? ¡Era eso! ¡Seguro que era eso! ¡Gozaba de la mirada de su amante... estando junto a su marido!

Ella sabía... sabía, por supuesto, que yo me estaba haciendo el bocho... deseándola... como efectivamente lo hacía... y gozaba teniéndome ahí... supurando deseo... junto a ellos. ¡Mentalmente ella y yo estábamos cogiendo a lo bestia... junto al coloso buen

mozo! ¡Vaya idea loca! ¡Y morbosa! Entonces... en ese momento... la vi meter la mano, de mi lado, en el bolsillo del abrigo... la vi meter la mano a fondo... demasiado a fondo... o ese bolsillo no tenía fondo o estaba desfondado... desfondado... a propósito, sí, a propósito... ¡¿Para qué?! ¿Para qué podría ser? Para disimuladamente tocar la tela de la falda, sobre el pubis... acariciarse... hacerse una paja... ¡No! ¡No puede ser! ¿Cómo puedo pensar algo así? ¡Imposible! Y sin embargo... tenía la mano tan metida en el bolsillo que hasta la manga del sacón se había enchufado, se había encajado, se había metido bolsillo adentro... ya no se veían los botones del puño...

Y había empezado, apenas, mínimo, imperceptible, un movimiento del codo... atrás y adelante... atrás y adelante... un vaivén. Lo estaba haciendo, se estaba masturbando. ¡Uf! Deliciosa sensación, cosquilleo en todo el cuerpo. Ganas... ganas de meter yo también la mano en el bolsillo... de desfondar mi bolsillo... ganas de acompañarla... con un pequeñito movimiento del codo... juntos, fundidos en ese mínimo ritual... frotando y frotando... hasta acabar... juntos. ¡A la sombra del Hércules inmolarlos en perfecta sincronía en el fuego callado del orgasmo! Lo intenté. Intenté desfondar el bolsillo pero fue inútil. Compré este sobre todo hace ¿cuánto? treinta y pico de años, cuando todavía había en esta ciudad comercios en los que podía comprarse ropa de buena calidad. Tuve que contentarme con una especie de masaje, con la punta de los dedos, a través de un espeso traperío. Pero ella... ella sí, poquito a poquito, moviendo el codito, como quien serrucha con una sierra chiquitita... y yo no, perfectamente erecto pero sin poder aliviarme.

Hasta que, como si lo hubiera calculado, cosa posible -ya empiezo a creerla capaz de cualquier cosa-, en plena consagración, justo cuando el cura le mostró a la feligresía en pleno la hostia consagrada... ella se dio vuelta, es decir: apenas giró la cabeza... sin mirarme, como si mirara algo ya no lejano sino remoto... para mostrarme sus mejillas coloradas, el arbol... su mirada embriagada, sus labios entreabiertos... y, apenas durante un segundo... menos que un segundo... la punta de la lengua, descontrolada, asomando entre sus labios. ¡Estaba acabando! ¡Estaba en la cresta de la ola! ¡Como si un espectacular vuelo de campanas se llevara hacia los Cielos su mirada extática! Metí ambas manos en los bolsillos e intenté inútilmente atrapar la verga entre ambos muñones para obligarla a soltar el chorro.

La mujer esclava volvió a mirar hacia delante. Mostrarme más tiempo su rostro en éxtasis hubiera sido de escándalo, el mastodonte le hubiera bajado los dientes de un cachetazo para regocijo de la feligresía. Me dio la impresión de que mi devoto vecino algo había junado. La mirada loca de ella, los movimientos bruscos debajo de mi sobre todo, algo. Fácilmente uno puede, por algo así, terminar en un siquiátrico. Pero mi estado de excitación era insoportable. Algo tenía que hacer. Por un momento pensé en refugiarme en un confesionario. Se veían bastante discretos. En realidad me hubieran bastado unos segundos... Es increíble lo que sucede cuando uno está con el cosquilleo ya en la punta de la verga y no puede soltar el chorro. Se pierde totalmente la noción de contexto, cree uno que nadie se va a dar cuenta si uno... que la maniobra va a pasar desapercibida para los que están alrededor, cerquita de uno...

Se me fue pasando. Respirando hondo. La familia entera había ido a comulgar. Almas benditas. Cuando todo acabó salí caminando detrás de ellos. De reojo ella comprobó que así era. Tenía las piernas de trapo, las rodillas me bailaban, como si

efectivamente me hubiera echado un polvo. Tan flojo me sentía que me pregunté si no habría... sucedido. Discretamente, como arreglándome la ropa, palpé. No era así.

Ella se tomaba del brazo de su marido. En determinado momento el tipo levantó al menor y lo llevó sentado sobre el antebrazo hasta que llegaron al edificio en que viven. ¡Con el brazo separado del cuerpo, como un mesero bien entrenado lleva el repasador, así llevaba sentado al crío que no pesaba menos de quince quilos! Parecía un forzado de circo. ¿De qué podía trabajar un tipo con esa fuerza descomunal? Claro que capaz que no se le paraba el pito, o que tenía el pito del tamaño de un dedo meñique. Pero si se le paraba, y si lo tenía de un tamaño estándar ¿cómo podía ser que su mujer no estuviera recontra-ahíta con lo que tenía en casa? Yo iba con la mirada fija en las piernas largas y esbeltas de la mujer esclava, en sus piernas depiladas y tibias dentro de las medias de lana, debajo de la cúpula de la falda. Ahora que prácticamente todas las mujeres usan pantalones todo el tiempo, hasta las viejas, uno comprende que las faldas existen simplemente para erotizar, para que uno sienta en las manos hormigueando el deseo de deslizarlas por debajo de la falda en busca del lugar secreto, el deseo de exponer a la luz el lugar secreto. Llegué a casa blando como una pelota de algodón, en delicado estado de flotación.

Me di una ducha con el agua tirando a fría y me vestí para salir a almorzar. El sentido común me aconsejaba distraerme, dejar la quema de energías para el día siguiente. De hecho, mirando las cosas razonablemente, ya había tenido un orgasmo. Muy completito, por cierto, aunque solo mental.

## EL REINO DEL REVÉS

Así pues, estaba claro que me había elegido para ventilar la parte escondida de su ser, había decidido que yo era el pararrayos que ella necesitaba para descargar sus demonios. No era difícil comprender por qué yo, o mejor dicho: alguien como yo. Normalmente un hombre a mi edad comprende, respeta, es responsable, no anda como cable pelado haciendo saltar por el aire todo lo que toca, sabe mejor ser cómplice, puede comprender mejor la íntima necesidad de cierta... indecencia. La mujer esclava era suficientemente valiente como para caminar por esta cuerda floja en la que tenía tanto para perder... y tanto para ganar. Sabía que ser libre, no temer ser lo que se es, es la mayor de las victorias posibles. Semejante conclusión me desconcertaba, me dejaba en offside, preguntándome en qué lugar quedaba yo mismo en ese ranking de la valentía. Como ella -¡a mi edad!- yo estaba transitando el lado escondido de mi ser, después de una vida de empleado público intachable y de matrimonio ejemplar. Solo, descolgado de los que habían sido los soportes de mi vida, había quedado a la deriva, y al azar del fluir indiferente había venido a dar a esta otra orilla de mi ser. Bienvenidos los naufragos de las rutinas y de la vida ordenada, bienvenidos sin máscaras, bienvenidos al Reino del Revés.

La vi bajar por Paraguay igualmente disfrazada, pero con la falda que se puso para ir a misa. Me sorprendió el cambio, porque cuando temprano la vi pasar llevando a los chicos a la escuela tenía puestos los jeans. Se había cambiado, evidentemente, para mí, para que la tuviera como la había deseado el día anterior en la misa. De sólo pensar que premeditaba así de morbosamente nuestros encuentros el aliento caliente del deseo me secaba la boca. Como si hubiera sabido el efecto que me causaba, apenas estuvimos en el taxi e indicado el destino sacó de la cartera una botella de agua de medio y me la dio. “Tomátela” ordenó. Tomé un trago, sorprendido por lo oportuna. “Gracias” dije y se la devolví. “Toda” dijo. ¿Para qué? Me quedé mirando la botella, sin decidirme. ¿Sería sólo agua, o agua y qué? Por mucho que me costara asumirlo, estaba claro que no era una mujer confiable. “Tenés miedo” dijo. “¿Siempre tenés miedo?”. Bebí otra vez, hasta la última gota. El taxista, un cuarentón pelado y con barbita de candado, evidentemente nos había oído y seguía con atención el asunto, como quien cocina y sigue de reojo el culebrón en la tele.

Sacó otro envase de medio con agua y me lo ofreció. “¿Qué?” pregunté. “No tengo más sed”. “Tomátela” dijo. Ya jugado, volví a obedecer. El taxista, en el retrovisor, con el ceño fruncido, me miraba tragar. Aquello no era normal, no podía ser normal. Por seguir nuestro asunto tuvo que pegar un frenazo para no atropellar a un jubilado suicida –de esos que cruzan la calle sin mirar ni a un lado ni al otro, resignados, prefiriendo un final espantoso a un espanto sin fin. El frenazo nos dejó a sus pasajeros con las narices a milímetros de la mampara. ¿Qué tal rompernos las narices y volver al barrio ambos enyesados? Terminé de beber el agua, hasta la última gota, como obligado a punta de pistola. Guardó los envases. “¿Para qué toda esta agua?” le pregunté amable, en buen plan. “¿No te gusta el agua?”. “Sólo cuando la necesito?”. “El agua es buena” afirmó bien escondida detrás de su bunker de lana. “No es buena si te revienta la vejiga” insistí, amoscado por lo que no podía ser sino un capricho absurdo.

El calvo con el bigote de manubrio me saludó con un “¿Qué tal, cómo anda?” y me dio la misma habitación sin que se la llegara a pedir. Le jugaría un buen dinero al 27 a la cabeza si no fuera un punto de honor para mí no haber tirado en mi vida un solo mango en juegos de azar. Aunque, en fin... esta era mi otra vida, mi vida al revés. ¿Por qué no podría incluir un poco de vicio? Al pagarle, el taxista, sin duda que extrañado por la hidratación excesiva, me preguntó bajito “¿Se siente bien?”. “Nunca me sentí mejor” enfaticé, seguro de estar diciendo una verdad. “Perfecto entonces. Buen provecho” dijo, dándome el cambio.

En el instante mismo en que estuvimos dentro de la suite a la mujer esclava le vino una especie de ataque. Se sacó el gorro, los lentes, la bufanda, el sacón, el saquito de lana que llevaba debajo y, sentándose sobre la cama, las botas. Tan apurada como si hubiera descubierto que todo lo que tenía puesto estaba lleno de pulgas. Se me paró delante, muy arqueadas sus rotundas cejas, muy en culito de gallina sus delgados labios, toda ella ansiedad, y me desabotonó el abrigo, empujándolo por sobre mis hombros hasta que fue a dar al piso. “¿No tenés ganas de mear?” ofreció, como se le ofrece a un niño o a un inválido. “No sería mala idea” repuse jovial y totalmente desconcertado. “Primero voy yo” dijo, y se metió en el baño cerrando la puerta. Pensé que, realmente, o estaba loca o le faltaba un pelín para estarlo. Siempre me pareció abominable la gente que abusa de los tarados, los retrasados, los locos, de manera que todo aquel intempestivo espectáculo lo que me producía era una especie de desazón. ¿Estaría abusando de una mujer con problemas? Empecé a sentir que no quería más nada con ella. Empecé a buscar una excusa para salir de allí ya mismo.

Entonces me llamó desde el baño. “Vení” dijo. ¿Qué podía pasarle, se habría resbalado y caído? Abrí la puerta con el Jesús en la punta de la lengua. Estaba desnuda completamente y de rodillas dentro del cubículo de la ducha. Pensé que por alguna razón no podía pararse. Desnuda por completo su cuerpo se veía más delgado, podía contarle las costillas, y el blanco de su piel parecía aún más desgraciado con la luz blanca del baño. Sus tetas, que veía por primera vez eran más bien chicas y chatas, sin gracia, el amamantamiento había marchitado completamente sus pezones. Con ambas manos se tomaba del marco de metal de la cabina, como si intentara pararse. “¿Qué pasó?” pregunté alarmado. “Meame encima” pidió, casi rogó, con la voz enronquecida por la pasión. No voy a decir que yo no supiera que eso existe. Pero jamás de los jamases me hubiera imaginado verme en la situación, y menos que menos... ¡con ella!

Por el amor de Dios y de todos los Santos y de la Purísima Virgen María ¿cómo podía ser que yo estuviera siendo sometido a una prueba tan extrema? Una mujer hermosa –al menos para mí-, alma de su familia, madre dedicada... ¿cómo podía yo mearle encima? ¿Yo que si algo aprendí a respetar es a la mujer, a la esposa y a la madre –aunque la mujer que me tocó en suerte no me hubiera hecho padre? ¡Mearle encima, como si fuera menos que humana, un simple deshecho, como si fuera una infame porcelana destinada a recibir los jugos de los riñones! Mi primera intención fue tenderle las manos, ayudarla a pararse, abrazarla, tranquilizarla, consolarla de lo que fuera. “Acá, en las tetas” dijo y con ambas manos se levantó las flacas tetas, ofreciéndomelas. “Vení, meame” insistía al verme desconcertado, con una insistencia que me parecía del orden del delirio. Mi mente no sabía qué decidir, pero mis manos bajaron el cierre del pantalón.

Mear tenía que mear, por fuerza. Para eso me había hecho tomar un litro de agua. ¿Iba a ponerme a mear en el wáter, a centímetros de su deseo? Así no se comporta un caballero. Me le acerqué, desnudando el miembro. Me detuve dejándoselo a centímetros de la nariz. “Agarrala” le indiqué. ¡Menudo marica! ¡Todo lo que me pedía era que le meara encima! ¡Que yo le meara encima! ¡Y lo que le ofrecía era algo así como “Agarrala y meate vos misma si querés”! Hay que ser... Vi cómo le cambiaba la mirada. Como que se enfurecía. No, no iba a hacerlo, no iba a rociarse como con una manguera... Reaccioné a tiempo. Me rescató seguramente San Giácomo, el patrono de los cogedores, que si algo recomienda es darle a las mujeres por su lado, como a los niños y a los locos.

La agarré del pelo, descapoté, urgida de vaciarse, tenía la verga semitumefacta. Me miraba a los ojos, abrió la boca. Le solté un chorro belicoso en plena cara. Le llené la boca. Tragó, creo. Después apunté a las tetas. Se las apretaba, pellizcándose los pezones. Gemía de placer, como si lo que le caía encima fuera algún tipo de líquido delicioso al tacto, instantáneamente revigorizador. Yo me miraba hacer sin creer que estaba haciéndolo: bañando a una mujer con mi meada. Llevó poco tiempo, el tiempo de una meada pero de las largas. Para cuando ya no tuve más líquido en la vejiga tenía claro, por una especie de revelación fulminante, que aquello que habíamos hecho era algo insoportablemente hermoso. Me sobrevino una súbita erección. La mujer esclava se pasó los dorsos de las manos por los ojos para sacarse las gotas de orina de las cejas y las pestañas, pero en cuanto vio la erección la atrapó y se la metió en la boca. Masturbó y chupó a la vez, con ritmo implacable y con firmeza en el puño, decidida a tenerlo ya, de inmediato, a manera de postre. Me miraba y había algo implorante en su mirada. “¿Qué? ¿Qué te pasa? ¿Qué querés ahora?” le decía yo medio delirando. Se la metió hasta la garganta, hasta que hizo arcadas.

Pensé que no, que era imposible, que el cambio de rieles iba a llevar un rato largo. Pero vi que con la otra mano se masturbaba, con furia, frotándose como una Lady Macbeth tratando de liberarse de una mancha insoportable. Entonces, incontenible, trepó por el tallo la acabada. “Me voy” dije. Se la sacó de la boca, y sin dejar de pajearse acercó la cara para recibir el semen. Lo recibió en el entrecejo, y después en los labios, y se estremeció con el orgasmo, gimiendo entre la risa y el llanto, y el resto se lo soltó en los pezones, en uno y después en el otro hasta que ya no salió más. En mi mente hubo un gran fogonazo y caí por un túnel de luz, caí tanto, tanto, tanto, que ya no sabía si seguía cayendo o si simplemente había quedado flotando en la luz.

Se sentó sobre los talones y escondió la cara bajando la cabeza, sin dejar de amasijarse la entrepierna gimiendo y estremeciéndose como si estuviera en hipotermia. La agarré del pelo para levantarle la cara y volví a ponérsela en la boca. “Chupá” dije. Mamó respirando ruidosamente por la nariz hasta que perdí la erección. Entonces, ya calmada, se pasó la mano por sobre los goterones, en la cara y en las tetas, embadurnándola, mezclando el semen con la meada. Era increíble verla... sentada sobre sus talones, con cara de loca irritada... estirándose y pellizcándose con los dedos los labios de la concha... untada la piel con mis jugos... exhausta. Di un paso atrás. La cabeza me estallaba. Nunca imaginé que una mujer... así... como estaba ella... pudiera ser tan... hermosa... De manosearse un nuevo orgasmo le llegó bajo la forma de un derecho en el hígado. Al doblarse hacia delante golpeó la cabeza contra el marco de metal de la cabina, pero fue como si no lo sintiera. Estertor tras estertor siguió doblándose hasta que apoyó la frente en la baldosa del piso.

“Dame la mano” dije, con la intención de ayudarla a pararse. “No, déjame sola, voy a bañarme” dijo, desde allá abajo, inmóvil, tratando de respirar hondo y sin lograrlo. Se tocó el pelo en el costado de la cabeza, donde se había golpeado, y se miró la mano, sin sangre. “¿Estás bien?” pregunté. “Sí. Andate. Ya voy” dijo después de, ahora sí, llenarse de aire los pulmones.

## POCKET MONEY

Volví al dormitorio y me tendí en la cama, estupefacto, superado por aquello que, ciertamente, era otra cosa, no era simplemente coger. Había sido un trago fuerte. Me parecía increíble haber incurrido en aquella locura. De aquí a dónde, me pregunté un poco asustado por la impresión de que estaba en un camino sin retorno. ¿A dónde iríamos a parar? ¿A qué no me arrastraría aquella mujer neurasténica y dada a las perversiones? Debo de estar dando la imagen de un pusilánime. Pero, o bien esto es un registro fiel de aquellos días, o mejor empleo mi tiempo en otra cosa —darle una mano de impermeabilizante a la puerta y a la ventana del altillo, que se las está comiendo la humedad, por ejemplo.

Estaba tan planchado que no sé si hubiera podido mover el dedo índice, cosa que por las dudas no intentaba. Ella no tardó en reaparecer. Envuelta en un toallón y secándose el pelo con una toalla chica. “Tengo frío” dijo, y envolviéndose el pelo en turbante con una toalla chica se acostó a mi lado, pegada a mi flanco. La cubrí con el cubrecama y así permanecemos hasta que suspiró, alcanzada por la tibieza. “Ni siquiera sé tu nombre” dije. Ella hundió el hocico contra mis costillas, manifestando así su intención de no decir una palabra. “¿Vos sabés el mío?” insistí. Pegada contra mi flanco, escondida la cara, como un niño con un ataque de vergüenza, su respiración se iba haciendo más lenta y pesada. “Vamos a quedarnos dormidos, como la otra vez” predije. Su voz me llegó apagada desde su escondite. “Puse la alarma en mi reloj”, dijo. Un par de botellitas de agua, un despertador ya puesto en hora... La mujer esclava es esclava de sus pasiones, pero sabe muy bien dónde están los límites, pensé. Enhorabuena. Eso me gusta. Siempre me gustó la gente responsable. Quizá porque hay tan poca.

Nos miré en el espejo cenital. La imagen misma de la placidez. Su cuerpo pegado al mío. Abandonado a la modorra. Me invadió la ternura. Altiya, valiente, neurasténica mujer esclava. Era el momento para la intimidad, para las confesiones. Pero ¿querría ella hablar? ¿quería yo hablar? ¿para saber qué? ¿qué pasaba con su marido? ¿si ella había tenido antes un amante? ¿si había tenido experiencias como la de hoy? ¿qué sentía por mí? Ahí estábamos, dos adultos descubriendo cosas, en el límite de su saber de sí. ¿Hablar? ¿La cháchara no vendría a joderlo todo? ¿Acaso no estaba todo claro por demás? Oscuramente comprendí la regla del juego en una situación así: vale todo menos preguntar. En cualquier caso, que ella lanzara la primera piedra. Pero ella, sabiamente, enterraba su boca debajo de mi hombro para mantenerla callada.

En algún momento del vasto silencio la alarma del reloj sonó dentro de su cartera. Se paró y fue al baño, muy tranquila, dándole una superficie apacible a nuestra relación, cosa que al menos en lo que me concernía, era algo que necesitaba y apreciaba. Puesto que dejó la puerta abierta la veía parada frente al espejo del baño, desnuda, desenredándose el pelo, todavía húmedo, y recogidoselo. Eso... eso era hermoso... no porque su cuerpo fuera... yo qué se... espectacular... su pecho chato, casi sin relieve... las costillas marcadas un poco en sus flancos... la pelvis puntiaguda... las nalgas pequeñas... de muchacho... o de caminadora... los fémures largos... los pies quizá... sí, seguramente demasiado grandes... Era hermoso porque estaba ahí, tranquilamente desnuda... como si



fuéramos... no sé... la única mujer que he visto desnuda con esta naturalidad ha sido Celina.

Siempre me gustó quedarme un ratito más en la cama después de despertarme. Me encantaba ver u oír a Celina dando vueltas por la casa, comenzando las rutinas del día. De pronto, obedeciendo a un impulso, me paré, y sin pensarlo dos veces, saqué del bolsillo un dinero que más temprano había retirado del banco y lo metí en el bolsillo de su sacón. Cinco billetes de mil, flamantes, crocantes y fragantes. En el momento mismo de retirar la mano de su bolsillo, como por arte de magia se abrió camino en mi mente, con total nitidez, la convicción de que esos cinco billetes cambiaban todo, es decir, la naturaleza de nuestra relación. Su relación con su cuerpo y con el mío, y mi relación con mi cuerpo y con el suyo. Era la consecuencia de cambiar de bolsillo unos billetes. A menos que me los devolviera, y aunque me los devolviera, todo había cambiado. Para bien y para mal, por supuesto.

Volvió al dormitorio y empezó a vestirse. Yo, plácidamente, semi-incorporado, apoyado sobre un codo, la miraba hacer. Entonces... bueno... es que evidentemente estábamos en una sutil sintonía... que a saber cómo se dio, pero que ahí estaba... y la sintonía en el fondo pasaba por eso... por el dinero... por darlo (yo) y recibirlo (ella)... entonces, digo, de pronto, con tono perfectamente casual mientras cerraba el broche en la cintura de su falda dijo: “Me gustaría que me dieras dinero”. Siguió vistiéndose, sin mirarme. Comprendí lo evidente, que su demanda formaba parte para ella del juego del deseo: quería ser tratada como una puta y ser pagada como una puta. “¿Cuánto?” pregunté, con tono no menos casual. “Pero no puedo recibirlo” dijo. “¿Por qué?” pregunté. “Porque no podría explicar de dónde lo saqué”.

Se sobreentendía que estábamos hablando de poco dinero. Vivo en una casita sencilla en un barrio en el que hay de todo –gente acomodada y gente con lo justo- y hago mis propios mandados. Nadie puede pensar en mí más que como un jubilado que maneja con sobriedad sus pesitos. Nadie sabe cuánto tengo en el banco. Y sin embargo esos pesitos que ella podía suponer que yo podría darle... ella no podía recibirlos porque se notaría que los tenía y no podría explicarlos. Con tres palabras (“no puedo recibirlo”) me había dado una imagen perfectamente nítida de su conyugalidad. Estaba dispuesta a darse a cambio de esos pesitos para satisfacer no tanto sus necesidades materiales sino sus deseos profundos. Estaba claro mi lugar en tanto amante. Y ella estaba dispuesta a esconder ese dinero de su marido. Estaba claro que en su casa vivían con lo justo. Si ella tenía dinero injustificable, aunque fuera apenas suficiente como para comprarse una bombacha, el tipo lo notaría. Y ella no quería que eso sucediera. Entre ambos había, pues, un verdadero abismo.

Adiviné que me estaba pasando no sólo una demanda de dinero sino también la búsqueda de la manera de justificar que lo tuviera. Poniéndose las botas, siempre eludiendo que se encontraran nuestras miradas me pidió que le llamara un taxi. Lo hice. “Necesito para el taxi”, dijo. No quise que supiera en ese momento del dinero que había puesto en su bolsillo –a saber cómo reaccionaría-, de manera que saqué del pantalón un billete y lo puse a la vista. “Podrías fingir que tenés un trabajo” dije. No respondió. “Algo que supuestamente harías en tu casa” insistí. Nada. “¿En qué trabajabas antes de casarte?”. “Administrativa” dijo, terminando de vestirse. “Yo sé de eso. Podríamos fingir que me llevás una contabilidad”. Respiró hondo. Me miró. Lentamente negó con la cabeza. “Tendría que dar el dinero para la casa. Y yo lo quiero para mí” dijo

mirándome directamente a los ojos. Clarito. Terminante. Si en ese momento le hubiera preguntado por la relación con su marido, hubiera tenido que explayarse. Algo hubiera tenido que decirme. Pero ¿para qué? Todo era por demás evidente.

## SEÑORÍO

Ya enmascarada se acercó a la cama para recoger el dinero del taxi. Cuando estuvo al alcance de mi mano me llegó el olor de su ropa. Olor a ropa, nada especial. Excepto porque tomé conciencia de sus medias de lana y su falda de franela, conciencia que disparó de inmediato el deseo que había reprimido durante la misa. Extendí el brazo y toqué la lana. Ella no se movió. Me dejó hacer. Al fin y al cabo no para otra cosa había venido vestida así. Deslicé la mano pierna arriba hasta llegar a la entrepierna. Hurgué a través del tejido. “No” dijo con un hilo de voz. Cerré los ojos y hurgué hasta sentir la humedad y el calor. “No” repitió, apenas audible, casi un ronroneo. Me sobrevino una erección fulminante, de las que duelen. Bajé el cierre del pantalón y se la mostré. Soltó un suspiro que me sonó a desazón, a conciencia de que no podría resistirse. “Es tarde. Tengo que irme” dijo en un tono de voz casi inapelable.

Me paré. Busqué su espalda. Me dejó hacer. “Sólo un minuto” susurré en su oído por encima de la bufanda. Presioné suavemente sobre sus hombros para inclinarla hacia delante. Se inclinó. “Tengo que irme” insistió. Le subí el abrigo y luego la falda, le bajé la pantimedia y la bombacha. No se resistió. Quieta, esperaba. Lo deseaba. Metí dos dedos para abrirla y estaba mojada. Me deslicé dentro, suavemente y hasta el fondo. Gruñó de placer. Removió las caderas para saborear todo el largo. La tomé de las caderas y le di unos puntazos. Recibí desde la punta de la pija señales inequívocas de que aquello no iba a durar.

Nos sobresaltó un discretísimo sonido de claxon. El taxi estaba esperando. Ella trató de zafar. “Quieta” dije, terminante. “Estoy por acabar”. Se sometió. Me dejó hacer. Lancé el galope. Se apoyó en la mesa de luz para soportar la embestida. Gemía como si se le hubiera desatado una chorrera de orgasmitos. De pronto yo me sentía señor, mandaba, exigía, obligaba... ¿Era la magia del dinero contante y sonante, que todo lo transforma y todo lo trastoca? Le di con fuerza, con brutalidad quizá, en todo caso con desconsideración. Gritó, alcanzada por un gran espasmo. Acababa a fondo, queriéndose clavar hasta el alma, olvidada del taxi y del resto del mundo, incluidos sus adorados niños. La magia del dinero, que todo lo lubrica, que todo lo potencia, que hace de un simple polvo apurado un acontecimiento memorable. Yo no podía más. Entonces, sin querer hacerlo, mi mano se deslizó dentro del bolsillo del abrigo. La sorpresa me inmovilizó: efectivamente el bolsillo estaba desfondado. En las postrimerías del orgasmo culeaba contra la verga inmóvil, fija como una estaca, gimiendo como un niño abandonado. “Tomala” dije sacando la verga. Ella quedó desconcertada. “En la boca” urgí. Se dio vuelta, se arrodilló, se bajó la bufanda y me atrapó con la boca justo cuando las compuertas cedían y el torrente arrasaba con todo lo que hubiera en mi conciencia. El taxista seguramente se impacientaba. Pero difícilmente podía ponerse a molestar a la clientela haciendo sonar el claxon. La mujer esclava chupaba y tragaba. Hasta que estuvo más que segura de que no quedaba ni una sola gota por tragar. Entonces salió a escape, arreglándose la ropa, sin mirar atrás, sin decir ni “Adiós”, dejándome con la verga todavía dura y las piernas flojas, como si estuviera parado encima de un flan.

Y con la cabeza a mil, como si mi mente hubiera sido vaciada en una batidora. Estuve un rato largo despatarrado en la cama, mirándome en el espejo cenital, brazos y piernas abiertos, como para abrazar el mundo y la vida, esforzándome por contener el vértigo de ideas, sensaciones y deseos. Lo único firme en mi mente era que con la mujer esclava todo había cambiado definitivamente, porque las cosas ya habían llegado a ser lo que realmente eran. La naturaleza de nuestra relación había quedado desnuda y expuesta en sólo un par de encuentros y sin que mediara una sola explicación; de hecho ni una sola palabra. Completamente relajado, sintiendo como que flotaba en el vacío, el rumor de la sangre recorriendo mi cuerpo, dejé que el carnaval de imágenes fluyera incontrolable. Una niña mala, que merece las peores demostraciones de desprecio, tan mala que sólo sirve para mearle encima. Tan mala que sólo sirve para puta. Tan mala que uno se la coge de parada, sin concederle que se desnude y se tienda sobre una cama. Tan mala que sentada junto a su familia se pajea durante la misa. Volví a verla, apoyada en la mesa de luz, la falda y el abrigo recogidos sobre su espalda, las pantis a medio muslo, el culo al aire, esperando la penetración. La marea de imágenes y sensaciones me mareaba. No quiere mi amor, quiere mi dinero, pensé. Y luego: no quiere mi amor, ni quiere en realidad mi dinero, quiere que la trate como a una puta. O sea ¿cómo? ¿cómo se trata a una puta?, me pregunté por primera vez en mi vida, yo, que por respeto a la dignidad del ser humano, nunca estuve con una. Con una puta no hay más límite que el dinero, pensé. Y la ley, por supuesto. Todo tarifado. ¿Qué tal ofrecerle a la mujer esclava que nos manejemos con una lista de tarifas?

La pija empezó a cosquillearme. Increíble después de dos polvos. Empezó a desperezarse. La liberé para poder observar el fenómeno en directo. Ver para creer. La empuñé y tironeé un poco de ella. Manifestó absoluta disposición para llegar hasta un final satisfactorio. Y no sabemos nuestros nombres. Aunque podría averiguar fácilmente su nombre en el barrio, y ella el mío. Sin nombres, pero no por la ansiedad ni por la torpeza. Sin nombres como la puta y su cliente. ¿Hacerle qué? ¿Cualquier cosa que se me antoje? ¿Como cuánto de puta quiere ser para mí? ¿Putas perfectas, disponer de ella a voluntad? ¿Ofrecerla a otro si se me antoja? ¿Y que consienta y obedezca? ¿Y ver cómo se lo hacen? ¿Pagarla y prestarla? En esta idea quedé clavado. Pagarle y prestarla. Sin alcanzar del todo la erección la ola pasó por mi cuerpo, y en el afloje del placer solté unas gotas de un líquido casi ya translúcido.

**EL FAKIR CELOSO**

## LOS CHIQUILINES

Estuve siéndole infiel a Nelly durante casi dos semanas: compré en otra panadería. A mi edad, con la libido es como con el esfuerzo físico: tarda uno cada vez más tiempo en recuperarse. No sabría decir si fue el retorno del escozor libidinal o la nostalgia del buen pan lo que me devolvió a la zona de influencia de Nelly la panadera. Era la hora de los bizcochos para el mate y había cola. Dejé pasar delante de mí a un par de panófagos para que me atendiera mi preferida. Las otras se codeaban y compartían risitas viendo mi paciente maniobra. Como de costumbre le pedí fiambres, para alejarnos del área de chismes. “Creí que ya no venías más” protestó sin mirarme. Lo dijo como quien dice “Creí que te habías muerto”. Estaba, sí, un poco ofendida. “Yo también te extrañé” susurré. Me miró de reojo y en sus labios pugnó por aflorar una sonrisita. “¿Algo más?” preguntó, esforzándose por sostener la cara de enojo. Le indiqué otro fiambre. Barato. Creo que ya dije que no como fiambres por el ácido úrico. Esta vez había decidido guardarle los fiambres a un gato canalla que dos por tres aterriza hambriento en el fondo de casa.

“¿Sigue vigente la invitación para el Pito?” preguntó, como si nada. La pregunta me dejó mudo por la sorpresa. Como no le respondía detuvo su tarea para mirarme. “¿Sí o no?” insistió. “Sí, claro. ¿Le contaste?”. “Por supuesto”. “¿En serio?”. “Nos vamos a casar, nos tenemos total confianza” dijo acercándose al mostrador para pesar el fiambre. “Le dije y lo dejé esperando la continuación”, dijo, como irritada. Me quedé mirándola como si fuera una marciana. No sabía qué decir. Me parecía demente ir a coger con ambos. Vi que se ponía nerviosa. Mirándonos callados íbamos a llamar la atención de la gente. “¿Para cuándo entonces?” insistió. “Mañana si te parece” balbuceé. “A las siete” dijo. Pedí pan y bizcochos. Me dio las dos bolsitas y el precio a pagar y llamó al siguiente cliente. Al llegar a casa encontré doble premio: un cañoncito y un bizcocho de anís.

El Pito –Milton era su nombre- era apenas un poco más alto que Nelly. Yo le llevaba casi una cabeza. Era muy blanco, y flaco, musculoso, correoso diría, con el cuerpo endurecido por el laburo. Ceñudo, seriecito todo el tiempo, ocultaba un poco la mirada detrás de un mechón de pelo lacio y negro –la escondía como la esconden los que están acostumbrados a la subordinación y al rencor callado. En tanto novio oficial, había pasado a buscarla por la panadería, de manera que los vi venir juntos y de la mano. Ella me dio un piquito y me lo presentó. Él me dio la mano con firmeza y sin decir palabra. Sentí los callos en su mano. “Ahí viene un taxi” dijo Nelly antes de que un silencio embarazoso nos ganara.

Se sentaron atrás. El taxista, cuarentón, era uno de esos típicos montevideanos que se vuelven cínicos de tanto salirles mal las cosas. Cuando le dije a dónde íbamos comentó, agrio: “¿Sacando a pasear a los chiquilines?”. Esperaría seguramente que me instalara en su mismo nivel de grosería. No dije nada. El tipo manejaba como furioso, pegando esquinzos y mirándome de reojo como para intimidarme. “No se vaya a pasar de rosca, abuelo ¿eh? Ojo con el bobo” dijo de pronto, como con rabia. Aún así no dije nada. ¿Qué podía decirle? Esforzándome por echar un vistazo por sobre mi hombro vi que,

ajenos al parloteo del patán, Nelly y el Pito, muy juntas las cabezas, se hablaban al oído, bien como lo que eran: noviecitos.

En la entrada de la amueblada el patán calculó mal y le dio un buen golpe al neumático contra el cordón de la vereda. Puteó y al meter la marcha atrás casi revienta la caja de cambios. El calvo bigotón me concedió una sonrisa de oreja a oreja y un gestito de aprobación al ver la compañía que traía, y me dio el 27 sin que mediara palabra. Le di una buena propina al taxista. “Tome, vaya juntando para un neumático nuevo”, le dije. No le di tiempo para responderme.

Cruzamos el patio hacia el 27, ellos jovencitos y menudos caminando adelante, tomados de la mano. Realmente parecía como si hubiera sacado a pasear a los chiquilines. La reacción del Pito ante el despliegue de mal gusto fue sobria. “Está buenísimo” dijo. “¿Viste? ¿viste?” le reclamó ella. “Muy bueno el baño” reconoció el Pito haciéndose el conocedor. “Y tirate en la cama” le urgió ella. Él se dejó caer sobre la cama, rebotando blandamente. “Espero que esté bien agarrado ese espejo” se limitó a comentar. “Tomemos algo” sugerí abriendo la heladerita. “Hay cerveza, Coca-Cola y jugo de frutas”. Se estaban sacando los abrigos. “O whisky, cognac y vodka. ¿Un whisky, Pito?”. “Sí, por favor” respondió muy comedido. “Otro para mí” pidió Nelly. Destapé tres botellitas. “Por nosotros” dije levantando mi vaso. Me senté en el sillón junto a la cama. Bebimos. Me eché la medida, de un tiro, con efecto inmediato. “¿Y ahora?” pregunté, zumbón. “Y bueno... ya que estamos aquí...” empezó Nelly en plan pícara. “¿No, Pito?” preguntó. “Como quieras” respondió el Pito fingiendo estar muy tranqui.

Pero ninguno de los tres hizo nada. “¿Qué hacemos?” preguntó Nelly, más a mí que al Pito, como si yo fuera el maestro de ceremonias. Por toda respuesta el Pito la abrazó y le comió la boca, como si dentro de su cráneo hubiera recibido una orden nítida y urgente. Nelly le respondió igual, como si fuera una muñequita a la que le hubieran dado cuerda. Me parecía increíble que todo comenzara a suceder así, sin más. ¿Cómo es posible esto? me pregunté. Parecían figurantes, extras de una película que hubieran recibido indicaciones y se pusieran a hacer su parte. Pito la tomó de las nalgas y frotó obscenamente su vientre contra el de ella. Ella ronroneó de gusto al sentir el espolón contra su quilla. “Vamos a bailar una lambada” dijo Nelly muy divertida, separando las piernas para que él pudiera encajar su muslo. El mutuo apretuje se hizo más y más intenso. “Me muero de calor” dijo Nelly soltándose y empezando a desvestirse. “Dale, Pito, vos también” urgió. Pito se volvió hacia mí, como chequeando mi actitud. Después dijo “Con su permiso”, y como le sonreí aprobando con un movimiento de cabeza, empezó también a desvestirse. ¡Absurdo! ¿Cómo se puede ser tan comedido en semejante circunstancia? ¡Debe de ser algo que se lleva... en la sangre, en los genes! ¡Tanto respeto! ¡Por lo menos no esperó a que le dijera “Adelante”!

El Pito estaba muy bien dotado. Quiero decir... quizá no en términos absolutos... pero sí en términos relativos... para su estatura lo que llevaba en el vientre era un verdadero garrote... En comparación con su cuerpo, su pija se veía desmedida. Aunque, en términos absolutos, quizá no era más grande que la mía. Nelly terminó de desnudarse y se puso las palmas de las manos sobre las mejillas. “No me hacés caso, Pito” rezongó. “Te dije que tenés que afeitarte dos veces por día. Ya me arde la cara”. El Pito era hirsuto –yo soy más bien lampiño– y la barba abundante que le crecía se veía dura como cepillo de alambre. Sin responder el Pito tomó la mano de Nelly y la puso sobre su

verga. Nelly desnudó el glande y se quedó mirándolo, como si fuera a seguir con él la conversación. Se volvió hacia mí y dijo “Vení”. “Me tomo otra y voy. Sigán ustedes” dije con dificultad, con la garganta cerrada. En realidad estaba medio shockeado. Ni qué decir que en mi vida había visto a una pareja cogiendo... en vivo, quiero decir. La idea de que fueran a coger ahí, delante de mí, para mí de hecho, me producía una impresión tal que me atenazaba la garganta.

¿Ya habrían hecho esto antes, dejarse ver cogiendo? No sólo no se ponían nerviosos: parecían absolutamente indiferentes a mi presencia. Nelly se acostó, recogió las rodillas y las separó mostrando la boquita roja en medio de la negra espesura. El Pito se arrodilló entre sus piernas. Se escupió en la palma de la mano un par de veces y humedeció la punta de la pija. Después buscó el orificio y empujó muy suavemente. Con las manos Nelly trajo sus rodillas hacia el pecho para facilitar la inserción. El muchacho iba tomando posesión de la profundidad sin el menor apuro, centímetro a centímetro. Ella forzó el cuello hasta que pudo ver la cópula. Fui a sentarme sobre la cama para ver de más cerca. Aquello tenía algo de absurdo. Los tres mirábamos la lentísima inserción. Totalmente concentrados, como si estuviéramos viendo algo ni un punto menos que milagroso. Lo milagroso en realidad era que el chico pudiera insertarse tan, pero tan lentamente. Autocontrol digno de un fakir. Soltó la respiración, respirando hondo, cuando hubo completado la penetración. Yo también respiré aliviado. “Precioso” dije, por romper el silencio. Hubiera podido aplaudir como si hubiera presenciado un truco de prestidigitación.

Nelly apoyó la nuca sobre la almohada y suspiró “Ay, Pito”. El Pito entonces se inclinó hacia delante y apoyó las puntas de los dedos de las manos, estiró las piernas hasta que las tuvo apoyadas sólo sobre las puntas de los dedos de los pies, y así apoyado, como un gimnasta, flotando sobre el cuerpo de la panaderita, empezó a cogerla. Retiraba completamente la verga y volvía a hundirla, sin apuro, el cuerpo rígido, en absoluto control. Puro músculo, un verdadero atleta. Haciendo lagartijas sobre las puntas de los dedos encima de un colchón blando. Alto grado de dificultad. Yo estaba sencillamente fascinado. Aquello era de una vulgaridad circense, pero también de una belleza escandalosa. Nelly echó los brazos hacia atrás y se tomó de los barrotes de la cama. Cruzó los pies sobre la cintura del Pito. Cerró los ojos y soltó un gemido suavecito, casi un arrullo, como si se acunara en el placer. Yo no podía seguir viendo sin aliviarme. Me senté en el sillón. Desde ahí, por entre las piernas del Pito, veía la cópula. Abrí mi pantalón y saqué la verga. Empecé a masturbarme. Sin pensarlo. La verga me lo pedía. El Pito fue acelerando la cogida, muy de a poco, conservando perfectamente aquella figura de flotación y equilibrio, como un acróbata perfeccionista. Nelly gritó con toda la garganta al alcanzar el orgasmo, un grito alegre, de delicia total. Se aflojó y sus pies se soltaron de la cintura del Pito. Pero el Pito seguía imperturbable, maquina. “Ta, Pito, pará, pará un poco” suspiró Nelly. Pito obedeció. Se apoyó sobre sus rodillas y sacó la verga, dura, roja, brillante por el baño de jugos de la muchacha. Si hubieran seguido un minuto más, yo hubiera acabado.

“Muy hermoso” dije. “Hermosos los dos”. Nelly, completamente relajada, me miró y se rió quedito. El Pito, se sentó sobre los talones, inmutable, como un servidor que espera nuevas órdenes. “Vení” me dijo Nelly. Me paré y me acerqué. Empuñó mi verga. “Ya está pronta” dijo inclinándose hacia mí y metiéndosela en la boca. Miré al Pito. Él la miraba hacer. Al sentir mi mirada me miró, sólo un instante, y volvió a mirar lo que Nelly me estaba haciendo. Me lamía el glande y lo chupaba, lánguidamente, con mimo,



poniendo caritas de puta. Me concentré en aguantarme, en no acabar enseguida. Le puse la mano sobre la nuca invitándola a darme un respiro guardándome dentro de su boca. Entonces el Pito manipuló a su novia de manera tal que quedara de rodillas sobre la cama chupándomela, y ofreciéndole a él las nalgas. La penetró desde atrás tomándola de las caderas. Esta vez se la cogió a puntazos. Con urgencia. Al principio me pareció que lo hacía para interferir en nuestro diálogo, pero pronto comprendí que lo excitaba lo que veía: cogiéndola se inclinaba hacia delante para sacarle el pelo de la mejilla de manera de poder ver cómo me la chupaba. Nelly empezó a gozar la doble ocupación de su cuerpo. El muchacho aceleró.

La faena de Nelly sobre mi verga se hacía cada vez más torpe a medida que el orgasmo crecía en ella. Acabó con un grito, temblando y cubriéndose de sudor, babeándose sobre mi verga. Pero el Pito no frenaba, seguía cogiéndosela como una verdadera máquina. Nelly seguía en la cresta del orgasmo, chupándomela y acabando una y otra vez. “Ta, Pito, ya está” suplicó la muchacha. “No seas malo”. Pito se retiró a su rincón a esperar el próximo round. Había marcado la cancha. Esa me pareció su actitud. La había acabado dos veces, a fondo, ahora yo podía hacer lo que quisiera con lo que quedaba. Nelly, empapada de sudor y muy vencida, quedó entre ambos. “Te ponés bobo. Me hacés quedar como una pelotuda por haberte invitado” le dijo, rezongándolo como a un niño pasado de rosca. El Pito, en cuclillas en una esquina de la cama, con su gran verga colorada de irritación, parecía, sí, enfurruñado. Nelly se volvió hacia mí. “Vení, desnudate” dijo, melosa, como si temiera que yo me enojara con ellos. Me desnudé, hiperconsciente de que mi piel no era lisa y brillante como la de ellos. Me tendí junto a ella. Me tironeó un poco de la verga y se estiró para besarme en la boca, hasta que estuve a punto. Entonces montó sobre mí y se dejó caer lánguidamente encima de la verga. Puso sus labios sobre los míos y soltándose besos circulares empezó a cogerme. Tan despacito como se la había cogido su novio al comienzo, subiendo y bajando a lo largo de la verga tan despacito como suben y bajan los caballitos de una calesita.

Me olvidé del Pito y de todo en el mundo. No sé cuánto tiempo me estuvo propinando aquel tratamiento languidísimo. Flotábamos en una nube de placer aparentemente sin necesidad de llegar a ninguna parte. Sin duda aquello duró más tiempo que el que el Pito estaba dispuesto a soportar. Sentí de pronto que estaba junto a nosotros. Abrí los ojos y vi los huevos chiquitos y la gran verga completamente empinada. No lo pensé. Si lo hubiera pensado no lo hubiera hecho. Me pareció natural empuñar la verga. El muchacho me dejó hacer, impávido. Pensé que aquello era el tipo de cosa que uno hace borracho y que luego, por eso mismo, no se echa en cara. Recorrí la vega lentamente sintiendo en la palma de la mano la potencia y la tensión. Nelly, ajena a la acción en el segundo frente, seguía besándose y cogiéndome despacito. Seguí masajeando la verga de arriba abajo. La cabezota roja parecía a punto de explotar. Entonces Nelly volvió en sí, dejó de besarme y vio lo que sucedía. “Eso” ronroneó. Recibí su ronroneo como una orden. Aceleré el vaivén. El Pito jadeaba. Quizá Nelly pensó que estaba por acabar, porque dijo, a saber si a mí o al Pito: “Dámela”, y abrió la boca para recibir la verga. La recibió a fondo. Debo decir que cuando vi consumada la cópula se me hizo agua la boca. Las cosas como son. El Pito, hay que decirlo, una vez enchufado era activo como una ardilla. Se puso a serruchar en la boca de su novia como si le fuera la vida en ello. Consiguió con eso que el cuerpo de Nelly perdiera la modorra voluptuosa con la que me estaba dando la gran cogida. Nelly se tensó y su entrepierna empezó a martillar sobre mi vientre. A medida que el Pito se acercaba al orgasmo ella

iba arañando el suyo con la punta de mi verga. No me quedaba sino esperar a que me llevara la correntada. Pito le tenía agarrada la cabeza con ambas manos y se afirmaba a fondo, como para regarle con semen la campanilla. Los tres bailoteábamos en el borde del abismo.

Hice entonces algo que Pito no podía ver y para lo que conté con la complicidad activa de Nelly. Saqué la verga de la vagina y la apoyé contra el ojete. Ella comprendió instantáneamente. Tendió una mano hacia atrás y apoyando un dedo mágico sobre el glande, y presionándolo una sola vez, lubricado como estaba, se lo metió en el culo. Apoyó entonces todo el cuerpo hasta metérsela toda. Ahí sí que enloquecí. La tomé de las nalgas y me puse a darle frenéticamente por el culo. No menos frenéticamente el Pito se la cogía por la boca. Recorrió un golpe poderoso de electricidad nuestros cuerpos y estallamos al unísono, como si un taladro se hubiera clavado en un nervio que tuviéramos en común.

## ANTÍDOTO PARA LOS CELOS

Saliendo de entre la bruma pensé que, si el orgasmo alcanzado al unísono por dos producía un apagón, era perfectamente razonable que el orgasmo alcanzado al unísono por tres quemara todo el sistema. Sin embargo, el único que realmente había quedado nocaute había sido yo. Aún antes de abrir los ojos ya oía a mis partenaires cuchicheando. Frente a frente, nariz con nariz, argumentaban. “Te la metió en el culo” decía el Pito conteniendo la voz, con tono resentido. “No te pongas así” pedía ella. “Habías prometido” insistía él, dolido. “Son cosas del momento” explicaba ella. “Ni sabía lo que hacía” insistía ella. “¿Cómo que no sabías?” se enojaba él. “Me tenías como loca, no podía pensar” insistía ella. Entre mis pestañas los veo dejar de discutir para lamerse mutuamente los labios. “¿Te dolió?” preguntó el Pito, quizá un poco morbosos. “Para nada” dice ella, conciliadora. “La tuya es más grande”. Vuelven a lamerse. “Y más rica”. No puedo evitar reírme. Me miran. “Eso no fue muy amable de su parte, jovencita” dije, jovial. Se sonríen, insólitamente tímidos, escondiendo un poco la cara.

Nelly se escurre en dirección al baño. Pito se acomoda con las manos bajo la nuca, mostrándome sus sobacos, muy peludos. En el pecho tiene un verdadero matorral. “¿Así que van a casarse?” digo. “Pronto” dice. “Y estas cosas ¿no les dan celos?”. Realmente es un hombrecito tranquilo. Se toma siempre unos segundos para responder. Todo en él expresa firmeza. Pienso que estuve a punto de acabarlo con la mano, que hasta estuve a punto de chupársela. Pero no me siento perturbado, ni raro, ni nada. Tampoco él me trata diferente. Recordé las palabras de Nelly: “Son cosas del momento”. Es eso. Antojos. Nada más. Cosas del momento. Son algo así como sabios estos pibes, pienso. “Es lo que tenemos en común” explica. “¿O sea?”. “Que no somos celosos”. A punto estuve de preguntarle qué le hacía pensar que él no era celoso. Me contengo con el tema. No quiero que se sienta de alguna manera cuestionado. Menos aún cuando acabo de cogerme a su novia bajo sus narices. “Es una virtud rara en una pareja” concedo. “Ni tanto” dice después de su pausa. “¿Conocés gente como ustedes?”. Se encoge apenas de hombros. “Sí” dice. “Mirá vos” digo mostrando sorpresa. “Debe de ser una onda de ahora”. Se encoge otra vez de hombros. “¿Es la primera vez que comparten, así?”. Despacito hace que no con la cabeza. Es claro que la conversación no es su fuerte. “Contame” insisto. “Me da curiosidad”. Se toma su tiempo. “No hace mucho conocimos a unos chicos en una bailanta” dice finalmente. Pero no dice más. Su manera de contar algo es soltar el dato central, el resto hay que imaginárselo. “Esto es por ahora” agrega. “Cuando nos casemos se acabó”. “Claro” digo con tono de que me parece una razonable decisión.

Vuelve Nelly. Desnudita como está se acomoda entre nosotros. “¿Te gustan mis tetas?” me pregunta con cara de nena pícara. “Preciosas” le digo. “Dan ganas”. “¿De qué?”. “De muchas cosas”. Se vuelve hacia el Pito: “¿Viste, Pito?”. Y a mí: “Pito dice que soy demasiado tetona para ser tan petisa”. “Dejá de decir bobadas” exige el Pito. El angelito está otra vez empalmado. ¡Dulce pájaro de la juventud! Nelly lo empuña y lo descapota. Sacude el glande. “¿No es recabezón?” me pregunta. La mano de Nelly cubre y descubre una y otra vez la bellota. “Cada vez que te la veo... me hace una guñada... y se me hace agua la boca” ronronea, francamente poética. El muchacho se

coloca entre sus piernas y la penetra. “Despacio, que estoy sequita” pide, mimosa. A poco de cabalgarla se ve en el rubor de sus mejillas que ya no está seca. Le abraza la cintura con las piernas y ronronea de placer. De pronto el muchacho se retira y se para al costado de la cama. “Dame la cola” dice. Ella obedece, poniéndose en cuatro. El pibe humedece una vez más la verga en la vagina y después busca el ojete. Es revanchismo, pienso. Quiere el empate. Lo necesita. Para no ponerse celoso. Nelly mete una mano entre sus piernas. “Dejame a mí” pide. Y después “Ahora” dice.

Veo en el primer plano que tengo de su rostro el gusto que le da. El Pito la toma de los hombros y arremete con fuerza. “Así, papito” dice ella. Siento hormigueo en el gusano. Lo tireo un poco. Veo que pugna por levantar cabeza. Me pongo de manera de ofrecérselo. No tarda en buscarlo con la boca. Lo chupa y lo mordisquea. Pero el Pito no está para compartir. La cogida que le está dando no la deja concentrarse. Termina por soltar lo mío. Se pajea. Su rostro se transfigura a medida que trepa la cuesta del orgasmo. El chico se la coge con los dientes apretados, dándole con todo. Me pajeo. No logro una gran erección pero mi final es inminente. “Chupá, Nelly” gruño y le bajo la cabeza. Apenas estoy en su boca, así como estoy, erecto a medias, acabo. Nelly acaba entonces, con un grito que se enrosca una y otra vez en espiral. Su boca abierta babea mi semen. El Pito acaba con un gesto tenso en la cara, como si estuviera estrangulando a alguien. Quedamos tensos los tres, inmóviles, jadeando. Fue todo muy loco, muy violento y breve.

Nelly alivia la tensión riéndose. “Ay, mi culito” dice y se deja ir boca abajo sobre la cama. “¿Alguien más me quiere romper el culito?” pregunta riéndose. “¿Querés más?” fanfarronea el Pito parado junto a la cama, todavía perfectamente erecto. Nelly se vuelve para mirarlo por sobre el hombro. “¿Acabaste?” le pregunta. “Si, pero tengo más” dice el muchacho blandiendo el miembro como si fuera una porra. “No, dejá, Pito. Ya está” dice ella. Pero no estaba para Pito. Se arrodilla sobre la cama y vuelve a metérsela en el culo. Sentí que ese plus era para mí. Bravata para mí. Se puso a darle, apoyado en las manos y las rodillas. Tenso su cuerpecito de laburante, sudando a mares. Quiere acabar otra vez. “Ta, Pito. No me cojas más” pide Nelly. Pero Pito sigue. Parece que le fueran a reventar las venas del cuello. Le da con todo, como si quisiera alcanzar el fondo inexistente del culo. Nelly se llena las manos con el cubrecamas. Cierra los ojos. Su gesto es de dolor, o al menos, no de placer. Me pregunto si intervenir, si pedirle clemencia al titancito. En ese momento el Pito la saca y, jadeando, suelta unas gotas de semen sobre la espalda de Nelly. Me mira, desafiante. Me mira como si acabara de hundirle un puñal en las tripas a su peor enemigo. Entiendo que es el precio. Es lo que él necesitaba para quedar a mano.

El Pito se derrumba. Hunde la cara en la almohada. Parece fulminado. Le saco el pelo a Nelly de la cara. Me mira y me sonrío. Las cabezas de ambos están al alcance de mis manos. Los acaricio. Siento ternura hacia ellos. Soy, digámoslo, propenso a la ternura. El Pito inmóvil, como dormido. Nelly toma mi mano y la besa. Ve que estoy emocionado. Me hace un gesto con la cabeza como preguntando “¿Qué?”. Le sonrío. Acaricio las espaldas empapadas de los dos. En parte lo que me emociona es la belleza bestial de todo aquello. Animalitos hermosos existiendo en toda su plenitud, para mi mirada. Capaces de dar, por puro instinto, su juventud en espectáculo. Se me llenaron los ojos de lágrimas ante la maravilla fugaz de aquel instante.

Cuando el Pito fue a darse una ducha me vestí y me pedí un taxi. Me pareció buena onda dejarlos un rato disfrutando a solas las maravillas del Palacio de Venus. Le expliqué a Nelly que no se apuraran y que para irse se pidieran un taxi. “Aquí les dejo para el taxi. ¿Necesitás para algo más?”. Nelly me sonrió con ojos de sueño. “Dame un beso” pidió. Le di un beso en la frente. Un beso paternal. Sí, obvio... la paternidad frustrada... Pagué dos horas redondas. Les quedaba un buen rato para remolonear. Pagué las bebidas. “Si los chicos consumen algo más me lo cobra en la próxima” arriesgué, canchero. “No hay problema” aseguró el calvo, estirando el manubrio con una gran sonrisa. “Si quiere estar seguro de conseguir la habitación que le gusta puede llamarme antes y reservarla” dijo. Un buen trabajo atender a gente que llega contenta y se va contenta, pensé. Hice todo el camino a casa envuelto en una nube de delicia y sintiéndome un poco filósofo. “¿Cómo nunca me había dado cuenta de las posibilidades de felicidad latentes en las personas comunes y corrientes que lo rodean a uno?” me preguntaba. Así de bobón se pone uno en ciertas circunstancias. Embalado como soy, o como me he vuelto, me puse a pensar en alguna manera espléndida de demostrarles mi agradecimiento a los dos angelitos. Agradecimiento no por el polvo sino por la epifanía.

**LA VENDEDORA DE TELAS**

## SÁBANAS, CORTINAS Y MANTELES

Fui a comprar sábanas. Había seguido durmiendo en las sábanas en las que durante años Celina y yo habíamos dormido, hecho el amor y sudado nuestras fiebres. Las mismas en las que Celina había agonizado y muerto. En realidad nada en la casa había cambiado desde su partida. Una conducta obviamente fetichista. Era una manera de seguir estando con ella a través de los objetos que ella había elegido y cuidado. Por supuesto que a esa altura de mi viudez yo estaba buscando dónde “poner” a Celina para que, desde ese lugar, en total comodidad para mí y para ella, me siguiera acompañando hasta el fin de mis días, sin obstaculizar lo que la vida pudiera aún tener de bueno para darme. Estaba buscándole un altar, digamos. Pero la “reubicación” de Celina seguro que no pasaba por seguir durmiendo en esas sábanas transparentes de tan gastadas, y pobladas de motivos florales y frutales tropicales lavados y vueltos a lavar hasta llegar a la palidez fantasmagórica.

De manera que fui a comprar sábanas. Fui apenas pasado mediodía, que es cuando menos trabajan los comercios y mejor atención recibe el cliente. La mujer que se adelantó para atenderme era una bella mujer. No bella porque fuera rubia como un trigal, ni porque sus ojos fueran celestes como un cielo de verano, ni porque su cuerpo ondulado y ondulate provocara instantáneamente el deseo de dejar el alma recorriéndolo. Nunca fui de embobarme por causa de las rubias de ojos celestes y cuerpo de sirena. Tampoco bella porque estuviera en esa mediana edad en que una mujer verdaderamente hermosa alcanza su perfecta sazón, momento en el que se desprende de su edad, y parece no tener ninguna edad, como los ángeles. La impresión de belleza... de sublime, podría decir... sí, de sublime... me la causó el aura de serenidad que la rodeaba, que se expresaba superlativamente en la delicadeza y en la dulzura de sus maneras.

Pero no, no era sólo eso... En realidad al verla tuve la sensación... inasible... imprecisable como una figura en la niebla... de que su alma estaba habitada por un misterio. Sí, la esencia enigmática de su ser fue evidente para mí desde el primer momento, como si ella hubiera venido pregonándola a voz en cuello. En el abismo de sus ojos oceánicos había... tristeza. Lo supe con tanta precisión como el adivino cuando ve el futuro en su bola de cristal.

Cuando dijo “Buenas tardes ¿en qué lo puedo ayudar?” no fui capaz de articular una sola palabra. Se quedó mirándome, paciente, como si comprendiera perfectamente la naturaleza de mi súbita afasia. La sonrisa que apareció en sus labios era una sonrisa de pura inteligencia. Sólo después, cuando conseguí reaccionar y le explicaba que quería sábanas blancas y de puro hilo natural, como las que mi madre me almidonaba de chico, cuando sonrió comprensiva, como si en sus manos estuviera devolverme aquella cama tibia y fragante de la infancia remota y perdida, recién entonces comprendí que ella había calado perfectamente la impresión que me había causado su mera presencia... Me hago cargo de que este elogio que hago de Fiorella –así supe, después, que se llamaba– puede parecer desmesurado. No lo es. Desde entonces he visto a otros padecer su mera

presencia de manera similar. El deslumbramiento ante su belleza... la fascinación ante su misterio...

Al hablar se frotaba suavemente las manos, no como si tuviera frío, sino con las manos planas, abiertas, como si se deleitara en la sensibilidad de la palma de sus manos. No llevaba anillo. Está sola, pensé. Y de inmediato me pregunté: ¿cómo es posible que alguien como ella esté sola... sin pareja... solitaria...? Viuda no era, calculé. Las viudas respetables –y ni se me ocurrió pensar que ella no lo fuera- se dejan la sortija. Yo llevo la mía. Me mostraba las telas de mejor calidad, explicándome sus virtudes, con tanta paciencia, tan sin apuro, que llegué a concebir la idea de que le daba tanto placer mi presencia como a mí me daba la suya. ¿Sería posible? A riesgo de parecer uno de esos jubilados rompebolas que se les cuelgan a los empleados de los comercios porque están aburridos y no tienen nada mejor que hacer, yo estiraba la situación al extremo, con nuevas preguntas. Cuando nada más podía ya ser dicho acerca del ítem sábanas pasé al ítem cortinas. Sin duda que las cortinas de casa necesitaban también ser renovadas.

Probablemente no me hubiera puesto tan... insistente... iba a decir, tan necio... de no andar envalentonado con mis conquistas de barrio. Pero además, en ningún momento cambió mi impresión de que estaba encantada perdiendo el tiempo conmigo. La sonrisa por momentos se le acentuaba, como para indicarme que no la engañaba, que tenía perfectamente caladas mis intenciones. Para cuando pasamos al ítem fundas para sillones estaba ya explicándole que habiendo transcurrido el primer lustro de mi viudez me encontraba en la circunstancia de necesitar cambios en el aspecto de la casa. “Podemos enviar una persona a su casa para sugerirle esos cambios” dijo entonces. “Sin costo extra” agregó. Entonces le sonreí de oreja a oreja –me salió espontáneamente-, como la araña a la mosca, y me quedé mirándola de tal manera que debió de adivinar lo que iba a decir antes de que abriera la boca para decirlo, a menos que fuera neófita absoluta –pero que una belleza como ella fuera neófita absoluta, a su edad, sería monstruoso. “¿Podría ser que fuera usted quien viniera a casa a darme consejos?” pregunté finalmente, dando –según yo- el golpe de timón en el momento preciso. Ella sonrió otra vez, apreciativamente, como si festejara mi timing. “No sé si tengo horas disponibles, en todo caso hay empleados muy preparados...”. “Preferiría que fuera usted, ya sabe cómo es esto... la confianza... y estoy convencido de que usted entiende lo que necesito” la interrumpí, audaz como el Amor, o sea: al borde –otra vez- de la necesidad. “Permítame” dijo, y se alejó hacia la zona de Caja del mostrador. Habló con una mujer mayor, que me miró de reojo. La mujer sacó un cuaderno y anotó algo, después volvió a mirarme. Le sonreí y le hice una gentilísima inclinación de cabeza, queriendo hacerme el simpático por si era la dueña. Mi sirena volvió a mi lado y simplemente dijo “No hay problema”.

De manera que dos días después, a la hora fijada, Fiorella hizo sonar el timbre de la puerta de mi casa. Hacía mucho frío. Debajo de un sobrio abrigo llevaba un tailleur gris y una blusa blanca. Cargaba un maletín repleto de muestras de telas y de catálogos de colores y estampados. La casa estaba impecable. No confiando en la limpieza habitual de los sábados hice que Blanquita viniera entresemana y le estuve encima para que no quedara nada sin trapear, aspirar o lustrar. Con Fiorella recorrimos toda la casa discutiendo cada detalle que su consejo pudiera abarcar. “Su esposa tenía buen gusto” concedió. “Sí” respondí, y quizá soné dubitativo. Estando no lejos de la hora del té, tenía yo todo preparado como para que aquella vista de trabajo resultara en algo más que una visita de trabajo. Sentada en un sillón del living, junto a la estufa de leña, que



tenía encendida desde mediodía, bebiendo un té de durazno en la porcelana alemana que Celina heredara de sus padres, Fiorella tomó nota de lo hablado para prepararme un presupuesto, instalación incluida de las cortinas.

Se sentaba muy erguida, los hombros hacia atrás, aunque sin exageración, la frente alta. Las rodillas, huesudas, juntas y tan apretadas que blanqueaban sus medias de nylon negras. Todo en su actitud física invitaba a un trato muy formal. Es un terreno en el cual, en realidad, no estoy a disgusto. “Con el frío que hace le hubiera ofrecido un chocolate caliente” dije “pero según ciertos protocolos el chocolate es una bebida hogareña que no corresponde ofrecer en una primera visita”. “No conocía ese precepto” dijo, a la vez interesada y divertida por lo riguroso de la norma. “Es que seguramente que el manual de cortesía que yo consulto es mucho más antiguo que el suyo” le ofrecí a manera de piropo. “Debo decirle, Fiorella, que todo lo que llevamos hablado en cuanto a redecorar mi casa, me encanta, y que considero que su sentido del gusto es realmente impecable” declaré, untuoso. “Me alegra que esté satisfecho” dijo. “Mañana mismo le envío el presupuesto. Tenga en cuenta que puede resultar un poco caro” dijo, seguramente que tomando en cuenta la sencillez de mi morada. “Por eso no se preocupe” respondí evitando todo alarde. Le serví más té. Noté que me observaba, quizá un poco sorprendida, estudiándome. Disolvió un terroncito de azúcar con un tintineo de porcelana. Alabó la porcelana y le expliqué el origen. “Yo también heredé porcelana” dijo. “¿También de sus suegros?” pregunté, con una sonrisa franca que no dejaba lugar a dudas sobre mi intención ni margen de maniobra a sus evasivas. “No soy casada” respondió, escueta. “¿Ni viuda?” insistí. “Ni viuda” confirmó, halagada quizá por mi estocada a fondo.

En tiempos más heroicos, seguramente que semejante encrucijada de palabras me hubiera autorizado a rematar el punto con un piropo ya lindante con el cortejo. Pero en los tiempos que corren cualquier licencia en ese sentido —máxime teniendo en cuenta su edad— puede eventualmente chocar con el malhumor de una lesbiana ofendida. De manera que me limité a acercarle el plato con galletitas. Piano piano. En todo caso tenía claro que una mujer de su belleza y distinción, a su edad, si no se había casado sólo podía ser por alguna razón de peso, si no de fuerza mayor. Pretendientes no podían haberle faltado. ¿Sería lesbiana?

El té no dio para mucho más. “Me gustaría que cumplido el encargo me concediera usted el honor de volver a visitarme, para comprobar lo adecuado de sus sugerencias” le dije al acompañarla a la puerta mientras hacía sonar su bocina el taxi que pedí para ella. Calzándose los guantes sonrió discretamente, juzgué que complacida por mi último recurso. “Con mucho gusto” dijo “pero va a tener que ser fuera de mi horario de trabajo. No está prevista una visita de inspección”. Y el viento se la llevó hacia dentro del taxi. Hubiera querido tener auto para ofrecerme a llevarla. Tuve auto. Sucedió que cuando Celina estaba en los comienzos de su enfermedad tuve un pequeño accidente, sin consecuencia alguna, pero que disparó en ella tal ansiedad que tuve que venderlo. No hubo manera de disuadirla. Afirmaba, no sin razón, por supuesto, que las calles están cada vez más repletas de conductores irresponsables. De una cosa quedé seguro aquella tardecita, y era de que Celina le hubiera dado a Fiorella el cien por ciento de aprobación... que ni de chiste le hubiera dado ni a la mujer esclava ni a la panaderita. Es más, las imaginé fácilmente, a Celina y a Fiorella, cultivando una amistad.

## ALGO DIFERENTE

A veces, cuando me da pereza recorrer una vez más los metros y metros de góndolas, o cuando el súper está de ofertas –todo a 10, o a 20- y las cajas se saturan de jubilados ávidos por achicar –ilusoriamente, por supuesto- las brechas de sus déficits, voy al almacén del chino –coreano, en realidad. Al entrar allí un día, a media mañana, me encontré con la mujer esclava y sus dos niños. Evidentemente estaban en una escala técnica, de camino a la escuela, ya que los niños cargaban con sus mochilas escolares y lo que estaban comprando eran alfajores y leche chocolatada. Los niños, de verme todos los días al pasar frente a mi casa, me reconocieron y se quedaron mirándome. El grande con el ceño muy fruncido, como si, de pronto, hubiera adivinado. ¿Son tan perceptivos los niños? Ella, por supuesto, hizo como si no me viera. Imposible que no me viera, claro está, porque en el bolichito del chino hay que pedir permiso para moverse. Yo sí me quedé mirándola, sonriente. Aquello era un placer inesperado y mi actitud natural fue paladearlo. Como el mayor me seguía mirando feo lo miré y levanté las cejas en muda interpelación. Se puso colorado y miró al piso.

Ella se sacó los guantes de lana y, deslizando una mano en el bolsillo de su sempiterno sacón verde, sacó un billete de mil, flamante y crujiente. Uno de los míos. Lo supe porque cuando lo hubo puesto sobre el mostrador, finalmente me miró a los ojos fugazmente. Había un poco de desafío en su mirada. Como si me dijera “No deberías de estar aquí”. Quizá le molestaba que yo supiera que con aquellos billetes verdes y aún oliendo a tinta –los olí al salir del banco- compraba golosinas que sus niños comerían en el recreo. A duras penas pude reprimir la estúpida tentación que sentí de recuperar ese billete de manos del chino y devolvérselo a la mujer esclava diciéndole “Tomá, te lo di a vos, es tuyo”. Me sorprendió tanto tener semejante ocurrencia que, cuando el chino me preguntó qué quería, no pude recordar qué era.

Sobre las dos de la tarde sonó el teléfono. Atendí. No hablaba. Oía su respiración, muy suave, pero aún así, agitada. No como si hubiera subido corriendo una escalera, más bien como si el mero hecho de establecer comunicación conmigo, o sea, el mero hecho de ponerse la piel de su otro yo, la perturbara, tensando las cuerdas íntimas de su ser. Después de un par de “holas” yo también quedé callado. Ignoro cuánto tiempo estuvimos así, como adolescentes enamoriscados que se llaman en medio de la noche y que no hablan porque ya se han dicho todo, o para no despertar a sus progenitores. Pero no éramos adolescentes enamoriscados. Lo que poblaba nuestro silencio no tenía nada que ver con la necesidad de amar, de dar el alma, de abolir el peso del mundo. Tenía que ver más bien con una especie de... pacto... de pacto transgresor, vagamente criminal... una especie de complicidad cuyo objetivo era negar que se sea... lo que supuestamente se es... o sea, alguien incapaz de construir un secreto en el que pueda no haber límites. Oyendo nuestro silencio palpé la naturaleza potencialmente ilimitada de nuestra complicidad... era una complicidad que podría llevar a cualquier parte... al peor de los crímenes, inclusive. Pero no. No haríamos eso. Jugaríamos con los límites, probaríamos los colmillos, como los cachorros... pura terapia, válvula de escape, fuegos fatuos... fantasmas desfogados en la hora de la siesta... sí, sabríamos detenernos. Era lo

que ella buscaba... necesitaba... otros límites... para eso me quería... su silencio me lo decía. Y yo jugaría el juego... por ahora al menos. Mi silencio se lo decía.

“¿Quieres que nos veamos?” terminé por preguntar. “No sé lo que quiero” dijo con voz sofocada por una especie blanda de angustia. “¿Estás como loca?” bromeé como para aflojarla un poco. “Sí... como loca” confesó, quizá aflojándose, quizá sonriendo. “¿Qué quieres?” pregunté, como si fuera yo el genio de la lámpara de Aladino. “Quiero algo diferente” musitó, tan bajito que tuve que esforzarme para entender lo que había dicho. ¿Algo diferente? me pregunté. ¿Cómo qué? ¿Cómo el numerito de durante la misa? Se instaló otra vez el silencio. No sabía qué hacer, qué decirle. Si ofrecerle desde ya un menú de fantasías... de excesos... Mejor empezar por encontrarnos: ahí veríamos, desataríamos el paquete juntos. “¿Cuándo nos vemos?” pregunté. En ese momento me llegó, tan nítido como si fuera en casa, el timbre del intercomunicador de su apartamento. Sin decir palabra dejó el teléfono sobre una mesa de madera –plástico sobre madera: inconfundible- y la oí alejarse. Después la oí decir “¿Quién es?” y “Adelante, pase”. Después volvió al teléfono. “Te llamo” dijo, y cortó.

No llamó. Llegó el fin de semana. Fui a misa. Ahí estaban. Seguí el oficio desde la última fila. Me fui cuando comulgaban. El lunes no la vi pasar con los niños. Ni volver. Y el martes tampoco. Algo pasaba. ¿Qué? El miércoles un comentario de mujeres en la carnicería me resolvió el misterio. Eran las vacaciones de julio. No la vería pues, por lo menos durante una semana, ya que estaría con los niños todo el tiempo. Fue por entonces que le inventé un nombre a la mujer esclava. Sentí necesidad de que tuviera un nombre. Aunque más no fuera para poder, también a ella, nombrarla con verdadera delectación al cerrar los ojos para dormirme, como nombraba a Nélida –así prefería nombrar a Nelly en mis ensueños- y a Fiorella. La llamé Miroslava. Me parecía un nombre evocador... romántico... misterioso... Miroslava... caballos al galope, volando sobre una pradera, polen en el aire, sol abrasador y gordos abejorros. Miroslava... Nélida... Fiorella... me dormía musitando sus nombres, dejándome permear por sus recuerdos, por su belleza, por sus abrazos. Como un niño que cierra los ojos para dormirse al final de un día lleno de regalos.

## UNA MUJER COMO ÉSTA

Llegó el encargo de telas: dos juegos de sábanas y fundas, cortinas para todas las ventanas y para el baño, fundas para los sillones, almohadones para todos los sillones y de todos los tamaños, manteles y servilletas. Se pasaron un rato largo instalando las cortinas, y después –ya anocheciendo- la experta hizo acto de presencia para recoger los aplausos. Chequeó cada costura, comprobó que las cortinas se deslizaran suavemente y que la funda de los sillones rozaba la alfombra pero sin apoyarse en ella. Hizo un gesto apenas perceptible de contrariedad cuando vio que la funda de la tapa del water –idea suya, para sentarse y secarse los pies después de la ducha- era un pelito más corta de lo que debía ser. Me aconsejó poner en la pared de la bañera un pasamanos para reducir el riesgo de caídas. Yo la seguía de un espacio al otro como pez encandilado. En la cocina se enojó. “Esta no es la tela que indiqué” exclamó. “Bueno, no importa, están muy lindas igual” contemporicé. “No lo digo por el color” me explicó, paciente. “Las cortinas de la cocina tienen que ser de una tela más firme, porque hay que lavarlas a menudo”. “Sí, claro” tuve que coincidir. “Van a venir a cambiarlas” dictaminó. “Sea” acepté “pero que un detalle no nos arruine el festejo”. Sonrió, aflojándose. “No sabía que íbamos a festejar”. “Casa nueva, vida nueva” dije, forzando un poco el sentido del dicho popular. Y al decirlo, más allá de nuestras sonrisas, oí suspirar al fantasma de Celina atrincherado en el último rincón de la casa.

“¿Vermouth, jerez, espumante?” ofrecí. Aceptó jerez. “Considérese en su casa, Fiorella, mientras yo sirvo”. Ya tenía todo preparado: maníes, bastoncitos y sándwiches de Carreras. Fiorella hizo una escala en el baño y luego se sentó junto al fuego. Dispuse la comida sobre la mesita para copetín. Las piernas muy juntas de Fiorella, casi pegadas, se vencieron hacia un lado -hacia la izquierda, puesto que es diestra- cuando se inclinó para recoger un sándwich con una servilleta de papel. Muerde chiquito y mastica con discreción. Esconde la boca tras los dedos para hablar comiendo. Suspira. “¿La verdad? Estaba muerta de hambre. Hoy llegué a las diez de la mañana y no paré en todo el día”. Celina hubiera admirado sus modales. Celina también era toda una dama, pero no era tan... mujer. Los hombres no se detenían para verla pasar, como se detenían –no tengo duda- para ver pasar a Fiorella. Observó al trasluz su copita antes de beber el jerez. “Preciosa” dice. “Parece pesar menos que el aire. Parece dibujada en el aire”. Respondí a su licencia poética con una sonrisa apreciativa.

Tener una mujer como esta en casa... pensé. Mi vida cambiaría... Por cierto, tendría que adaptarme. Ciertos descuidos y abandonos propios de un viudo solitario tendrían que acabarse. Quizá al principio sería como vivir frente a un espejo, consciente de cada uno de mis actos. Hasta acostumbrarme. Así pensaba, deleitándome con la idea. Quizá no sería imposible tenerla, calculé. Al fin y al cabo ya era la segunda vez que me visitaba y compartía conmigo una colación. Tal cosa no sucedería si no hubiera una cierta... propensión, digamos. Su aquiescencia me parecía un mensaje, y el mensaje era... que el asunto estaba en mis manos. Claro: tampoco era cuestión de zambullirme en un compromiso así como así. Sentía la tentación de... probar... aquella mujer tan bella, tan perfecta... de probar aquel gâteau tan bien presentado. Darle una probadita... como quien muy solapadamente recoge, al pasar, con la punta de una cucharita, una muestra

del chantilly de la torta. Porque... ¿cómo decirlo?... a decir verdad... las deliciosas apariencias eran también... inquietantes. ¿Cómo era posible que nadie hubiera sometido a esta encantadora dama al cepo matrimonial? Porque para soltera... justo era admitirlo... estaba pasada de fecha. ¿Qué era lo que le faltaba o le fallaba? ¿Qué era lo que la hacía... descartable? ¿Habría sido ella la que se negó a compartir su vida? ¿Cuál era el secreto de su misterio, de la tristeza en lo profundo de su mirada?

Conversamos... como se conversa en esas circunstancias, o sea: manteniéndonos a prudente distancia de cualquier tema indiscreto y en la superficie de los temas aceptables. Bebió tres copitas de jerez en los tres cuartos de hora de nuestra tertulia. En absoluto noté que se achispara, ni en lo más mínimo. Se declaró finalmente muy cansada y deseosa de llegar a casa, sacarse los zapatos y darse una ducha bien caliente. Ya esperando el taxi me recordó que en unos días pasarían a cambiar las cortinas de la cocina. A esta altura de la cosa no me costó nada, me pareció perfectamente natural preguntarle si podía llamarla un día de estos para invitarla a cenar. Sonrió y me miró a los ojos. Creo que, no sin sorpresa, se dio cuenta de que yo reconocía en el fondo de su mirada el poso de tristeza. Sostuvo la mirada lo suficiente como para que se notara que empezaba a ponerme nervioso. “Si. ¿Por qué no? Llámeme” dijo cuando ya el taxi se detenía a sus espaldas.

## DOS SOLUCIONES

Prácticamente en el mismo momento supe qué regalo de bodas le haría a Nelly y al Pito y cuál sería el “algo” diferente que le ofrecería a Miroslava. “Paquete especial Luna de Miel en Cataratas” leí al pasar frente a la vidriera de una agencia de viajes. Me pareció el regalo justo. Y a la vez, o casi inmediatamente, pensé: “Ellos son ese algo diferente que le puedo ofrecer a Miroslava”. Lo del regalo se lo diría más adelante a los chicos, para que no se sintieran obligados para conmigo. Comprar a la gente es feo. El otro asunto se lo tiré a Nelly esa misma tarde.

Era la hora de los bizcochos y la panadería estaba llena de gente, de manera que se lo expliqué con pocas palabras, a base de alusiones y sobreentendidos, y —por supuesto, ya que, para empezar, yo mismo no la conocía— sin revelar la identidad de la invitada. De inmediato se mostró encantada. “¿Y el Pito? ¿querrá?”. “Por supuesto. Yo me ocupo”. “Pero tiene que ser temprano de tarde. El Pito tendría que faltar al laburo. Y vos también”. “El Pito no falta nunca, y labura como un burro. Nadie va a decirle nada. Vos dejame a mí”. “¿Y vos?”. “Si arreglás para un lunes no hay problema porque la panadería cierra los lunes. Si no, ya veré. No hay problema”.

Al darme vuelta para ir hacia la caja, con sobresalto -y pico- comprobé que Miroslava estaba ahí con los niños. Creo que no me vieron. Los niños tenían las narices contra la vitrina de los bizcochos eligiendo los que pedirían. Pagué y al recoger mi bolsa vi que Nelly los estaba atendiendo. Maravilloso verlas juntas. ¡Sin saber lo íntimas que llegarían a ser! (O que yo me había propuesto hacerlas). Estuve a punto de revelar a Nelly con un gesto, con una mirada, que la mujer que estaba atendiendo era la implicada. Me contuve. Mejor la sorpresa. Como para premiarme por la creatividad Nelly me puso esa vez cuatro de yapa: dos cañoncitos de dulce de leche y dos donas de chocolate. Loca... la van a descubrir y la van a despedir, pensé. Me cené aquellas delicias con un té con leche.

## MELOMANÍA

Cuando unos días después llamé a Fiorella me dijo: “Estaba a punto de llamarlo para invitarlo a un concierto de órgano, mañana en los Capuchinos”. Acepté encantado, confesándole que sería mi primer concierto de órgano de iglesia. En realidad no soy ningún melómano. Aborrecí el rock cuando tenía edad para amarlo. Después, Celina mediante, me acostumbré a los “clásicos”, en la modalidad muzak. Esa noche soñé con Fiorella. Raro, porque no soy de soñar con conocidos. Fue un sueño, por lo menos, inquietante. Nada sucedía. Nada más nos mirábamos a los ojos. Pero la mirada de ella era de una terrible fijeza. Me parecía como que quería dominarme, posesionarse de mi espíritu. Me parecía caer dentro de su mirada, como si fuera un pozo sin fondo. Y cayendo me decía a mí mismo, como asombrado “No es tristeza, no es tristeza”. O sea: creía descubrir que esa cosa extraña, enigmática, que desde el primer momento me impresionó en su mirada, era otra cosa, no era tristeza como había creído. ¿Qué era entonces? No lo supe. El sueño no me lo decía. Pero el supuesto descubrimiento tenía el sabor inquietante de una advertencia.

Llegué minutos antes y la esperé en el atrio. Ya había anochecido y hacía mucho frío. La concurrencia era respetable, no tanto en número como en edad. Todo el mundo con abrigo pesado, sombrero y guantes. Fiorella -las manos en un manguito de piel moteada y cubierta la cabeza con un sombrerito de la misma piel, adminículos heredados de su abuelita seguramente- subió a paso rápido la corta escalinata y, con total naturalidad, ya en plan amigos, me ofreció la mejilla, que rocé con la mía. “Va a helar esta noche” dijo, empujando la puerta de batientes. Y después: “Espero que estés bien abrigado, porque aquí dentro no podés desabrigarte, y a la salida va a estar cruel”, inaugurando así, sin más trámite, el tuteo.

En la deliciosa compañía de Fiorella me encontraba en el mejor de los ánimos para una nueva experiencia musical. Lo primero que sorprende en un concierto de órgano de iglesia es que el público escucha dando la espalda al concertista. Apenas nos sentamos y abrimos los programas la música comenzó. Lo segundo que sorprende es el volumen impresionante de la masa sonora. No pude sino volverme para echar una mirada a la monstruosa, rugiente máquina musical. Fiorella me miró de reojo, con una sonrisa burlona dibujada en los labios. Evidentemente disfrutaba la ingenuidad de mi reacción. “Caracoles” susurré, dispuesto a halagar su ego de melómana. “Buxtehude. De él aprendió Bach” musitó inclinándose hacia mí. Olía a toda una dama. ¿Pudiera ser posible que se hubiera puesto ese perfume maravilloso simplemente para salir conmigo?

Dura, densa y grandiosa la marea sonora llenaba la nave de la iglesia y se perdía en la oscuridad de las alturas. Barras, barrotes y bloques sonoros sucediéndose nítidos y distintos en una geometría hecha de simetrías y repeticiones. Si la sucesión se aceleraba las barras y los barrotes se deslizaban unos sobre otros hasta llenar clamorosamente todo el espacio sonoro disponible. El conjunto de la cosa estaba diseñado para comunicar una idea concluyente de grandiosidad. De pronto, punto. Silencio. Respiré hondo. “Ahora Pachelbel” musitó mi cicerone. Y así siguiendo con media docena más de maestros del órgano anteriores a Johann Sebastian. Para aplaudir el público se puso

de pie y se volvió hacia el balcón del órgano, en el cual, como surgiendo por levitación, pequeñita, demasiado pequeñita como para cargar con semejantes vastedades sonoras, fue apareciendo, sonriente como una muñequita, la concertista, que agradecía los aplausos con graciosas inclinaciones de cabeza. Fiorella se sacó el manguito para aplaudir. Yo empecé –como un esquimal- aplaudiendo con los guantes puestos, después me los saqué, motivando otra sonrisa burlona en los labios de mi dama.

“Vivo a pocas cuadras” dijo apenas estuvimos en la calle. “Y preparé algo para cenar”. Caminamos hacia el Centro, dibujando columnas de vapor en el aire húmedo y quieto. Fiorella me hablaba de órganos verdaderamente grandes –no como el de Los Capuchinos- que oyó en catedrales de ciudades europeas. “¿Fuiste becada?” pregunté razonablemente. “¿Cómo becada?”. “¿Estudiaste musicología y te ganaste una beca?”. “No. Mi padre me llevaba con él”. “¿Tu padre era musicólogo?”. “No, era comerciante”. En la calle Ejido entramos en un formidable edificio de apartamentos de mediados de siglo. Calefacción central y portero uniformado las veinticuatro horas. Con su sueldo de vendedora de tienda no podía pagar ni los gastos comunes de semejante edificio. Cerré el pico, superado por las circunstancias. Apenas entramos en su apartamento se apersonó una doméstica que recogió nuestros abrigos y anunció que la cena estaba pronta para cuando la señora dispusiera. Los espacios eran por demás amplios y el mobiliario –elegante hasta rozar la ostentación- tenía la edad del edificio. Traté de no mostrarme deslumbrado. Pasé al baño –pequeño baño para visitas.

Bebimos martinis a manera de aperitivo. “Y bien” arranqué, ya entonado “me debés una explicación”. Ella sonrió apenas, previendo la pregunta. “¿Cómo es que vivís en esta maravilla de apartamento?”. “La respuesta es sencilla. Vos mismo podés deducirla” dijo, invitándome a resolver el enigma. Odio este tipo de adivinanzas. Se me pone la mente en blanco y nunca acierto. Esta vez empecé acertando. “Heredaste”. “Dolorosamente. Mis padres murieron en un accidente”. “Pero” insistí, reincidiendo en la necedad “¿cómo podés vivir aquí con tu sueldo de empleada?”. “La respuesta también es sencilla”. Entonces se me hizo obvio lo evidente, o evidente lo obvio: toda su apariencia era la de alguien de clase media alta. O alta, sin más. “No trabajás en esa tienda. La tienda es tuya”. “Excelente deducción” dijo, lánguidamente divertida. “Estás ahora en condiciones de aspirar al premio mayor”. “O sea... tengo que adivinar por qué trabajás ahí como vendedora...”. Asintió con un movimiento de la cabeza. ¿Por qué podía ser? “Por capricho” sugerí. ¿Por qué si no? Fingió disgusto. “Me subestimás. Tengo mejores razones para hacer lo que hago”. No supe qué decir. “Lo hacés porque te gusta” propuse. “Ha llegado a gustarme. Era una chiquilina cuando mi padre me llevó a trabajar a la tienda. Me enseñó que el corazón de su negocio era el contacto con el público. Él mismo lo hacía: por la mañana trabajaba en la oficina y por la tarde en el salón. Yo hago lo mismo”.

Cenamos en el comedor de diario. Soufflé de camarones y ensalada de pomelo y berro, limonada para beber. Coincidimos en que el sonido del órgano rebotando en la nave de una iglesia no se compara con nada. “Ese gusto también se lo debo a mi padre” contó. “Me llevaba en sus viajes a Europa. Eran viajes de negocios, pero también de aficionado a la música, especialmente a la música de órgano. Financió la restauración de instrumentos aquí en Uruguay. Y la venida de concertistas europeos”. Volvimos al living para beber café. Se acercó a un mueble fantástico: un combinado Punktal de los años cincuenta, enorme y tan impecable como si lo hubiera comprado ayer. Abrió las puertas de la parte inferior, que estaba ocupada por una gran colección de vinilos de



larga duración. “Los discos de mi padre. Todo esto es Buxtehude” dijo, señalando un sector de la colección. Sacó un disco de la cubierta con la delicadeza de una coleccionista. Encendió el tocadiscos. Pensé que no era poca cosa que me hubiera invitado a oír un concierto del instrumento favorito de su padre que incluía piezas del músico favorito de su padre. Más señales de propensión no podía darme.

“El sonido es magnífico” comenté “pero no se compara con la experiencia directa”. “La música de órgano es la única en la cual la experiencia directa es insustituible” respondió. Y así pasamos el rato, departiendo amablemente. Me pidió que le hablara de Celina, y de mis rutinas de viudo y jubilado. “He aprendido, por suerte, que ni el duelo, por más profundo que sea, ni el retiro de la actividad laboral significan el final de la vida de un hombre. En las manos de uno está, a la edad que sea, recuperar el gusto por la vida” expliqué, y por cierto que mis palabras tenían para mí connotaciones que ella no podía imaginarse.

Bebido el café me pareció adecuado despedirme. “Sí, mañana es sábado” comentó “y en esta época del año es un día de mucho movimiento”. “Fue una hermosa velada” dije, ya abrigado y en la puerta. Y adelantándome a su gesto, puse mis manos sobre sus hombros y le besé una y luego la otra mejilla. ¡Se sonrojó y escondió la mirada! “Nos hablamos. ¿De acuerdo?” propuse. “Sí. Nos hablamos” musitó. Afuera helaba. Después supe que aquella había sido la noche más fría del año. Pero el frío no me hacía mella mientras subía hacia Dieciocho para tomar un taxi. Me sentía tan rebosante de energía como un colegial.

Después el entusiasmo dejó lugar a las preguntas, que se multiplicaban. ¡No sólo era bella, además era rica... o algo muy parecido! ¿Cómo demonios podía ser que nadie hubiera conseguido uncirla al yugo matrimonial? Y, por supuesto ¿cómo demonios podía ser que me diera bolilla a mí, un jubilado como cualquier otro? ¿Qué me veía? Porque, seré honesto, nunca me he considerado un tipo interesante. Nunca me pareció que hubiera en mí algo especialmente atractivo o interesante, y nunca me importó que así fuera. Quizá... quizá mi donjuanismo tardío de alguna manera me había cambiado, me había agregado algo... un aura... un aura seductora... ¡Absurdo!

## **LOS TÍMIDOS LIBERTINOS**

## ORGÍA

Mirolava llamó el mismísimo lunes, el día mismo del retorno a clases, finalizadas las vacaciones de invierno. Sin dejarme ver la vi pasar con los niños y luego regresar sola. A las dos en punto, como de costumbre, sonó el teléfono. Extraño, al fin y al cabo: ¿por qué siempre llamaba a las dos en punto? No había que darle muchas vueltas al tema para llegar a la hipótesis razonable. Su marido iba a casa a almorzar y a las dos salía de vuelta para el laburo. Ella espera a que salga, oye la puerta del ascensor, se asoma a la ventana y lo ve cruzar la calle. Entonces tdoma el teléfono y llama a su amante, o sea: a mí. Perfectamente trivial. “Soy yo” dijo, y como si ya esa afirmación la sumiera en cavilaciones, se quedó callada. “La última vez que hablamos pediste algo distinto” le recordé. Silencio. “Vas a tenerlo”. Silencio en el que oigo un suspiro hondo. “Es una sorpresa” me adelanté a aclarar, como si ella me hubiera pedido detalles. “Todo lo que tenés que hacer es confiar en mí” dije. Ni una palabra. Sólo me respondía el susurro de su respiración contra el teléfono. Quizá reculaba, quizá se había asustado, o no confiaba en mí, ni en nadie.

“Mirolava...” dije, olvidado de que me había inventado ese nombre “me dejaría matar antes de que te pasara algo desagradable”. “¿Por qué me llamás Mirolava?” preguntó, sorprendida, quizá perturbada. “Te inventé un nombre. ¿No te gusta?”. Silencio. Pensé que en realidad era una mujer frágil, que estaba jugando al juego peligroso de descubrir sus verdades ocultas, que cualquier malentendido podía cortar el debilísimo hilo que nos unía. “Así se llamaba mi abuela” dijo entonces, con una voz lejana, somnolienta. Un aroma a praderas interminables, al humo de las chimeneas del caserío, a trigales esclavos, a bizcochuelos esclavos, a lluvias primaverales, cruzaron las escasas dos cuadradas que nos separaban. La imaginé sumida en nostalgias de emigrantes, de mundos perdidos, de raíces quemadas por el olvido. La casualidad, el azar, adelantándose a cualquier argumento ¿me abriría del todo sus puertas? Quizá había tocado un nervio profundo, algún insondable secreto familiar. La oí otra vez suspirar hondo. “¿Cuándo nos vemos?” preguntó quedito. Ella me preguntaba a mí cuándo nos veíamos... por primera vez. Olvidé que Nelly prefería un lunes y acordé para dos días después, el miércoles. No sé por qué, pero por primera vez sentí que la aventura secreta que había entre Mirolava y yo de alguna manera nos comprometía, nos hacía solidariamente responsables de algo, aunque no supiéramos decir de qué... de su búsqueda interior... de los riesgos que corría, supongo.

La vi bajar una vez más por Paraguay escondida en su caparazón de hembra urbana y desdichada –sus viejas botas sin lustrar, sus viejos jeans descoloridos, la bufanda, el gorro y los lentes negros, y el sempiterno sacón verde. Me dio ternura, y me dio lástima. No sólo por ella, también por mí. Me dolía no poder comprarle una buena chaqueta de cuero, no poder adornar a mi amante, mostrarle en especies mi agradecimiento. Me pregunté si alguna vez, con el paso del tiempo, ya bien asentada en su doble vida, aceptaría tener, fuera de su casa, un vestuario... digamos, alternativo. Yo podría alquilar un lugar donde nos veríamos, lejos de curiosidades viciosas. Si eso fuera posible, y cuando eso fuera posible, ambos nos sentiríamos mucho mejor, seguramente. Pensé que

era lo mínimo que se merecía como amante. Nos metimos, como siempre sin palabras, en el primer taxi que pasó.

No hablamos ni una sola palabra, pero al taxista ese detalle, el silencio –eso creo- lo puso como loco. Nos miraba de continuo por el retrovisor, tanto como para chocar con lo primero que se le cruzara. En determinado momento, viendo que yo, hartado, lo miraba fijo, levantó la cabeza para mostrarme en el retrovisor ya no sus ojos, sino una sonrisa forzada y viciosa. Pensaba, sin duda, que yo había levantado a esta mina en la calle y que me la llevaba al tello. Idiota morboso... Me puse tan furioso con el payaso que no pude sino preguntarme por qué me molestaba tanto la mirada de estos anónimos obreros del volante, como dicen en los noticieros. Me gustó pensar que era sólo viajando con ella que me molestaban hasta la irritación, y que era por ella que me enojaba... porque quería protegerla... como si esos mirones pudieran hacerle daño, denunciarla, mancillarla. Suspiré hondo. Era absurdo... pero era mi manera particular y privada de ser absurdo.

Saqué del bolsillo cinco billetes de mil y se los dí, por lo bajo, fuera de la línea de visión del fulano. (Después me pregunté si en realidad sería así, por lo bajo, o a la vista del fulano, que ella preferiría ser pagada). Recibió el dinero. Estuvo un momento mirando los billetes en su mano enguantada. Como si dudara en recibirlos. O más bien, como deleitándose en el momento de nuestro juego en que ella aceptaba corromperse. Imaginé su vagina contrayéndose, y mojándose, el cosquilleo en la punta del pubis.

Nelly y el Pito debían estar ya esperándonos en la 27. Ni siquiera tuve que bajar la ventanilla del taxi. El hombre se limitó a hacerme un gesto –levantando el pulgar- para que siguiera adelante. Siempre, pero siempre, disfruté mucho de las situaciones discretas y que se resuelven con pocas o sin palabras. “La 27” le dije al taxista. Como de costumbre, bajando del coche Miroslava caminó rápido para evitar las cámaras de los paparazzi. La detuve justo cuando iba a abrir la puerta de la habitación. Le hice un gesto de guardar silencio. Le saqué el gorro y los lentes. Estaba desconcertada, un poco asustada, como un animalito que ha caído en una trampa. Le sonreí tan dulcemente como pude. Saqué del bolsillo un pañuelo de seda negra y se lo mostré. Cuando comprendió para qué era hizo a un lado la cabeza en gesto de rechazo. “Vos querías que fuera diferente” le dije quedito. Terminó por mirarme a los ojos. Acepté la mirada, no dije más. No haría más nada para convencerla. Respiró hondo y acercó la cabeza. Le ató el pañuelo sobre los ojos. “Por favor” dijo con un hilito de voz. Le besé suavemente los labios. El corazón no sólo a ella le saltaba en el pecho, también a mí. Era una imagen... impactante, infartante... me quemaba la cabeza verla con los ojos vendados... dócil, indefensa, asustada... pero decidida a seguir adelante. La besé otra vez en los labios. Le temblaban, fríos. No me devolvió el beso. Abrí la puerta y entramos.

Ciertamente que la venda sobre los ojos de Miroslava no tenía por finalidad preservar las identidades de Nelly y el Pito... aunque no tengo idea de cómo hubiera reaccionado Miroslava de haberse encontrado cara a cara con la chica que le vendía el pan cada mañana. Digo: en el supuesto de que Miroslava –zombi como era- fuera capaz de registrar y retener en la memoria los rasgos fisionómicos de la panaderita que la atendía. Cosa que dudo. Si algo caracterizaba a Miroslava era esa especie de ensimismamiento tan suyo. La venda, imaginaba yo, dispararía el lado romántico, exaltado de Miroslava. Su amante –quien pagaba por ella- la ofrecía ¿a quién? ¿a

quienes? Misterio. A desconocidos, sin rostro, anónimos. Si lo que ella quería era sensaciones inéditas difícilmente podría quejarse de no haberlas encontrado.

El espectáculo que me encontré al entrar en la habitación fue por lo menos estimulante. Nelly y el Pito estaban sentados en la orilla de la cama, ataviados ambos tan sólo con batas celestes, idénticas. ¡Ambos con batas —especie de saltos de cama-celestes! ¡Como si fueran un equipo! ¡Celeste! De todos los colores posibles e imaginables... Casi suelto una carcajada al verlos, carcajada que hubiera dado al traste con toda la ceremonia. La cara que puso Nelly al ver a la invitada me cortó la risa. A pesar de la venda la reconoció de inmediato. Abrió mucho los ojos y se tapó la boca al ver que yo le indicaba silencio. La mano nerviosa de Miroslava buscó mi mano y, encontrándola, la apretó. Empapada de sudor, la mano le temblaba. Tenía que calmarla. “Ella es Miroslava” dije con la voz más serena de que fui capaz, para que ella supiera que los otros —fueran quienes fuesen— estaban ahí, frente a ella, mirándola. Me llevé su mano a los labios, la besé y la solté. Era todo lo que yo podía hacer en el esquema que había inventado.

El Pito y Nelly nos miraban con ojos como platos. Sabían de la venda —esa misma mañana yo había pasado por la panadería— pero una cosa es imaginar y otra cosa es tener delante a alguien vendado, entregado, indefenso. El cuerpo de alguien que no ve, especialmente si no ve para no saber a quién se entrega, también se vuelve un cuerpo misterioso, imprevisible. Aquella presencia tan fuerte los superaba. La situación me pareció tan frágil que tuve que hacer algo más. Le quité el abrigo a Miroslava susurrándole palabras tranquilizadoras. Después seguí desnudándola. A medida que su piel iba quedando expuesta su respiración se volvía más agitada. Era evidente que nunca había hecho algo así: exponerse desnuda ante ojos anónimos. Cuando tuvo el torso desnudo pasé despacio la lengua sobre sus pezones. Tembló. Me volví para mirar a mis socios. Me miraban hacer, boquiabiertos. Les hice un gesto de acercarse. Les dije sin voz: “Vamos”. Pito se paró y se abrió la bata. Tenía la verga largamente erecta. Nelly se paró, soltó el cinturón de la bata y se tomó las tetas desde debajo, levantándolas y pellizcándose los pezones.

Me agaché para descalzar y terminar de desnudar a Miroslava, que apoyó una mano sobre mi hombro para conservar el equilibrio al levantar uno y luego el otro pie. Ya con sólo los calcetines puestos temblaba como una hoja, y no de frío. Con una leve presión le indiqué que separara un poco las piernas. Lo hizo. Deslicé un dedo entre los labios de su sexo y comprobé que no temblaba de frío. Le hice señal al Pito para que se acercara. Tomé una mano de Miroslava y la puse sobre la erección del muchacho. El también la tocó abajo. Debe de haber hurgado entre los labios, porque después se olió los dedos. La mano de Miroslava meneaba torpe y blandamente la verga del Pito. Presioné sobre su nuca invitándola a arrodillarse. Lo hizo y se llevó la verga a la boca de inmediato, no sin avidez. Pito puso los ojos en blanco. Me desnudé. Miroslava se esforzaba sobre la verga del Pito, poniendo todo de sí, como una puta honesta decidida a merecer su paga. Yo también estaba en erección. La tomé por debajo de la mandíbula invitándola a abandonar su presa y venir a mí. Cuando me deslicé dentro de su boca desde lo más hondo se le escapó un gemido de placer. La experiencia la superó: de una verga a la otra... seguramente que ella nunca... ni siquiera imaginó... ni yo imaginé, por cierto... y aquello me llevaba al borde de la delicia...

Le hice señal a Nelly de que se acercara. Me retiré y orienté la boca de Miroslava, temblorosa, ávida, hacia el pubis de Nelly. Miroslava adelantaba la boca, buscando sin encontrar, como un recién nacido. A medio camino la detuve. Quise sorber, siquiera un instante, la ansiedad loca aleteando en su rostro. Los labios le temblaban, la punta de la lengua asomaba, su boca se entreabrió para recibir quién sabe qué ahora. Finalmente sintió el vello contra los labios. Cabeceó buscando una verga, sin encontrarla, desconcertada, hasta que entendió. Levantó una mano, tocó, hurgó. Otra vez gimió con un gemido de desesperado placer, de ya no soportar la delicia. Se puso a hurgar con la lengua en el vellón, buscando el botón, embriagada. Se llenaba ruidosamente las narinas con el olor de la concha. peluda y olorosa. Babeándose, Nelly la ayudó, abriéndose la vulva con los dedos, exponiendo abierta la roja mucosa. “Ahí, sí, ahí” murmuraba. Miroslava abrió su boquita cuanto pudo y la aplicó sobre la delicada humedad en una especie de beso apasionado. Nelly se entregó al chupón y luego a la lamida, torpe de tan ávida, al jadeo nasal tenso y al gemido ahogado de la mujer esclava, adelantando el pubis para profundizar la caricia. ¿Habría Miroslava alguna vez...? ¿Y Nelly? De pronto Nelly me miró, como sorprendida por algo... aunque no creo que en realidad me estuviera viendo. Más bien como que sintió venir la ola y tuvo que colgarse de algo, de lo primero que encontró, que fue mi mirada. Vi pasar el orgasmo por su rostro, vi el abismo en su mirada, y su cuerpo se sacudió, estallado.

Nelly se sentó en el borde de la cama, vencida. Miroslava, de rodillas, se sentó sobre sus talones, esperaba con la boca húmeda y entreabierta, como esperando ser usada otra vez. Se pasó la lengua por los labios, como expectante. Como una bestia en medio de la jungla, trataba de orientarse con el olfato y el oído. Nelly y el piso me miraban, ya relajados, empezando a disfrutar de la situación. Los tres esperaban que yo, el maestro de ceremonias, reiniciara el juego. Asustada quizá por el silencio y la inacción, Miroslava tanteó con su mano hasta encontrar la mía. Le di un apretoncito para tranquilizarla y la ayudé a pararse. Como quien exhibe a un animal amaestrado la acerqué a la cama e hice que se pusiera en cuatro en el borde. Le hice un gesto al Pito para que se sirviera de ella primero. La cama era un poco alta y los fémures de Miroslava un poco largos, de manera que el muchacho tuvo que separarle las rodillas y luego pararse sobre dos almohadones para quedar a la altura apropiada. Entonces la tomó de las caderas y la penetró. Se puso a castigarla con su ceñudo y maquinal estilo habitual. Miroslava fue levantando la cara hacia el techo y abriendo la boca, como si fuera a gritar en cualquier momento. Vi deslizarse gotas de sudor por su flanco. El Pito no le daba un segundo de afloje, la llevaba directo a las estrellas. Arriba, arriba, arriba hasta que Miroslava soltó un grito entrecortado por los topetazos del bruto. Me di cuenta de que había sido una especie de orgasmo cortado, frustrado, irritante. Al Pito no le importaba nada. Su fantasía, que seguramente no sabría expresar con palabras, era sin duda sentirse máquina de coger, acabando en tiempo récord a cuanta mina se clavara. Miroslava se derrumbó hundiéndose la cara en el cubrecamas pero el Pito no le soltó las caderas y siguió dándole al mismo ritmo. Vi a Nelly morderse el labio inferior, sacudiendo la cabeza, y diciéndome después, sin palabras “Qué hijo de puta”.

Me acerqué a Miroslava como un referee de boxeo se acerca a un boxeador que está recibiendo castigo sin capacidad de respuesta, dispuesto a frenar el combate. “¿Estás bien?” le pregunté. Pero no me respondió, como sorda, como en otro planeta. Mi socio no amainaba. Como una máquina de topar a la que hubiera que desenchufar para que se detuviera. “¿Estás bien?” volví a susurrar dentro del oído de mi pupila. Soltó un sí apenas soplado, medio irritado, concentrada como estaba en el nuevo viaje que estaba

comenzando. Me tendí de través en la cama, con la cabeza a sus pies, de manera de ver bien la cópula. El sexo es feo y triste si se lo considera desde la filosofía. Pero yo no soy ningún filósofo. Nelly decidió pasar a la acción. Se acomodó entre mis piernas y se entregó a una chupada larga y cuidadosa. Cerré los ojos.

Yo estaba duro y caliente, pero la cosquilla no terminaba de concentrarse en la cabeza de la pija, cosa que había experimentado pocas veces. Me parecía como si la verga se hubiera liberado del ansia por acabar, y como si pudiera seguir erecto eternamente. Abrí los ojos un momento y vi los labios del sexo de Miroslava, rojo fuego, y la verga del Pito saliendo, todo el largo, para volver a sumergirse, a máxima velocidad. Pensé que podrían empezar a saltar chispas, a oler a quemado. Completada la mamada Nelly montó sobre mi vientre insertándose completamente la verga. Empezó a frotar pubis contra pubis decidida a conseguir ella también un premio. La pelambreira de Nelly era como un cepillo de alambre. Volví a abrir los ojos y vi que, aprovechando sus posiciones prominentes, Nelly y el Pito se besaban, o más bien, se devoraban las bocas. Precioso, precioso beso mientras en el otro hemisferio se daban gusto con los cuerpos de terceros. Miroslava, como el Fénix, resurgía de sus cenizas. La cogida maquinal del Pito iba a arrancarle otro orgasmo. Nelly me cepillaba el pubis con furia, cada vez más tensa.

Al ver a Miroslava sometida a los orgasmos que el Pito quisiera arrancarle, como si estuviera atada de pies y manos, incapacitada de hurtar el cuerpo, me pareció de golpe comprender algo... algo esencial... algo acerca de la naturaleza de... ¿de qué?... del acabar... del dispararse hacia algo inalcanzable... del saltar a la nada... de ese instante en el que todo parece posible... devenir espíritu... devenir todo... ya no pesar... Vi a Miroslava acabando, y derrumbándose otra vez, y ya no vi nada más porque Nelly también estaba abandonándose, hamacándose, y canturreando entredientes, gutural, el himno del placer. Se dejó caer blandamente sobre mi pecho, empapada de sudor. Estiró el cuello para chuparme los labios, aunque de reojo espiaba lo que hacía el Pito, que habiendo retirado el miembro, duro como una estaca, empapaba los dedos en la entrepierna de Miroslava y luego los aplicaba a abrirle el ojetete.

Entre las nalgas magras de la mujer esclava el ojetete se veía discreta y pálidamente rojizo. Los dedos del Pito, dedos conocedores, entraban y salían del orificio untándolo y embadurnándolo. Miroslava levantó la cabeza, agitada la respiración, como un animalito asustado. Nelly zafó de mi verga y se inclinó hacia Miroslava. Le susurraba algo en el oído. Miroslava se volvió hacia ella y me pareció como si la mirara a los ojos a través de la venda. Nelly la besó en la boca. Miroslava permaneció inmóvil un instante, como vacilando, como no sabiendo si... como preguntándose si... fuera cual fuese la respuesta que se dio, se entregó al beso como si en eso le fuera la vida. En ese momento Pito apoyó la punta de la verga sobre el ojetete y empujó. Vi cómo se deslizaba suave y dulcemente culo adentro el largo total de la pija, sin el menor esfuerzo, como una gran serpiente que se desliza cueva adentro para descabezar una siestita, sin la menor queja por parte de Miroslava a la que sólo parecía importarle la boca de Nelly. “Lo tiene reabierto esta putita” masculló el Pito al empezar la cogida. Miroslava zafó de Nelly levantó el hocico hacia el cielo (raso) y gritó de puro goce exasperado. Pero Nelly estaba fascinada con el chupeteo de labios y volvió a atrapar la boca de Miroslava. En los labios del Pito había un rictus violento, despectivo mientras se clavaba cuanto podía en el culo de Miroslava.

Estaban... estaban enchufados... los tres... un solo circuito de placer... fuera de la realidad... insoportable... hermosos, dementes... ellas devorándose las bocas, chupándose como si no hubiera mayor maravilla en el mundo que sus salivas... él afirmándose en aquel culo como si esperara que de tanto taladrar fuera a brotar de ahí quién sabe qué insuperable maravilla. Mi erección presuntamente eterna comenzaba a disolverse en la pendiente de un orgasmo inminente. La boca de Nelly apagaba los gemidos delirados de Miroslava. Me coloqué detrás de Nelly, la penetré y me quedé quieto al borde del orgasmo, tratando de no irme todavía. Pero Nelly culeaba contra mi vientre con tanta habilidad que era como si me estuviera haciendo una paja. El Pito acabó en el culo de la mujer esclava con los dientes apretados, como si le estuviera inyectando un veneno quemante. Me aflojé y dejé que Nelly me acabara. Me dejé ir río abajo sin resistencia alguna, mirando el azul y el infinito, haciendo la plancha en la deriva dulce y cálida.

Después el Pito y yo ocupábamos esquinas opuestas de la cama, como boxeadores extenuados, mirando ese entrevero de caricias que había soltado amarras y nos ignoraba. Nelly y Miroslava, insaciables en su beso, se acariciaban mutuamente la entrepierna, uno, dos, tres dedos cuerpo adentro y un cuarto buscando el ojete, respirando ruidosamente por la nariz, dispuestas a vencer -piel mate y brillante contra piel blanca y mortecina- en un combate en el que estaban ambas de antemano derrotadas, como pudo verse cuando casi al unísono se estremecieron, se soltaron las bocas jadeantes, se soltaron las conchas ya secas y reseca de tanto manoseo y quedaron pacificadas, apaciguadas, laxas como algas en la corriente, apenas tocándose las frentes y las rodillas, acostadas en espejo como dos amiguitas que se cuentan secretos hasta dormirse, sintiendo cómo los mares de agua sudada se les iban enfriando sobre las pieles.

Bien. Yo era el maestro de ceremonias. Y había una hoja de ruta. Todo debía terminar de la manera prevista. Toqué apenas a Nelly para que volviera en sí, y cuando me miró le hice a ella y al Pito señas de que era la hora de que se fueran. Obedecieron en silencio. Me pegué a la espalda de Miroslava. Me pareció que dormitaba. Por lo menos no le sentí ni la más mínima reacción. Nos tapé con el cubrecamas. Entresueños oí a Nelly pidiendo un taxi. Después oí la puerta cerrándose. Lo siguiente que oí fue la alarma del reloj de Miroslava.



## LA YAPA

“¿Puedo sacarme la venda?”. Su voz sonó tan diferente que terminó de despabilarme. “Estamos solos” dije. Se quitó la venda y se volvió hacia mí acercándose hasta que se tocaron nuestras narices y naufragamos en el maëslstrom de nuestras miradas. Me besó en los labios, un beso como de mariposa. Le sonreí. Me dio la impresión de que quería decirme algo, pero no encontró las palabras. Pensé que, en cierto modo, la torpeza, la dificultad para expresarse de Miroslava era uno de sus atractivos mayores: me daba ternura, y ganas de hacer algo por y para y con ella. Volvió a besarme, pero esta vez deslizándoseme boca adentro. Un beso repleto de buenos sentimientos. Después fue al baño. Hora de regresar al mundo de todos los días.

El taxista era un vejete. Manejaba despacio y no se atrevía a sacar la vista del camino. Miroslava puso su mano sobre la mía. Después la puso sobre mi devaluado bulto. Me miró desde detrás de los lentes negros. Le temblaban los labios. Pensé que estaba emocionada. Quizá yo empezaba a significar algo para ella. A saber qué... De pronto sus dedos estaban tironeando del cierre de mi pantalón, abriendo la portañuela, asomando al agotado prisionero a la clandestinidad del asiento trasero. Se dobló y tomó la larva entre sus labios. Se puso a succionar de ella y a tironearla. La dejé hacer. Puse mi mano sobre su gorro de lana. No iba a conseguir nada sustancial, pero me emocionaba esta especie de extra, de yapa... de entrega sin condiciones... de reconocimiento... de agradecido homenaje.

Desnudó los huevos y los masajéo, los chupó, meneando a la vez al invertebrado. Comprendí que no pensaba quedarse en algo simbólico. Apenas iba consiguiendo algo de tumefacción. No lo suficiente como para dar sombra. Quizá era un homenaje, pero también era ir un poco más lejos en su... en su ¿qué?... en su emputecerse... en su gozarse emputecida... “Vamos por la rambla” le dije al vejete. Tuve que repetírselo dos veces levantando bastante la voz. Duro de oído el vejete. Para nada nuestro destino implicaba ir por la rambla. “Derecho por Bulevar hasta la rambla y después derecho hasta Propios” especifiqué. Miroslava no se inmutó y mientras yo ordenaba el cambio de ruta siguió adelante con la succión y la paja. Cerré los ojos. El cosquilleo, ganándome el tallo aún tierno, y el glande aún poroso, me dijo que quizá no fuera a conseguir una erección, pero que no se iba ir con la boca seca. Le saqué el gorro para llenarme la mano con su pelo. Su pelo seco, casi áspero. Cerré el puño lleno de cabello haciéndole sentir el tirón. Soltó un gemido de placer.

Hubo una época en que cuando Celina estaba chupándomela le tiraba un poco así del pelo. Apenas un poquito. Quizá le gustaba, gemía un poco así como Miroslava gime ahora... pero pronto dejé de hacerlo. Me parecía algo indigno... grosero... una grosería innecesaria. Pero ahora, con Miroslava... tiré otra vez, fuerte, soltó la presa y gimió, le daba placer, sacó la lengua y lamió el glande... tiré una vez más, gimió y se zampó la verga hasta el fondo, hasta donde pudo. No estaba del todo erecto, pero sí lo suficiente como para corcovear en su boca. Se puso a martillar sobre mi pubis en busca del estallido. Mi mirada resbalaba por sobre el Río de la Plata marrón, revuelto, irritado. Orlado de gaviotas que jugueteaban en el viento, en el cielo pálido del invierno.

El taxi se detuvo en el semáforo de Luis Alberto de Herrera. Puse cara de viajar solo. El vejete miró por el retrovisor pero con una mirada vacía. Ni notó que le faltaba un pasajero. Un auto se detuvo junto al taxi. Una veterana con un quilo de maquillaje colgándole de la cara me miró como preguntándome si no prefería completar el viaje en su BM. Entonces hice algo... increíble... impensable... algo que jamás se me hubiera ocurrido hacer... algo que hice porque... porque... no sé por qué. Jalé del pelo de Miroslava lo suficiente como para que, soltando lo que tenía en la boca, levantara la cara tanto como para que la del BM la viera. Se quedaron mirándose. La mujer, fascinada... boquiabierta de fascinación, no hizo un solo gesto. Miroslava... también boquiabierta... pero porque me la estaba chupando... adelantó la barbilla, con un gesto como desafiante. Yo mirando a la mujer levanté ambas cejas en un gesto que podría significar: "Lo siento pero ya tengo compañía". Después empujé la nuca de Miroslava para devolverla a la faena. No me dio para más. Cerré los ojos y se abrieron las Puertas del Cielo en el fondo de la boca de la mujer eslava. Cuando a las cinco en punto los párvulos salieron en fila al patio del kinder mamita estaba allí esperándolos, con la boca llena de besos y los bolsillos llenos de caramelos.

**EL FIN DE LAS INCERTIDUMBRES**

## NI VIUDA NI LESBIANA

Nuestra pequeña orgía me dejó en una especie de estado de apaciguamiento profundo. No sólo físico, sexual, sino también espiritual. Un estado... contemplativo, diría. Con la mente en blanco pero con la continua sensación de estar a punto de comprender algo esencial, aunque no encontraba la formulación adecuada para ese algo. Me parecía como si hubiera dado un paso más allá del descubrimiento de mi... ¿donjuanismo?... un paso más allá del descubrimiento de mi verdadera sexualidad... de mi deseo, voluntad y decisión de cogerme a cuanta mujer manifestara el menor interés por mi persona. Y ese paso más allá consistía en comprender ahora que... que todos... deseábamos lo mismo... que deseábamos una especie de matrimonio universal, y que en la orgía... ese deseo encontraba su... evidencia... su forma más espontánea... su forma provisoria. Cosas así me parecía intuir, vagamente... otro mundo... otra manera de... no sé, no sé... el mundo en que vivimos y ese otro mundo, distantes... insolubles, como el aceite en el agua.

De manera que pasaron algunos días antes de que volviera a llamar a Fiorella. Sucedió que volví a soñar con ella. Soñé que le tendía mis manos. Que se las tendía abiertas, con las palmas hacia arriba. Como para significar la pureza y autenticidad de mis sentimientos. Fiorella ponía sus manos en las mías, y yo me quedaba mirándolas, fascinado, como si esas manos fueran la maravilla absoluta y como si fuera el más formidable de todos los premios posibles tenerlas en mis manos. Algo así, más o menos, fue el sueño. Una delicia, sin duda. Pero a la vez, un sueño inquietante. Porque era como si sus manos... fueran independientes de ella... como si sus manos fueran... un regalo... un regalo que ella me hacía. Absurdo. O trivial si me lo tomaba como realmente me lo tomé, o sea: Fiorella me ofrecía su mano. Pasé la mañana siguiente caminando sobre nubes, con una sensación de felicidad tal como yo creo que jamás había experimentado en mi vida, y tal como yo creo que ninguna cosa real en este mundo puede proporcionarle a un ciudadano razonable. Hasta que una vez más fui a dar a la calesita de mis incertidumbres.

Era evidente que Fiorella tenía la mejor de las predisposiciones hacia mi persona. Pero, exactamente ¿para qué estaba predispuesta? Porque en realidad lo único claro respecto de Fiorella era que se trataba de una mujer misteriosa. ¿Hasta dónde quería llegar conmigo? ¿Amigo, amante, cónyuge? ¿Quizá mis aventuras con Miroslava y con la Nelly realmente me habían dado un aura! Aura de cogedor... aura de mujeriego... “Ese es el hombre que verdaderamente les gusta a las mujeres, el donjuán, el mujeriego” así decía Celina. Era una de sus frases recurrentes. Cada vez que le traían un chisme de de tema adulterino lo comentaba con esas mismas palabras. “Eso es lo que les gusta a las mujeres”. “¿Es lo que te gusta a vos?” le pregunté una vez. “Por supuesto que no” respondió ruborizándose, fingiendo enojo y cambiando de tema. Quizá mi tardía explosión me había ganado ese aura pecaminoso y Fiorella había sucumbido a él.

En medio de aquel batiburrillo de cavilaciones una explicación se me presentó, nítida como los trompetazos que derrumbaron las murallas de Jericó. ¿Y si Fiorella fuera virgen? Podía ser simplemente incapaz de entregarse al comercio carnal, por la razón

que fuera, con la consecuencia de haber quedado virgen. Pero... ¿hay mujeres que transcurren su vida vírgenes? ¿existe eso? ¿no tener nunca sexo? Con hombres, quiero decir... Porque además, por supuesto, están las lesbianas... ¿desfloran las lesbianas a sus parejas...? ¿es virgen una mujer que tiene sexo sólo con mujeres –quiero decir: sólo con mujeres y sin penetración? ¡Vaya enredo! Corté por lo sano. O era virgen o era lesbiana. Y todo sin detenerme a pensar que... ¡obviamente!... el hecho de que fuera célibe para nada significaba que no tuviera vida sexual. Quizá era célibe precisamente porque tenía una vida sexual demasiado... demasiado... como la mía actual, libre y abundante, digamos. ¿Podría ser posible eso? ¿Que en realidad Fiorella, como yo mismo...? ¿Ella? ¿Cómo yo? Y así seguía, dándole vueltas y vueltas a la matraca de mis elucubraciones, en un asunto para resolver el cual sólo había un camino posible, mismo que, al parecer, estaba despejado como para que yo lo recorriera.

Oí en el noticiero que Branka Parlic se presentaría en Montevideo. “Una intérprete de música clásica del más alto nivel internacional” aseguró la locutora. Llamé a Fiorella y le propuse asistir al concierto. “¿Branka Parlic? He estado tan metida en el trabajo que ni siquiera me enteré. Por supuesto, vamos a oírla”. Compré las entradas en el Shopping Center, a precio de ópera. El programa anunciaba obras de Philip Glass, Arvo Pärt y Erik Satie. Sólo el tercero me sonaba, vagamente. Llevé mi mejor traje a la tintorería y lustré mis zapatos hasta que pude verme reflejado en ellos. Nos encontramos en el hall del Solís. Fiorella estaba maravillosa con vestido de seda negra, collar de perlas y tapado largo de visón. Dejamos los abrigos en la ropería y entramos en la sala, un poco a las apuradas porque faltaban segundos para el comienzo.

Las luces se apagaron, entró Branka Parlic recibida con un gran aplauso. Arrancó el concierto y fue, desde la primera nota, un asalto al centro mismo de mis emociones. Comenzó con una pieza llamada Glassworks. Duraba pocos minutos pero eran minutos de una tristeza tan... tan... perfecta, si me disculpan la expresión... que bastaron para que, tomado por sorpresa, las lágrimas corrieron por mis mejillas. Traté de secármelas lo más discretamente posible, pero Fiorella se dio cuenta de lo que me pasaba. Se quedó mirándome y no pude sino devolverle la mirada. No tuve presencia de ánimo como para querer disimular mi estado emocional. Ella me miraba, completamente sorprendida por mi reacción. Me sonrió con una sonrisa que no hizo sino soltarme una nueva tanda de lágrimas. Me ofrecía, para consuelo, la tristeza que dormía en el fondo de sus ojos oceánicos. Estuvimos así, mirándonos a los ojos hasta el final de la pieza.

No soy de soltar el moco fácilmente, ni cargo con cuentas pendientes que tenga que saldar en los momentos más inesperados. Simplemente creo que el artefacto sonoro era perfecto y que me agarró distraído. Como quiera que sea, la descarga emocional fue profunda y quedé medio groggy para el resto del concierto. Las piezas que escogió la señora Parlic para su presentación en Montevideo, sencillas y límpidamente geométricas como eran todas ellas, en ningún caso carecían del aguijón de la melancolía, consecuencia de lo cual, debo decirlo, me tuvieron contra las cuerdas hasta el último round. La ovación y los bravos obligaron a la concertista –pese a que se había echado el concierto entero sin interludio- a concedernos unas gotas más de su talento, para lo cual eligió repetir la primera pieza. Fiorella, previendo que yo pudiera tener otro desborde emocional, tuvo la delicadeza de posar suavemente –más ligera que una mariposa- su mano sobre la mía. A esta altura mi corazón estaba apaciguado y pude disfrutar con mayor moderación de la belleza de la pieza y de su ejecución. Y de la maravilla de tener

la mano de Fiorella sobre la mía. Fui capaz, sobre todo, de voltear suavemente mi mano y de entrelazar mis dedos con los suyos.

Saliendo del teatro le dije: “Estás como para que te lleve a lucirte al restaurante más elegante de la ciudad, pero la verdad es que he preparado algo en casa”. Se tomó de mi brazo para bajar la escalinata. “Prefiero que vayamos a tu casa”. Maldije de rabia viéndola con su atuendo espectacular retorcerse como una sanguijuela para deslizarse en el espacio miserable que la maldita mampara de seguridad deja en el asiento trasero de los taxis. “¿Nunca aprendiste a manejar?” me preguntó. “Sé manejar” dije, y le expliqué que había tenido auto y lo había vendido por culpa de los nervios de Celina. “Pues yo no tengo nervios” explicó olímpica “y si vas a seguir sacándome a pasear será necesario que tengas un auto”. Aquello era casi una propuesta de... de lo que fuera, y me cayó encima como un baño de miel. “Eso se arregla fácilmente” decreté. Hice todo el camino con las espirales de Glass girándome sin descanso en la memoria, ya sin aquel punch emocional sino más bien como una elegante y lánguida melancolía. Y con la voz de Fiorella explicándome de pe a pa el minimalismo, y con sus ojos oceánicos –misteriosos y profundos y no menos melancólicos que la música que brotaba de los dedos de la señora Parlic- diciéndome que desde ya estaban abiertas para mí todas las puertas.

Cuando, ya en casa, la ayudé a sacarse el tapado se volvió hacia mí y quedó inmóvil, esperando que lo previsible sucediera. Dejé el tapado sobre el sillón y la tomé de la cintura. Cuando la besé sus manos se enlazaron detrás de mi nuca. Aquello era tan... tan... perfecto... quiero decir: la comunión de las almas y, previsiblemente, la comunión de los cuerpos... que sentí, con pavor, que no sabría estar a la altura de las circunstancias. Que no sabría... ¿cómo decirlo?... sostener toda la elegancia y la delicadeza de aquel momento. Sentí el deseo de romper el momento... de aplazarlo... para prepararme mejor, para libretar mejor mi performance, para configurar en mi actitud, en mis movimientos algo... adecuado. Ella intuyó, no se cómo, mi inquietud. “¿Qué pasa?” susurraron sus labios sobre los míos. “Estoy... emocionado” articulé débilmente, mintiendo apenas. Pero precisamente en ese momento comprendí que sólo debía dejarla hacer. Que ella seguramente ya había elaborado... un yo... para mí... a partir de la delicadeza emocional de que me sabía capaz después de mis lágrimas. Ella sabría cómo tomarme. “Shhhh” hacía suavemente sobre mis labios, como se le hace a un bebé para calmarlo. Y jugueteaban sus labios acariciando los míos. Cerré los ojos y me dejé ir aceptando a fondo el beso. Hasta que algo hizo clic y se me erizó la piel. Algo me hizo clic a mí y algo le hizo clic a ella. Sus manos buscaron las mías y las depositó sobre sus pechos. Los oprimí suavemente y de sus labios, cubiertos por los míos, se escapó un suspiro. Mis incertidumbres se fueron diluyendo. No era lesbiana, ni era virgen.

Me rozó el bulto, no con la palma de la mano, como para tomarlo, sino con el dorso, como para despertarlo. Oprimí un poco más sus pechos, los junté. Fiorella gimió suavemente. Del dorso pasó a la palma, llenándosela con los huevos. Nos quedamos así, en éxtasis, aferrados mutuamente a nuestras quimeras. Babeándonos de puro gusto. “Apretame un poco más” pidió con un delicioso jadeo. Junté con más fuerza sus pechos. “Pellizcame los pezones”. Busqué con las yemas de los dedos, por encima de la seda, las puntas de las mamas y las retorcí, poco a poco, para que ella dijera hasta cuándo. Echó la cabeza hacia atrás, jadeando, parecía al borde de un orgasmo. Sus dedos recorrían la verga, a medias enderezada. La examinaban. Dedos lentos, minuciosos en el reconocimiento, dedos de experta en telas. Entonces dio un paso atrás, soltando amarras.

Al alejar de mí la densidad de su cercanía sentí como si me despertara, como si volviera en mí. Levantando las manos soltó el cierre del vestido. Siguió bajando el cierre hasta por debajo de la cintura. Después sacó la seda de encima de sus hombros y dejó que se deslizará hasta el piso.

¡Qué manera más... natural... de exponer su blanquísima corporeidad, apenas velada por la puntilla negra del corpiño y la bombacha, por el nylon negro de las medias hasta la mitad de los muslos! ¡Era un poco demasiado para mí! Toda aquella piel que me mostró me intimidaba. Como si estuviera siendo puesta ante mis ojos yo no sé qué cosa terrible y absoluta. Estaba allí no como una mujer que se desnuda para coger sino como una aparición que con sencilla omnipotencia revela para unos ojos mortales la clave de todo lo que por ser demasiado maravilloso necesita ser cifrado y descifrado. “Sacala” dijo y fue como si me hablara en chino. ¿Qué demonios podría significar esos sonidos: “sa-ca-la”? Sonrió apenas. Su sabiduría de deidad le dijo que el estado de mis neuronas no me permitía ni siquiera la sencilla operación de bajarme el cierre y sacarla. Se acercó y sus labios volvieron a jugar otra vez sobre los míos. Mientras me hacía “Shhhh” suavemente, para tranquilizarme, sus dedos, hábiles realizaron por mí la tarea. Mi erección seguía incompleta. Es que... aquello realmente era demasiado para mí. En estado de deslumbramiento -vine a descubrir- la pija no se endurece. Se endurece para una hembra humana, no para una deidad. Para cogerse a una deidad se le para sólo a los dioses.

Lamiéndome los labios, penetrando el cerco de mis dientes con la punta de su lengua, meneó la verga sin conseguir mejorar las perspectivas. En realidad sentí que si seguía dándome con la mano no iba a conseguir erectarla, pero sí acabarme. Faltaba un eslabón en la cadena. Faltaba que la sintiera humana. Pensé que quizá si ella me daba una buena cachetada, reaccionaría. Estuve a punto de pedírselo cuando, superlativamente intuitiva, tomó la iniciativa. “¿Querés que te la chupe?” le preguntaron sus labios a los míos. “Si vos querés...” atinaron a responderle los míos a los suyos. Fiorella se arrodilló. Aquello bastó. Las diosas se arrodillan, las diosas se humillan, pensé. Y la verga se me hinchó y se me estiró como por arte de magia. Bajando las copas del corpiño liberó sus pechos. Tomó la verga y la descapotó. Acarició la boquita del glande con la punta de un pezón, luego con la punta del otro. Después lo atrapó con la boca, chupándolo y tironeando de él. Mientras hacía esto se sostenía por debajo los pechos y se pellizcaba los pezones, derribando así, de manera elocuente, la última de mis incertidumbres: si Fiorella nunca se había casado era seguramente porque nunca se le había antojado hacerlo.

Por supuesto, en cuestión de segundos se me puso dura, a punto de calambre. Fiorella se balanceaba suavemente, metiendo y sacando el glande de su boca mientras se retorció los pezones. Levantó hacia mí la cara. Aún con la boca llena de verga no conseguía bajar el escalón necesario para ser a mis ojos simplemente una mujer. Me sumergí en la tristeza azul de su mirada. Fue desde allí, desde el fondo de sus océanos que vi venir su orgasmo. Pero me negó vivirlo desde dentro. Cerró los ojos cuando el temblor la recorrió. Tironeó de su piel hasta hacerse daño. Su cuerpo onduló. Temí que en el espasmo me mordiera. Pero siguió chupando hasta el final. Pasada la ola de placer se sacó la verga de la boca y, mirándola fijamente, se puso a masajearla. Después pasó el antebrazo izquierdo por debajo de sus pechos para levantarlos y con la mano derecha siguió meneándomela, pero apuntando la boquita del glande hacia sus pechos. Allí encima quería que acabara. ¿Por qué así...? ¿por qué derramarme tan... pronto? Intenté rebelarme, pero no pude nada. Estaba como atado de pies y manos y con la boca

vendada. No podía hacer nada... nada más que dejarla hacer. Pronto comencé a sentir que el mundo se nublaba. Fiorella la meneaba sin apuro. Cada tanto se la ponía en la boca y chupaba un poco. Yo quería otra cosa... en mi mente la arrodillaba en un sillón, le bajaba la bombacha y se la clavaba hasta el fondo de la concha... pero no... no tenía manera de hacer absolutamente nada más que dejarla llevarme despacito hacia el desbarrancadero. “No” pedí sin voz. “No” repetí. Pero nada... nada podía impedir.... nada impidió... cerré los ojos... pasamos el punto crítico y acabé encima de sus pechos, preguntándome en pleno delirio: “Pero ¿cómo es posible acabar encima de los pechos de una diosa?”. “Sacrilegio, sacrilegio” me decía, dejando el alma en cada suspiro. Cuando volví a mirar, los goterones resbalaban sobre la hidrografía azulina bordada en sus pechos. Fiorella terminó de exprimirme y acunó otra vez el glande sobre su lengua.



## UN MILAGRO DE LA NATURALEZA

La tomé de los brazos para ayudarla a pararse. Cara a cara vi en su rostro... expectativa. Quizá porque veía en mi rostro como si estuviera a punto de decirle algo sin encontrar las palabras. Hubiera querido decirle algo... algo que expresara lo... extraordinario... sí, lo extraordinario que me parecía tenerla así, en paños menores, con el pecho salpicado de semen, con los labios bellamente impuros, y esa pregunta azul y un poco desdenosa en la mirada. Me parecía tan extraordinario, que me parecía estar alucinando. Lo que sin duda Fiorella leyó en mi rostro fue que sería incapaz de hacer sonar en el aire lo que quiera que fuera que tenía en la punta de la lengua. Se soltó suavemente de mis manos, se inclinó con gracia insuperable para recoger su vestido y luego su carterita, y se fue al baño. La miré alejarse, casi desnuda. La cruda blancura de su piel resistía la crueldad de la luz. Encendí la estufa de leña. La había dejado preparada y me bastó con acercar un fósforo. Fiorella retornó al teatro de sus excesos como retorna una dama, es decir, como si nada hubiera pasado. Retocados su maquillaje y su cabello, se sacó los zapatos y se sentó recogiendo los pies bajo su cuerpo. “Ahora sí que tengo hambre” anunció. Ese era el comentario que le parecía adecuado para dar vuelta la página de nuestro primer momento de pasión.

Desplegué frente a ella bocadillos y sándwiches. Le ofrecí moscato dulce, y chablis. Bebimos. Comimos. Estamos a gusto así, en silencio frente al fuego. Pero ella tiene sus planes. “¿Qué tipo de auto te gusta?” pregunta. “El que te guste a vos” replico, galante. “¿Qué auto tenías?”. “Un Fiat Uno”. “¿Un Fiat Uno te gustaría?”, y así siguiendo -¿de qué color? ¿con o sin aire acondicionado?-, como un vendedor que intenta definir el deseo de su cliente. Pensé que aquel formato de diálogo era una especie de deformación profesional que padecía, hasta que terminé por comprender que no era eso, que si me hacía todas esas preguntas era porque... ¡tenía la intención de comprarme un auto! Quedé pasmado. ¡¿Comprarme un auto!? ¿Cómo pudo habersele ocurrido semejante cosa? Como si fuera su amante jovencito... ¡Y apenas nos conocíamos! Nada de peso, nada grave había sucedido aún entre nosotros... o quizá sí, y yo no me había dado cuenta. Me pregunté si la idea sería de plano dármele en propiedad o sólo en usufructo.

“Fiorella” arranqué, buscando las palabras adecuadas para no resultar grosero. “¿Estás pensando en comprar vos un auto? Eso no es necesario. Yo puedo comprarlo”. Quedó cortada, mirándome sorprendida, un poco como evaluándome, o más exactamente, haciéndome una auditoría. “Bueno... no es mi idea que gastes tus ahorros en un auto para sacarme a pasear... en realidad la idea fue mía”. “No soy rico, Fiorella, pero tampoco soy pobre. Invertir en un auto no está fuera de mi alcance” solté, cauteloso. Quedó, creo yo, sin saber qué decir. No sé por qué, pero me dio la impresión de que se reprimió para no decir “Prefiero comprarlo yo”. Una cosa segura respecto de Fiorella era que se trataba de una mujer pragmática. Cuando las cosas llegaron al punto justo había usado mi cuerpo, sin cortedad alguna, para lo que le daba gusto. Y en relación con el auto, creo que de no captar yo cual era su intención y de no frenarla, en un par de días hubiera tenido un auto en mi puerta, atado con cinta de regalo.

Para no evidenciar mi desconcierto, con el pretexto de ocuparme de las empanaditas que había puesto en el horno, huí a la cocina. ¿Estará un poco loca? me pregunté. Poco a poco, acomodarse a los laberintos de la personalidad de Fiorella, me iba pareciendo como tratar de dormir una siesta en la montaña rusa. Al volver a su lado le expliqué en tono de broma que lo que más me preocupaba de tener un auto era que tendría que vaciar de cachivaches el garaje, y que dado lo pequeño que era el garaje tendría que tener cuidado con las medidas del auto para poder guardarlo sin tener que desarmarlo. El chablis fue disolviendo su contrariedad y mi desconcierto, y no tardé en estar preguntándome si esa misma noche llegaría a estar en condiciones de ofrecerle pruebas aún más contundentes de la autenticidad de mis sentimientos. Las ganas no me faltaban, al contrario: amenazaban con apresurar inoportunamente el trámite.

No tardamos en aterrizar en su tema preferido: la música, es decir, su padre. Incurrió así en su veta, digamos, proustiana, que pasaba por la sutileza de sus observaciones en materia musical, y por la vívida intensidad de sus reminiscencias paternas. Oyéndola hablar me felicitaba de mi capacidad para cerrar el pico: mis palabras, junto a las suyas, hubieran sonado de una torpeza descalificadora. Al llegar a las masitas me pareció adecuado descorchar un brut. Las burbujitas recondujeron a mi presencia dos tipos de demonios: los vagorosos demonios de la incertidumbre -¿por qué esta mujer se ha encaprichado precisamente conmigo?- y los acuciantes demonios de la concupiscencia. Estos segundos también la visitaron a ella. “Bueno...” dijo en medio de un delicado desperezarse, inesperadamente gatuna, dejando al final de ese arranque un silencio que se hizo demasiado largo y significativo. Me envolvió en una sonrisa ni un punto menos que libidinosa y declaró, sin más: “Me gustaría mostrarte la conchita que vas a sacar a pasear en tu auto nuevo”.

Definitivamente Fiorella era capaz de expresarse en los registros más inesperados. Yo, por cierto, sin ser rígido, no soy tan flexible. O funciono en un carril o funciono en el otro, en ambos a la vez no puedo. De manera que, en ese momento, no fui capaz de articular una réplica a la altura de su franqueza. Ella lo captó y disfrutó de mi cortedad. “¿Te la muestro aquí o nos ponemos más cómodos?” insistió, jugueteando con mis nervios. Si su franqueza me dejó sin habla, también me multiplicó al infinito las ganas de... ensartarla... esa era la palabra... la palabra que mi cortedad me impidió desempolvar en aquel momento. “Te ensarto como y donde vos prefieras” debí decirle con galantería finamente ambigua, digna de un verdadero caballero. Mirándola mirarme, con su celeste cielo teñido de un lánguido desafío, cavilé que de Fiorella no cabía esperar un descender de su señorío a ser simplemente mujer: el otro yo de Fiorella era directamente una diablesa. Los hechos no tardarían en desmentir esta percepción.

Le tendí la mano y de la mano la llevé al dormitorio. Esta casa, pequeña como es, tiene la gran ventaja de una sólida construcción que le permite conservar el calor de la estufa, expandiéndolo hasta el último rincón. Y en verano resiste el mormazo conservando el fresco. Teniendo la estufa de leña encendida puedo dormir sin cobijas, y hasta desnudo. Frente al espejo —uno de los lugares a los que seguramente Celina se había retirado buscando refugio— Fiorella me besó en la boca y me tanteó el bulto. De reojo nos miraba en el espejo. O quizá veía a Celina que nos espiaba desde su refugio. “¿Me vas a coger en la misma cama?” preguntó con un tono de lo más formal. Se me trabó la lengua, incapaz de responder. “¿En la misma cama en la que te la cogías a ella?” insistió, como si fuera necesario aclararme la pregunta. “A menos que te moleste” respondí. “No, no me molesta” dijo, y como si la calentara su honestidad un poco

perversa, me devoró la boca. Más confiado en el recurso visual que en el táctil para encarar nuestro segundo round junté un poco de desparpajo lingüístico y le dije: “Mostrámela”. No se hizo repetir la orden. Se descalzó y puso un pie y luego el otro sobre la cama para desabrocharse las medias y quitárselas. Haciéndolo dijo, bajito pero sin temblarle la voz. “Tengo que prevenirte: el que me la ve... queda prendado”.

Metiendo las manos por debajo del vestido se sacó de una vez el portaligas y la bombacha. “Vos la ves, pero ella también te ve. Y puede hacerte un mal de ojo” dijo despacito y seria, sentenciosa, con tono tal que uno podía sentirse inclinado a creer que el gualicho realmente sucedería. Se sentó en la cama, con las rodillas muy juntas. “¿De veras querés que te la muestre?” insistió ya en franco tono de advertencia, como si quisiera disuadirme de dar un paso tan grave. No soy de sugestionarme, pero estaba en sus manos. Una vez más me sentía sencillamente inclinado a dejar que hiciera conmigo lo que quisiera. Convencerme de los poderes diabólicos de su “conchita”, inclusive, si se le antojaba. Más allá de la confusión en que, nuevamente, me tenía sumido, de pronto una pregunta emergió de mi melcocha mental, no producida como resultado de un proceso lógico sino más bien armándose de la nada, fragmento a fragmento, como se arma un rompecabezas. ¿No sería que la advertencia se debía a que lo que iba a mostrarme no era una “conchita” sino una “pijita”?

¡Esa... esa podía ser la explicación para su soltería, para sus ambigüedades y rarezas, para sus generosidades excesivas, para el primer round sin bajarse la bombacha! A punto estuve de decirle que no, que no quería ver nada, que ya era muy tarde en la noche y que lo que quería era que se fuera a su casa. Quién sabe qué cara puse en ese momento de duda radical, porque acto seguido, como si hubiera calculado que quizá se le había ido la mano conmigo, un tipo tan sensible, se remangó el vestido hasta la cintura y abrió las piernas. Lo que entonces vi fue... debo decirlo, sin más vueltas... fue del orden de lo milagroso. Entre sus muslos de mujer madura, de fruto a punto, reventón, en plena sazón, lo que había era... sí, no hay otra manera de decirlo... una “conchita”... una vulvita de adolescente... de... de... ¡de preadolescente! Pequeñita, delicada, primorosa. Imagínense cómo quedé. Duro. La miré a los ojos. Fiorella negaba, apenas, sólo un poquito, con un movimiento de la cabeza... como si ella tampoco tuviera palabras para asumir aquello. Sus ojos muy abiertos, más celestes que nunca, y tristes como el tiempo, como la vida que pasa, como aquella pureza inmarchitable e incomprensible atrapada en su cuerpo.

Me acerqué, me incliné un poco para ver más de cerca el milagrito que exponía mansa y plenamente entre sus piernas. No tenía un solo pelo, pero no por depilada, por supuesto, sino de puro lampiña, y todo era rosado, con un rosa como de retoño en la primavera temprana, y los labios eran pétalos, y dentro había más pétalos, y la flor se abría y se cerraba, ondulando lentamente, como una boquita ávida, imposible, plantada en el fondo del mar. Era tan bella como sólo puede serlo una concha en el mundo de los sueños. Me acerqué más para olerla. No olía a nada. Es decir, olía a perfume. Un perfume floral. Se la había perfumado. Había considerado la eventualidad de presentármela esta noche. O bien había salido de su casa ya decidida a ofrecérmela, o bien se perfumaba siempre, o bien lo había hecho en el baño un rato antes. Olí más a fondo, en busca de su olor, más allá del perfume. Pero no lo encontré. Ni siquiera olía a goma como huele la piel humana cuando está limpia. Olía como si fuera una “conchita” de porcelana.

Celina era poco más que una adolescente cuando nos conocimos, y cuando me ofrendó su virginidad, su concha –apenas adornado el pubis con un mechoncito de rulos- me pareció de una belleza conmovedora. Era la primera concha de jovencita que conocí, y la única hasta que Fiorella me presentó la suya. De hecho, en las décadas de sexo que tuve con Celina, aunque su concha fuera sumando las bellezas propias de la edad, yo, mentalmente, me seguía cogiendo aquella conchita sin uso, primigenia. Es más, en la medida en que eso fuera posible, me consolé de que no pudiéramos tener hijos –y se lo dije, y sé que a ella, en alguna medida, ínfima seguramente, también la consoló- pensando que la esterilidad le ahorraría a su vulva algunas mutaciones decisivas. Prueba palpable de que ni en sueños imaginé que la cita de esa noche fuera a terminar en la cama era que, desde la mesa de luz, desde ese retrato suyo que elegí tener a mano, el de su belleza joven, el de su sonrisa tierna y aquiescente, Celina nos miraba... en realidad aceptando para mí la felicidad de aquel momento extraño y espléndido, que venía a devolverme inesperadamente el recuerdo de lo más íntimo de nuestros abrazos.

“No se te ocurra decirme que sos virgen” bromeé, para ocultar la turbación que el milagrito me causaba. “Por supuesto que no soy virgen” respondió, sin subirse a mi tonito de broma. “Pero entonces ¿cómo es que...? Es decir ¿cómo es que...?” balbuceé necio, insistente. “No preguntes nada” dijo, con una puntita de irritación mal disimulada en la voz. “¿Qué querés? ¿Qué te diga el nombre científico?”. Tomó una almohada y se la puso debajo de las nalgas para ofrecerme un mejor ángulo de penetración. “Este no es el momento de las preguntas” agregó, indicando sin lugar a dudas de qué era el momento. “¿Te gusta?” preguntó, con la voz un poco tensa, como si a alguien pudiera no gustarle, o como si, de hecho, a alguien no le hubiera gustado. Me bajé el slip y le mostré la verga completamente enhiesta. Sonrió y con dedos delicados separó pétalo tras pétalo hasta mostrarme la puerta de acceso a la recámara secreta... a su misterio... a la niña que llevaba escondida en lo más hondo de su cuerpo.

Entonces, de pronto, mirándola, mirándome mirarla, viendo a Celina mirarnos desde quién sabe dónde, algo no pudo más en mí y estalló. Fue una gran explosión de alegría y energía... y me sentí liberado. No sabía que no fuera libre hasta que me sentí liberado. Todo voló al demonio, alejándose de mí a velocidad de big-bang: de pronto yo ya no era yo, no había sido un burócrata por décadas, no era un jubilado aburrido, Celina no había sido mi mujercita, no era su viudo, esta casita que compramos con esfuerzo y que cuidamos toda la vida ya no era el caparazón y la trinchera que yo no sabía que fuera, y así siguiendo... Sentí que me desprendía de todo lo que había sido y era mi vida. Y aquel increíble sentimiento de libertad que ni había deseado ni sabía que existiera debe de haberseme pintado en la cara, porque vi a Fiorella muy concentrada tratando de descifrar qué me pasaba. “¿Me permite?” payaseé arrodillándome entre sus piernas. “Adelante. Sírvaselo mismo” respondió. “¿Quiere sacarse el vestido?”. “No, gracias. Me gusta así”. Introduje la yema del índice en la boquita abierta de su sexo. Gozando intensamente inspiró por entre los dientes apretados, y luego soltó el aire soplando despacito. Con curiosidad razonable en la circunstancia, se semi-incorporó, apoyándose sobre los codos para ver. Esa era la otra función de la almohada bajo sus caderas: no sólo mejorar mi ángulo de penetración, sino también su ángulo de visión.

Así pues, si la concha de Fiorella se veía tan intocada no era por falta de uso. Por dentro la lubricación era óptima, de manera que emboqué mi pieza, decidido a practicar el acceso. Empujé suavemente y la cabeza desapareció de la vista. Fiorella soltó un discreto “Oh”, como sorprendida. Me miró a los ojos como pidiéndome explicaciones.

Jadeaba suavemente. “¿Cómo la encuentra?” preguntó, como si me estuviera vendiendo una tela. “Quizá un poco ceñida” argumenté, aguantándome para no clavársela hasta el fondo de una vez. “Pero ¿le gusta?” insistió. “Porque si no le gusta...”. Jadeaba. Le daba placer hablar cualquier boludez mientras sentía la cabeza dentro, vibrante e hinchándose. “Déjeme probar un poco más...” propuse. Antes de proceder miré la cópula. Había, sí, por supuesto, algo... deliciosamente antinatural, monstruoso en la intrusión... en mi leño clavado en la delicadísima dulzura rosada de sus pétalos.

Volví a mirarla a los ojos... estaba totalmente abierta y entregada a... la intrusión monstruosa... y había esa voluta de tristeza allá en su inalcanzable, remota, celeste lejanía... Flotaba en la espera... de la intrusión total... laxa... incapaz hasta de absorber la gotita de baba que se le escapaba por las comisuras... Adelanté las caderas y el miembro se deslizó hacia lo profundo de su “conchita”. “Ceñida, sí” murmuré entre dientes, con la tormenta desatándose incontinente en mi pecho. Fiorella gimió, cerró los ojos y dejó reposar la nuca sobre la almohada. Detuve otra vez la intrusión. “¿Ceñida como qué?” preguntó con un susurro quebrado por el placer a punto de desbordarse. “¿Cómo una camisa de fuerza?” propuso. “Como una camisa de fuerza... pero de seda” murmuré. Empujé una vez más y nuestros pubis se tocaron.

Me sobrevino un frenesí. Perdón, pero no tengo palabra más adecuada. Todo empezó cuando ella se puso... a rezar... supongo que rezaba... porque susurraba algo ininteligible sin solución de continuidad, como si se lo supiera de memoria... ¿qué decía? ¿a quién se lo decía?... ¿el sexo, coger le inducía un delirio místico?... ¿a su “conchita” la absoluta intrusión la espantaba y se encomendaba a Dios o a quienquiera que estuviera a cargo de su alma en ese momento? Yo estaba pensando que si mantenía así, inmóvil, la intrusión, iba a alcanzar el orgasmo más fantástico de mi vida, cuando la oí decir con una voz chiquitita, suplicante, como de niña: “Cójame un poco, por favor”. Fue entonces que me sobrevino el frenesí. Perdí el control. No fue que me pusiera a serrucharla como un vándalo. No. Empujaba sin sacarla, desde la completa intrusión... como si hubiera, a través de su vientre, algún lugar a donde ir... cuando en realidad sabía la punta de mi pija que ya no había más allá... Empujaba y empujaba, pero ella, tomada de los barrotes de la cama, no hurtaba el vientre sino que lo ofrecía, firme y tan abierto como podía. Enloquecí, como si venciendo y atravesando una delgada e invisible membrana... definitivamente zafando de quién sabe qué... fuera a ir a caer, haciendo una pirueta mágica... quién sabe dónde.

Ella hizo lo que pudo para ayudarme en mi afán de taladrarla. Allá dentro de su vagina, la mucosa sedosa ceñida a mi verga se transformó en una mano chiquita, como de nena, que tironeaba con furia, atrayéndome. Fiorella levantó las piernas y apoyó las pantorrillas sobre mis hombros, concediéndole unos milímetros más —si acaso— a mi arremetida... milímetros apenas que, sin embargo, bastaron para romper el dique de su orgasmo, cosa que celebró y acompañó con la más espléndida, liberada, pura y sostenida eyección sonora, misma que dio por tierra con cualquier intención mía de quedarme haciendo equilibrio en la cresta de la ola. Acabé, y con cada espasmo y vertido míos ella relanzaba su voz hacia las alturas devorando tonos y semitonos como si no tuviera límites la amplitud de su registro. Como si cantara... era como música... un aria imposible... un poco ridícula, sí... pero muy intensa. Un aria que entonaba para mí, pero mucho más seguramente para su padre.

Ahítos, vacíos y aplacados rodamos en un abrazo que, en su confusión, arrasó con los restos que pudieran quedar a flote del naufragio de nuestras conciencias. Ni idea de cuánto tiempo después, pastoso en mi modorra, tironeando torpemente cubrí con sábanas y frazadas el sudor que se enfriaba sobre nuestras pieles. No alcanzó. Fiorella, sin despertarse musitó: “Tengo frío”. Me levanté, desnudo como estaba, torpe como un zombi, llevándome por delante una silla en la oscuridad, como si el espacio de mi propio dormitorio de pronto me resultara ajeno, crucé la sala, débilmente iluminada por el fuego claudicante, y echando un par de leños más en el fuego removí hasta que las llamas tomaron altura. Regresé a la cama, volví a enredarme en el abrazo, y aunque ya había vuelto a dormirse, entre sus cabellos susurré “Mi amor, mi amor”, cosa que nunca imaginé que pudiera decirle más que a Celina, y cosa que quizá, en esa nuestra cama, en realidad se la dije a Celina. Y me quedé dormido.

El polvillo grisáceo del amanecer me pareció cenizas frías plateando la superficie de las cosas. Salté de la cama ligero y potente como un jovenazo. Como si aquella fuera mi primera noche de amor. Volví a alimentar el fuego de la estufa. Me sentía como si pudiera echarme a volar, a nadar en dirección al cielo. Como si tuviera toda otra vida por vivir, una mejor, más arriesgada, más lanzada en busca de lo maravilloso. Mirándola dormir pensé que estaba perfecto que Fiorella tuviera esta primera noche por camisón un vestido ajustado de seda negra, que estaba muy bien que tuviera una conchita de nena, y que dentro de la conchita de nena tuviera una manita de nena, y que estaba muy bien que cantara con voz angelical para su padre fantasma... y pensé que me sentía muy bien así, mirándola dormir al amanecer... si no fuera porque, en realidad, ya no dormía.

Abrió los ojos y me miró desde la bruma celeste de sus sueños. “Mmm...” hizo. “¿Qué?” pregunté, solícito. “Me gusta mostrar mi conchita” declaró, como si le fuera imprescindible explicarlo, decirlo claramente y ya. Sus palabras, en alas de la modorra, eran como burbujas de aire subiendo perezosas hacia la superficie luminosa. “Pero me da miedo” agregó. “Es preciosa tu conchita. ¿Por qué te da miedo mostrarla?”. “Porque la encuentran repugnante... monstruosa”. ¿Monstruosa? Sí, quizá... Lo milagroso es monstruoso. Se tapó la cara con las cobijas, como una niña que se guarda su secreto. Me acerqué, metí la cabeza debajo de las cobijas para desde bien cerquita susurrarle “Es hermosa tu conchita de nena”. Suspiró hondo, como calmándose. “Pero necesito alguien que me cuide cuando la muestro” soltó con la vocecita más firme, aunque apagada por el cobijo. ¿Alguien que la cuide cuando la muestra? ¿Qué quería decir? Le di vueltas y más vueltas a semejante idea sin encontrarle sentido alguno. ¿Yo debería cuidarla mientras muestra su conchita? ¿Cómo si fuera su papá? ¿Cómo la cuidaba su papá mientras se la mostraba... a quién? ¿Mostrarla... mostrársela... a quién? ¿Qué era lo que, en realidad, estaba queriendo decirme? No dijo más, ni salía de su escondite. “No te preocupes, yo te cuido” prometí. Forcé mi camino hasta encontrar sus labios con los míos. La abracé. Pensé que lo mejor era volver a dormirnos y despertarnos a media mañana para desayunar juntos. Su respiración se fue haciendo más profunda. La mía también. En realidad, cavilé al dormirme, si lo que quiere es mostrar su tesorito sintiéndose protegida, siempre puedo arreglar un encuentro con... sí... ¿por qué no? Pero esa, amable lector, esa es, definitivamente, otra historia, y no tengo intención de contarla... por el momento.

.....

## ÍNDICE

**1**

**La vida después de Celina**

**2**

**Cañoncitos rellenos de dulce de leche**

**3**

**Los secretos de la mujer esclava**

**4**

**El faquir celoso**

**5**

**La vendedora de telas**

**6**

**Los tímidos libertinos**

**7**

**El fin de las incertidumbres**